

EL MORRO DE IQUIQUE

EL MORRO DE IQUIQUE

DESDE SU LEJANO PASADO INDÍGENA PESCADOR AL ACTUAL BARRIO PATRIMONIAL

Primera edición

Agosto 2025

Autor

Lautaro Núñez Atencio

ISBN

978-956-352-485-7

Registro de Propiedad Intelectual

N.º 2025-A-11953

Impresión, diseño y diagramación

Marmor Impresores

EL MORRO DE IQUIQUE

DESDE SU LEJANO PASADO INDÍGENA PESCADOR
AL ACTUAL BARRIO PATRIMONIAL

Lautaro Núñez Atencio

Instituto de Investigaciones Arqueológicas y
Museo Universidad Católica del Norte San Pedro de Atacama.

Publicación a cargo de:

Jorge Mandiola Catalán (Mincap)

*El tiempo presente y el tiempo pasado están ambos tal vez presentes en el
tiempo futuro, y el tiempo futuro contenido en el tiempo pasado...
sólo a través del tiempo se conquista el tiempo*

(T.S. Eliot 1943: I).

ÍNDICE

Presentación	7
Introducción	11
I. El espacio fundacional de los pescadores iquiqueños prehispánicos	13
II. Las evidencias arqueológicas de los asentamientos costeros prehispánicos	23
III. Supervivencia indígena durante el temprano dominio español (S. XVI)	41
IV. Bajo el dominio del régimen colonial avanzado (S. XVII)	61
V. Del aporte indígena a las prácticas pesqueras, portuarias y extractivistas a fines de la colonia (S. XVIII)	65
VI. Las tradiciones costeras del barrio el morro: hacia la actualidad	74
VI.1. Los inicios del siglo xix	74
VI.2. La vida cotidiana junto al mar durante el siglo xx	95
VI.3. El barrio del morro más cercano a la actualidad	101
VI.4. Cerca del mar durante nuestra juventud morrina	111
Palabras finales	128
Agradecimientos	135
Bibliografía	137

PRESENTACIÓN

Para quienes hemos vivido toda la vida en el norte de Chile, en este inmenso desierto, el más árido del mundo como dicen, nos es normal ver poblados y ciudades, sin hacernos mayores cuestionamientos. Pero basta un leve alejamiento, una leve mirada desde otros lugares o incluso una tarde de cavilación mirando la inmensidad del mar desde la tibieza de la arena para que algunas preguntas nos inunden los pensamientos ¿cómo fue la vida de las primeras personas que vivieron aquí? ¿de dónde sacaban agua? ¿qué comían? ¿cómo Iquique llegó a ser la ciudad que es hoy día? Y al mirar más de cerca ¿cómo se han conformado sus barrios históricos? Y dentro de estos ¿por qué el barrio el Morro es tan importante para los/as iquiqueños/as?

Frente a los rápidos cambios que vivimos, a la fiebre de la construcción de grandes edificios, que van llenando la costanera iquiqueña día a día, es imposible no sentir temor porque esas construcciones terminen de sepultar, no solo los vestigios arqueológicos presentes en el subsuelo que nos hablan de la historia de nuestro territorio, sino principalmente de sepultar una forma de vida, que aun intentamos resguardar entre la nostalgia y la sabiduría de que cuando convivimos realmente en los barrios, cuando los barrios son espacios de las más diversas nacionalidades, clases sociales y personas, la vida se siente mejor.

El Barrio el Morro pareciera ser uno de los últimos vestigios de ese tipo de vida en la ciudad, donde la mar aun es la parte primordial de la cotidianidad y donde los vecinos y vecinas aún se conocen pese que a muchos/as han tenido que salir a vivir a otros barrios, sin embargo, el nombrarse a sí mismo/a morrino o morrina, aun conlleva ese orgullo tan característico.

El libro que presentamos aquí, El Morro de Iquique, desde su lejano pasado indígena pescador al actual barrio patrimonial, ha sido financiado por la Seremi de las Culturas, las Artes y el Patrimonio de la región de Tarapacá, a través del Programa Fortalecimiento de la Identidad Regional, ya que responde a un compromiso con la comunidad morrina con quienes se ha trabajado hace más de 10 años,

pero también como un aporte a toda nuestra región, ya que, como se mencionó el Morro es uno de los barrios en donde vemos preservado un estilo de vida que a veces pareciera estar detenido en el tiempo.

Personalmente debo decir que siento un gran privilegio al tener la oportunidad de escribir esta presentación, ya que Lautaro Núñez A., autor del texto, ha sido siempre un gran referente para la historia, arqueología y antropología chilena y latinoamericana. Tuve el gusto de descubrirlo en mis estudios y posteriormente, de ser testigo en Iquique de su apasionado trabajo por mantener viva la memoria histórica de nuestro territorio nortino.

Este libro, siendo de fácil y muy entretenida lectura, apto para experto/as en la materia, y personas en general, nos muestra a grandes rasgos cómo desde tiempos prehispánicos ha estado poblada la costa de nuestra región, siendo el Morro un lugar privilegiado para esta ocupación, testigo del pasar de las distintas etapas sociales, desde el cual se puede contar cómo de ser un lugar ocupado por bandas pescadoras, llegó a ser uno de los principales puertos de la costa sudamericana, pasando por la ocupación incaica, luego española y luego de las más diversas nacionalidades, incluyendo a los afrotaraqueños, los ingleses y un sinfín de culturas y nacionalidades que conforman lo que somos hoy.

El profesor Lautaro nos brinda un panorama amplio del territorio, considerando las conexiones de la costa con los valles, nos lleva a imaginar diversas eras, a través de una linda escritura, que invita a la imaginación, que permite responder algunas de las preguntas inicialmente planteadas.

Algunas consideraciones que vale la pena elucubrar. Este libro pone en cuestionamiento la idea clásica de civilización versus barbarie, ya que muestra sobre nuestros antepasados Camanchacas, Changos y otros, el hecho de que el tener chozas hechas de cueros de lobos, rápidamente desarmables para ser movidas o beber sangre de lobos marinos cuando era necesario, entre tantas otras características culturales, nos habla de una gran adaptación al medio, no de ser menos civilizados como juzgaron livianamente algunos testigos extranjeros

de la época. Este es un gran aporte a una idea un tanto generalizada que tal vez no ha sido lo suficientemente desmentida o abordada desde la antropología.

Siguiendo con la línea anterior, nos habla de la gran tecnología que ya se usaba en la costa, mayor que la de los mismos incas y que continuó usándose por mucho tiempo, dando cuenta del gran conocimiento del entorno y de la adaptabilidad de nuestros antepasados.

En pocas páginas, este libro también nos ilumina sobre la tradición internacionalista con la que se formó Iquique, que sigue presente hasta el día de hoy, en el que extrañamente nos asombramos con la llegada de nuevos migrantes. Siempre ha sido así.

Por último, solo quisiera destacar que con este libro se termina de comprender la profunda resonancia de la palabra chango, con la que se denomina a quienes son “buenos para el agua”, quienes pasan horas en la playa, sumergidos en el mar, ya que a través de la lectura comprendemos la importancia de la costa para todos quienes han habitado este lugar, la cercanía con la playa que viene desde tiempos prehispánicos, la costa como fuente de sobrevivencia y generadora de cultura, es decir, como el hilo conductor de nuestra historia y en particular de la historia morrina.

Esperamos que disfruten este tan esperado texto.

Sandra Mercado Martínez

Seremi de las Culturas, las Artes y el Patrimonio, región de Tarapacá.

INTRODUCCIÓN

Viví en El Morro desde mis últimos años de la escuela primaria Santa María, luego al cursar el Liceo hasta el momento en que fui aceptado en la Universidad de Chile de Santiago para iniciar mi carrera en Historia y Geografía, con mi especialización en Arqueología. Desde el momento en que dejé de vivir aquí, cuántas veces regresé a Iquique cuando terminaba mis estudios en Santiago, me acercaba siempre a las playas, familiares y amistades y, por cierto, a mis amigos de esa infancia, adolescencia y juventud cuando disfrutábamos del Club Deportivo Unión Morro y de nuestro pequeño Club de Exploradores Huracán de la calle Covadonga.

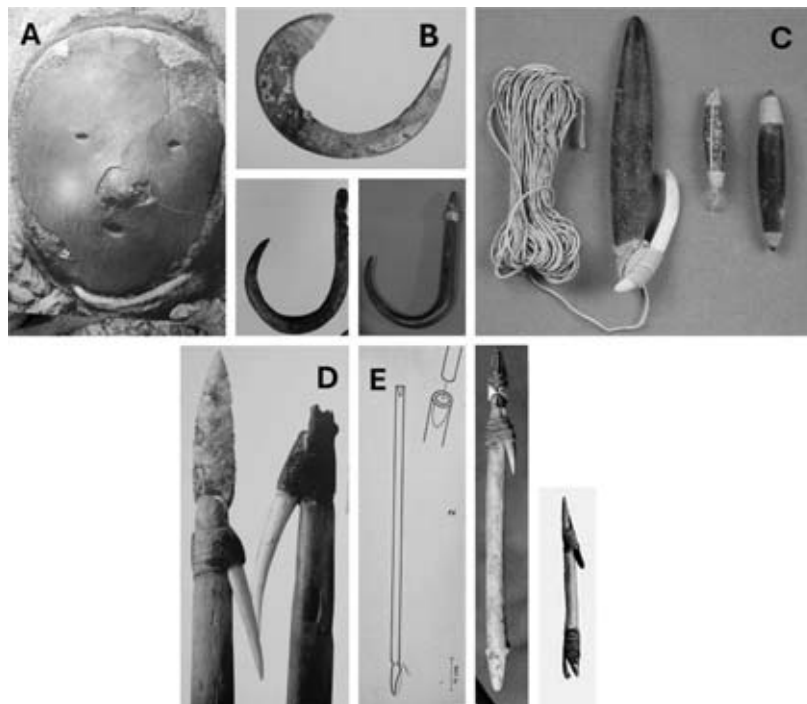
Con equipos comprados en los remates del regimiento Dolores solíamos en esos tiempos caminar y acampar en playas alejadas o en las pampas y quebrada de Tarapacá, Tirana y Pica, entre tantos cerros y asentamientos abandonados que nos atraían de sobremanera con más preguntas que respuestas. Ya medios setentones optamos por mantener la costumbre de reunirnos una vez al año en los veranos para evocar los tiempos de esa veintena de exploradores de los cuales ahora sólo sobrevivimos: Oscar Varela, José Fernández, Luis González y el que suscribe, ahora todos sobre los 80 años..., aunque siempre “exploradores” desde nuestras disciplinas activas, sin olvidarnos de nuestros cercanos ya idos: el geólogo, Juan Varela, el especialista en arte rupestre, Luis Briones, el educador, Arnoldo Yong, y varios más.

Como morrinos, los cuatro y aquellos que se fueron, nos criamos libres junto al mar sin buscar oficios sedentarios y aprendimos ciertas preguntas que aún nos acompañan: ¿Por qué hay tantas ruinas y cementerios abandonados y paisajes tan distintos y desérticos? ¿Cómo instalarnos con campamentos por allí sin muchos víveres? ¿Desde cuándo, cómo y dónde se radicaron los primeros pescadores y recolectores marinos? ¿Cuánta riqueza alimenticia nos dio y aún la acogemos del mar para mantener la vida a través de los tiempos? ¿Cómo fue posible que el espacio del Morro llegara a ser un lugar con vista al mar, participando sus gentes en la conformación de lo que somos hoy? Es posible que fueron esas señales tan propias de este paisaje desértico, pero a su vez tan poblado, que nos motivaron

“explorar” lo que ha constituido una suma de observaciones antropológicas. Sucedió, entonces, que decidí escribir sobre nuestro barrio un relato que involucra también a nuestras emociones. Así se inició este escrito como un ensayo de una sola vez para vernos todos(as) a través de largos tiempos y sus gentes que han sido los protagonistas anónimos de estos testimonios.

I . EL ESPACIO FUNDACIONAL DE LOS PESCADORES IQUIQUEÑOS PREHISPÁNICOS

Existió un tiempo muy antiguo en que la costa de este desierto aún no se había habitado. Cuesta imaginarse cómo se verían las playas y roqueríos con tantos alimentos sin gentes. ¿Estarían los lenguados y erizos en pozas de bajísimas profundidades y aún las almejas varadas en la playa? Algo así debieron observar los primeros costeños que bordeando el litoral americano miraron con atención este extraño paisaje con tantos alimentos en el borde mar, que valía la pena crear instrumentos para aprovechar bien esta alargada despensa. Las investigaciones actuales indican que estos primeros exploradores que optaron por radicarse en un litoral, sin bocas de ríos, lo hicieron hasta Taltal a los 11.000-10.000 años antes del Presente (Salazar *et al.* 2015). Pero hubo un tiempo en que las poblaciones costeras alcanzaron una temprana complejidad cultural, tecnológica y ritual a través de los cazadores, pescadores y recolectores de la cultura Chinchorro de Arica, datada entre 9.000 a 3.500 años antes del Presente, extendida hasta aquí en Bajo Molle y Patillos (Standen *et al.* 2004). En efecto, las excavaciones de A. Nielsen, el farmacéutico casi iquiqueño, permitieron allí identificar cuerpos vinculados a las prácticas de momificación artificial y pequeñas figurinas humanas modeladas con arcilla. A los cuerpos humanos les fueron extraídos sus órganos interiores rellenándolos con fibras vegetales, maderos y resinas, logrando cuerpos compactos y un posterior cosido con agujas que dejaron trazas de alta aplicación en cuerpos rígidos, cubiertos con arcilla, incluyendo rostros con modelaciones de ojos, bocas y aún pelucas apegadas al cráneo. Tratamiento de tanta complejidad, aunque menos sofisticado que el de Egipto, es cronológicamente más antiguo, al punto que estos cuerpos momificados han sido declarados Patrimonio de la Humanidad por UNESCO gracias a las gestiones de la Universidad de Tarapacá (Arriaza 2003; Núñez 1966 Ms.; Nielsen Ms.). Se trata de agrupaciones arcaicas que vivieron en recintos aislados y sepultadas en señal de que esta población ya estaba suficientemente arraigada a lo largo de la costa iquiqueña (Nielsen Ms.; Schaedel *et al.* 1957).



Pescadores antiguos.

A: Cabeza de cuerpo momificado artificialmente de la cultura Chinchorro, Patrimonio de la Humanidad (UNESCO), 5.000 años antes del presente (Museo Regional de Iquique), que vivieron entre Iquique y Bajo Molle. **B:** Útiles de pescadores prehispánicos cuyas funciones persistieron en el tiempo. Anzuelos de concha, de hueso y de cobre. **C:** Lienza y anzuelo compuesto de hueso y pesas líticas menores. **D:** Cabeceras de arpones para grandes presas. **E:** La cabecera se introduce en el porta arpón cilíndrico. Cabeceras de arpones de hueso para peces mayores y menores (Fuentes: L. Núñez, MACTT, MCHAP, CMAC, MRA-UTA).

Se les reconoce como pescadores arcaicos por cubrir un tiempo anterior al uso de cerámica, textilería, prácticas agropastoralistas, construcción de aldeas, metalurgia y otros avances. Precisamente una derivación temporal, con prácticas de vida en campamentos densos con recintos circulares e inhumaciones derivadas de Chinchorro, se ha investigado también en la boca del Loa (Cah-42), datada a los 4.830-3.830 años antes del Presente (Núñez *et al.* 1975). Estas evidencias indican que la secuencia costera de estas comunidades arcaicas persistió y, en cuanto ciertos objetos continuaron en el tiempo, se ha planteado que sus aportes dieron lugar a las poblaciones de

pescadores llamados Formativos, con objetos aún más sofisticados: cerámica, metales, campamentos con múltiples recintos circulares e inhumaciones interiores. Las poblaciones Formativas mantuvieron un patrón de doble residencia entre la costa, valles y oasis interiores con sus típicas cabezas enturbantadas, dando lugar a comunidades costeñas posteriores, situadas en el período Intermedio Tardío, que cubrieron los últimos seis siglos prehispánicos.

Es que las comunidades costeras iquiqueñas mantuvieron una secuencia sin vacíos ocupacionales, de modo que la vida logró un perfil derivado del traspaso de experiencias que lograron un eficiente aprovechamiento de los recursos del litoral, entre espacios muy poblados y otros menores, verificados en la activa exploración arqueológica realizada en la costa entre Iquique-Bajo Molle, y debidamente valorados y conservados en el Museo Regional de Iquique.

El barrio El Morro durante sus orígenes, como su nombre lo indica, se extendió sobre una elevación útil para los asentamientos humanos y, por cierto, formó parte de la costa iquiqueña que se extiende entre la Puntilla por el norte hasta Bajo Molle por el sur, cuyas caletas o entradas de mar apacibles y abrigadas, con playas arenosas, fueron aptas para las agrupaciones de pescadores, recolectores y cazadores marinos. La mayor concentración de pescadores se ha excavado en la caleta de Bajo Molle donde había vertientes, aguas quietas y, sobre todo, al no recibir un poblamiento hispánico ni republicano temprano, la superficie de esta península no fue muy alterada, salvo la instalación posterior de un muelle salitrero y la ballenera. Por eso sus restos arqueológicos permanecieron expuestos sin alteraciones masivas por poblamientos urbanos. Los sitios excavados no son distintos al resto de las ocupaciones de la costa iquiqueña. En esta dirección, lo opuesto ocurrió en el sector del Morro que desde los primeros contactos españoles a fines del siglo XVI hasta avanzado el siglo XIX fue cubierto de construcciones, por cuanto su espacio tuvo un carácter fundacional y moderno donde comenzó el puerto de Iquique (Advis 1990).

En efecto, la “Punta del Morro”, como se lee en los primeros planos, con su caleta y sus poblaciones indígenas, acogió a una inesperada ocupación multiétnica de incas, españoles, mestizos, afrotarapaque-

ños e indígenas del interior, una vez que creció el tráfico de pescados y guano, sumado al descubrimiento de la plata en el cercano yacimiento de Huantajaya y después durante los inicios de la exportación salitrera. Esto implicó el surgimiento de un puerto con un intenso transporte marítimo de alimentos, agua, materiales de construcción y cargas del interior a otros puertos, que involucró la participación de la población morrina, indígena y mestiza con sus allegados. Eran los únicos que vivían en el borde mar frente a la Isla, ahora llamada Serrano (Obras del Puerto), debiendo organizar como locales la recepción y alimentación de los que llegaron aquí por distintas causas. Fue tan poblado El Morro desde los comienzos de la implantación española que gradualmente no quedaron espacios vacíos en el borde mar por el nacimiento del Iquique urbano, donde los sitios indígenas patrimoniales como sus cementerios, viviendas y áreas de desperdicios quedaron bajo esta cubierta de temprana modernidad, restringiendo los registros arqueológicos prehispánicos.

Se trata de un paisaje en donde la Cordillera de la Costa no se apega tanto al mar, alternándose con planicies algo inclinadas que desembocan en playas y roqueríos ricos en alimentos y aún con ciertas elevaciones como El Morro donde los efectos de los maremotos fueron mínimos. A diferencia de la caleta de la Puntilla, con su temprano foco urbano cuando comenzaba el salitre, afectado por el fuerte terremoto del año 1868, ocasión en que diversas familias peruanas y extranjeras vieron en El Morro el espacio ideal para trasladarse por su altura y cercanía al borde mar, situación que era ideal para colocar allí la mayor actividad residencial, comercial e industrial.

Las poblaciones de pescadores iquiqueños no vivían aisladas, por cuanto desde antes de los incas habían logrado insertarse en el tráfico de caravanas de llamas desde los oasis y valles interiores a través de las rutas señalizadas por los geoglifos. Se habían incentivado las operaciones de intercambio de alimentos (ej. pescados secos por maíces) y bienes domésticos (ej. tejidos), incluida la residencia de autoridades de la cultura Pica-Tarapacá en la costa iquiqueña por los 900-1.450 años DC (Núñez y Briones 2017).

Bajo el régimen colonial cambiaron las relaciones armónicas por la subordinación en términos de comunidades conquistadas y enco-

mendadas, de modo que las agrupaciones de pescadores-recolectores y extractores de guano debieron insertarse en cambios inesperados por el hecho de ser los más cercanos a las nuevas labores portuarias. Fue la población nativa del Morro y sus asociados a lo largo del litoral iquiqueño quienes, al radicar en el espacio donde ocurrirán los grandes cambios de los tres siglos de coloniaje, ingresarán a la asimilación de fuertes cambios físicos y culturales.

Que los primeros embarques de sacos salitreros se hayan realizado con las balsas locales de cuero de lobo, usadas aquí primero en pesquerías desde mucho antes de los incas, ratifica que ciertos aportes prehispánicos siguieron aplicándose por su eficiencia. Es más, en el marco de esta autonomía tecnológica costeña la penetración inca no fue determinante, al punto que objetos o técnicas del imperio son muy escasos en los cementerios locales. Lo que sí ocurrió fue que ellos iniciaron por corto tiempo la explotación del mineral de plata de Huantajaya antes de la llegada de los españoles y con tanto ceremonialismo que organizaron sus únicas inhumaciones rituales en el cerro Esmeralda, frente a Iquique, sin ejercer un dominio costero.

Es que esta costa se incorporó después al poder de los encomenderos españoles que radicaban principalmente en los valles y oasis interiores, ordenando a los costeños la entrega de cuotas altas de sus productos, mano de obra y movilidad, entre prácticas de evangelización y el nuevo lenguaje, paralelo a las mezclas étnicas y labores extenuantes que finalmente provocaron transformaciones en los modos de vida locales (ej. nuevos oficios). No obstante, las relaciones de las caletas iquiqueñas con los recursos marinos no se alteraron, aunque esta vez bajo una total subordinación, pues el mar seguía siendo la fuente vecina de alimentación para los habitantes costeños, sumándose ahora al objetivo portuario y minero al que aspiraba el poder español.

Es posible que el paisaje tan desértico de esta costa haya estimulado una visión miserable de ciertos visitantes europeos, sumado a la falta de alimentos cultivados y criados bien manejados por las poblaciones sedentarias interiores y por los propios españoles. Debe haber llamado la atención que fuera necesario navegar hasta Pisagua Viejo, en cuya cercanía desemboca el río Camiña, para traer esa agua medio salobre acogida por los asentamientos iquiqueños dedi-

cados a la extracción del guano de la Isla, trasladándose además en botijas desde Arica la mejor para los colonizadores (O'Brien 1765 en Hidalgo 2009). Sin embargo, las poblaciones indígenas desde tiempos prehispánicos se abastecían de los recursos de sus propias aguadas y vertientes cuyas locaciones estaban bien determinadas por los pescadores locales, incluso llevando a los primeros extranjeros a esos manantiales de aguas frescas (Vidal 1880).

En este sentido especial relevancia adquieren las fallas geológicas regionales que recogen las aguas subterráneas E-W de la cuenca de Pampa del Tamarugal, trazada por la quebrada o abra de Huantaca, orientada hacia Iquique, dando lugar a acumulamientos subterráneos en los sectores del Colorado, la Puntilla y el espacio ocupado hoy por el Muelle de Pasajeros junto a la plaza cercana a la aduana. Estas surgencias se han observado durante el socavado de los sótanos, cimientos y bodegas de los edificios modernos ubicados en este casco viejo de Iquique. Precisamente, cuando se excavó la base donde se levantaría la réplica de la nave Esmeralda se aplicaron ingentes esfuerzos para extraer el agua acumulada, situada obviamente más arriba del nivel de las playas circundantes (C. Flores, comunicación personal). Otra falla importante desciende desde la altiplanicie de Alto Hospicio, discurriendo las napas de agua entre el relleno sedimentario y las rocas volcánicas desde la pampa de Alto Molle, dando lugar a los afloramientos situados cerca de Cavanca y, principalmente, hacia Bajo Molle (Núñez y Varela 1967-8).

El hecho de que estos recursos no siempre estaban localizados junto a los asentamientos, la vida costera estimulaba a las agrupaciones a constantes movimientos, contando para ello con campamentos móviles, ya que los recursos de pesca y recolección de mariscos y aún de determinadas aves como los alcatraces y cetáceos, de quienes obtenían su aceite usado para alumbrarse, eran muy dinámicos (Bèze 1920; Vázquez de Espinosa 1948 [1629]). Eran espacios con recursos muy variables entre sectores escasos, regulares y excepcionales cuando ocurrían las varazones de peces o los embancamientos de islotes y “bajeríos” que permitían la agrupación de mariscos ascender hacia la superficie, o cuando se acercaban aguajes adversos (“irihue”) y se alejaban los peces. Sin faltar las mayores o menores

concentraciones de neblinas mojadoras que almacenaban su agua en determinadas cárcavas de las altas cumbres de la Cordillera de la Costa. Situación que explica la falta de sitios con densas poblaciones y, por consiguiente, ausencia de acumulamientos profundos de residuos como aquellos “conchales” situados entre la costa fértil desde Pisagua a Arica, con varios metros de profundidad (Darwin 1945).

Al respecto, la costa iquiqueña de norte a sur presenta varias aguadas (Núñez y Varela 1967-8). Aunque hay información vaga sobre una aguada restringida, vinculada con el Colorado, tendría sentido el acercamiento de las primeras agrupaciones de pescadores a ese sector (Niemeyer y Cereceda 1984). Se trata de aquella del Ferrocarril al NE de la cancha de fútbol, asociada a un cañaveral.



Aguadas en el sector del ferrocarril (El Colorado).

Desde la quebrada de Huantaca se desplazan aguas subterráneas que afloran en cañaverales y humedecen suelos con plantas que crecen sin regadío y aún en vertientes potables en niveles más bajos útiles en el pasado y ahora desaparecidas (Fuente: O. Varela y L. Núñez).

La napa se desplaza desde una falla E-W que pudo apoyar a posibles campamentos prehispánicos en La Puntilla donde se desarrolló una población de pescadores documentada desde tiempos históricos recientes (siglo XIX). Continúa una aguada situada cerca del actual Muelle de Pasajeros con recursos subterráneos desplazados desde la quebrada de Huantaca, llamada la “Aguada de Iquique”, también derivada de una falla que habría estimulado la concentración de

pescadores en el espacio entre la aguada y la actual caleta Riquelme, a lo menos observada durante el siglo XIX (F.H. Humberstone, comunicación personal). Cuando se midió el agua que inundó la mina de Huantajaya, a unos ocho m de profundidad, se constató efectivamente que las napas a nivel de pampa eran efectivas y que descendían hacia el borde de Iquique (O. Varela, comunicación personal).

Para los pescadores de la caleta del Morro el flujo de salida era precisamente desde la “Punta del Morro” hacia el “Canal”, correspondiente al mar que limitaba entre la Isla y tierra firme (Vidal 1880). Se aspiraba seguir directamente entre el Patillihuaje y las playas para girar a la izquierda y salir a alta mar como se practica actualmente desde la caleta Riquelme. De modo que cuando comenzó a construirse la unión entre la Isla y la tierra firme, se levantó una protesta que explica la causa de que se haya dejado una estrecha apertura para dejar abierto el paso mientras se construía el cierre definitivo. Nadie escuchó la posibilidad de unir a la Isla a través de un puente.

Una vez que se cerró, no hubo otra posibilidad y obligó a que se construyera un malecón entre la aduana y la actual caleta Riquelme, correspondiente a un muro que eliminó las playas por una planicie elevada que se comunica hasta ahora con las embarcaciones artesanales por medio de varias escaleras empotradas. La instalación de grúas permitió embarcar motores u otros implementos pesados en la medida que los pescados en sartas eran levantados con asistentes proveídos de sogas. Por otra parte, se favorecía a las embarcaciones de los fleteros que descargaban en la aduana por una playa que permitía varar sus botes y acumular las cargas en tierra firme. En esos tiempos se decía que: *El mejor desembarcadero con mal tiempo está al norte de la Punta del Morro* (Vidal 1880: 9), correspondiente a la caleta del Morro y, por lo mismo, este espacio fue apto para la construcción del muelle de la empresa Barrenechea. Allí se cargaba salitre con las primeras organizaciones de estibadores locales y también los pescadores morrinos que articulaban ese espacio desde antes. Al respecto se decía que: *Por este muelle se desembarca el pescado que en gran cantidad traen los pescadores en embarcaciones motorizadas. La caleta del Morro tiene su importancia precisamente por la industria pesquera. Las embarcaciones pesqueras motorizadas*

que tienen su fondeadero en ella han llegado a 38, fuera de los botes pesqueros sin motor... todas las embarcaciones pesqueras son de propiedad de los mismos pescadores y han sido adquiridas mediante sus ahorros (Alfaro 1936: 28-29).

En este espacio sin desembocaduras de ríos la presencia de agua potable fue de radical importancia. Se asume que, de acuerdo con varias evidencias que han descrito la abundancia de aguas subterráneas en este sector, estos recursos habrían servido tanto a los pescadores de allí como a aquellos situados en la cercanía de la iglesia colonial (edificio actual MOP), en cuyo entorno se concentró la habitabilidad desde el siglo XVII. La falta de referencia para el sector del Morro, a raíz de la intensa ocupación constatada allí desde el siglo XVI y la consecuente remodelación y grandes instalaciones sobre restos arqueológicos, podría sugerir que también los pescadores prehispánicos ocupaban los afloramientos de agua en el espacio del actual Muelle de Pasajeros. Por otro lado, la aguada vinculada con la caleta de los pescadores prehispánicos de Cavancha provenía de fallas transversales que afloraban aún durante algunas décadas atrás entre las bases de un edificio que no fue terminado, a través de pozas en retroceso cerca de la entrada a la península (F.H. Humberstone, comunicación personal).

Las vertientes de Bajo Molle se sitúan: una con escurrimiento al interior de dos socavones de 2 y 20 m en la base del acantilado, cerca de la playa actual, y otra en la planicie superior o terraza de abrasión marina, donde un afloramiento aquí se corresponde con un pozo ampollar sobre la falla que debió interceptar el acuífero (Risopatrón 1924; Núñez y Varela 1967-8). Se sabe que los veleros ingleses se abastecían de agua allí hasta el año 1856, agotándose algo después. Los relatos de una familia inglesa señalan haber leído la bitácora de un velero de sus familiares, indicándose que la vertiente se ubicaba a unos 25 o 30 m de la playa (alta marea): *Se recuerda que por el año 1840 mi bisabuela Irene Jhones casada con el capitán de un Clipper pasó por Bajo Molle donde le llamó la atención un árbol (molle) muy crecido, ubicado junto a la aguada donde obtuvieron barriles de agua y que, entiendo, se secó el año del terremoto del año 1856. De paso ella comentó que en el Morro advirtió una población de pescadores* (F. Corthon Humberstone, comunicación personal). Se han visto por otra parte, algo más al sur, por Seremeño,

los indicios de una vertiente donde aún crece un algarrobo. También en el alto de Caleta Buena, al norte de Iquique, se observó un tamarugo sostenido exclusivamente por las camanchacas (O. Varela y J. Fernández, comunicación personal).

Hacia las altas cumbres de la Cordillera de la Costa, donde se apegan las neblinas que humedecen y mantienen el crecimiento de recursos vegetales, los costeños prehispánicos ascendían tras las maderas de cactáceas, sus frutos y espinas, uno que otro guanaco cazado, recogiendo, de paso, ramas de totora en los humedales y particularmente unos bulbos comestibles. Por cierto, el agua acumulada entre las rocas con cárcavas era traspasada a sus cántaros. También se trasladaban hacia Pampa del Tamarugal donde lograban las maderas más resistentes e indispensables para el tallado de arpones y remos y, de paso, algún material lítico ausente en el litoral más apto para tallar ciertos artefactos.

Junto a Bajo Molle se situó precisamente un exótico recurso de agua en este espacio iquiqueño, en la alta cumbre del Cerro Tarapacá, hacia cuyas cárcavas accedían grupos costeños que representan bien los tiempos inmediatamente preincas del período Intermedio Tardío. A juzgar por los registros de tiestos quebrados de superficie estriada con baño rojo y jarros para agua San Miguel y Pocoma, éstos se vincularían con contactos con la cultura Pica-Tarapacá de los oasis interiores. Se sabe que estas prácticas ocurrieron hasta tiempos coloniales por la presencia de contenedores subcilíndricos de vino (“porongos”), comunes en Pica, y fragmentos de loza vidriada inglesa (Núñez y Varela 1967-8). En verdad, en distintas cumbres de la Cordillera de la Costa como en Punta Gruesa y Patache, entre la vegetación derivada de camanchacas, se han observado múltiples cactáceas y otras plantas con frutos comestibles junto a recursos de leña, verificándose diversos restos de ocupaciones transitorias de pescadores (O. Varela, comunicación personal).

Esta necesidad vital del traslado y acompañamiento del agua implicó la invención prehispánica de bolsas elaboradas de las vejigas de los lobos de mar, que se sellaban dejando una salida como un pituto para llenarlas. Fueron de tal efectividad que se incorporaron entre aquellos indígenas tarapaqueños que formaron parte de la conquista

española de Pedro de Valdivia a través del desierto, elaboradas con dos procedimientos. Uno derivado de experiencias vallesteras a base de camélidos: ... *y en estos valles acostumbran los naturales llevar el agua en estas vasijas en unos odres de cuero hechos que, de que matan algún carnero, le desuellan las piernas de la rodilla arriba hasta la ingle y atánle. Otros se cosen y pélanse no muy bien. El pelo adentro hínchense de agua y, por quitar el mal sabor del agua, échanle harina de maíz tostado* (Bibar 1966 [1558]: 9). El otro procedimiento más detallado, vinculado con los pescadores, fue también observado: ... *que son hechos de los vientres de los lobos marinos muy lavado de lo acostumbrado, pero no limpios del olor del lobo extrañamente perverso porque huele a carne y a pescado manido... quedan tan contento como si bebieran en Guadalquivir* (Bibar 1966 [1558]: 10). Pervivieron estas modalidades entre los Changos por las cercanías de Taltal durante el siglo XIX (Philippi 1860), también durante la mina de Huantajaya, y por el mismo tiempo a través de “tropas” de asnos cargados con bolsas de pieles llenas de agua (Bollaert 2021 [1860]).

II. LAS EVIDENCIAS ARQUEOLÓGICAS DE LOS ASENTAMIENTOS COSTEROS PREHISPÁNICOS

Los estudios arqueológicos a través de la costa iquiqueña, a pesar de no contar con los recursos fértiles de las desembocaduras de ríos como ocurre desde Pisagua al norte, han demostrado importantes asentamientos y cementerios asociados. Se observan planicies aptas para las ocupaciones anteriores al contacto histórico-colonial, a diferencia del abrupto litoral que alcanza hasta el sur de Pisagua. A través de estas planicies, incluyendo la desembocadura del río Loa, el flujo de poblaciones y sus logros vitales constituyeron una larga secuencia con experiencias y conocimientos heredados, con aprovechamiento de vertientes y acumulaciones de agua de neblinas en las altas cumbres (Núñez y Varela 1967-8). A continuación, se presenta una reseña de los sitios identificados de norte a sur, incluyendo sus contextos culturales.

1. *Panteón Católico Peruano*. Corresponde a un cementerio del siglo XIX, intervenido por las instalaciones de Ferrocarriles del Estado, ubicado en los inicios de la calle Barros Arana y caracterizado por el comienzo del uso de ataúdes con inhumaciones de peruanos y algunos afrotarapaqueños. Fue localizado en el extremo NE de Iquique en pleno uso durante el año 1861 (Escudero 1861), perdurando hasta fines del siglo XIX. Su disposición alejada del borde costero responde al crecimiento urbano de la época (Sanhueza 1991).

2. *Edificio Alessandri*. A través de un rescate durante el año 1976 se registró en el pasaje homónimo un cántaro de la fase Gentilar, característico de la cultura Arica, en uso inmediatamente antes del dominio inca, junto a restos de cestería, textiles, fragmentos cerámicos y anzuelo de cobre, relacionados con el período de Desarrollos Regionales (Sanhueza 1985; Sánchez 2010). Se sugiere que existían inhumaciones vinculadas con las ocupaciones del sector de las vertientes del Muelle de Pasajeros.

3. *Calle Bolívar*. Se identificaron inhumaciones posiblemente prehispánicas situadas frente a la Catedral, aunque no se detectaron indicadores cronológicos. Es posible que se relacionen con ocupaciones como en el caso anterior (Advis 1990).

4. *Calle Tarapacá con O. Labbé*. Se trata de un rescate funerario con materiales líticos prehispánicos siguiendo el patrón anterior (Sánchez 2010).

5. *Cementerio Iquique-3 (MOP-3)*. Localizado en el espacio asignado a la construcción de la Iglesia colonial de Nuestra Señora de la Concepción de Iquique, en el límite norte del Morro donde hoy se sitúa el Ministerio de Obras Públicas (MOP). Hasta no hace mucho en la bomba Germania se han localizado inhumaciones de grupos prehispánicos y otras seguramente posteriores que incidieron en la locación de la primera iglesia iquiqueña en ese entorno por el año 1618, situada en el plano de Ramón Escudero (1861). En el año 1927 se descubrieron inhumaciones con motivo de la colocación de cañerías en la calle Pedro Lagos. Mientras que a raíz de otra instalación entre las calles cercanas de Tarapacá y Serrano durante el año 1950 aparecieron restos humanos asociados a textiles

monocromos, objeto de hueso, hilos, madera y espinas de cactus, incluyendo fragmentos cerámicos de posibles inhumaciones prehispánicas (Núñez 1963).

Otras intervenciones en este sector, correspondientes a la calle que enfrenta a la bomba Germania, expusieron restos funerarios coloniales y prehispánicos tardíos (Núñez y Varela 1967-8). En el año 1986 se volvieron a exponer restos de inhumaciones históricas-coloniales adosadas al edificio del MOP. Mientras que durante el año 1993 se realizó en este sector un rescate con objetos históricos removidos: fragmentos de piezas oxidadas de maquinarias, trozos cerámicos y de porcelana, envoltorio con cigarrillos, tapón de madera, botella cilíndrica inglesa y peinados asociados a una inhumación intervenida, con fragmentos de bolsas tejidas de filiación posiblemente aymara (Sánchez 2010). En general, este sector contuvo inhumaciones de distintos períodos, desde cuerpos chinos, atrás del actual hotel Prat, y de indígenas entre la calle Gorostiaga con Pedro Lagos, como aquellos registrados en el patio de la casa de la familia Almazán (O. Varela, comunicación personal).

Finalmente, una labor intensa de rescate en este mismo entorno del MOP valoró más acentuadamente el carácter colonial de las inhumaciones en el sitio rotulado cementerio Iquique-3, donde se registraron decenas de fardos funerarios derivados, al parecer, de pandemias que afectaron hasta el litoral. Algunos estaban dispuestos con textiles andinos, asociados a temas hispánicos, y otros con telas europeas intrusivas en cuerpos indígenas, mestizos y también afrotarapaqueños, todos de bajos recursos vinculados con labores costeñas y portuarias, algunos con evidencias patológicas derivadas de excesos de fuerzas laborales (Sanhueza 1991). La existencia de textiles andinos lisos y listados, además de una inhumación femenina vestida con un anako (“aksu”) y otros cuerpos con fajas policromas, confirmarían la presencia de familias de valles altos o altiplánicas. Enviadas a labores en el litoral, explicaría así la diversidad de la mano de obra indígena bajo el poder colonial, aplicado a un puerto que crece en sus acciones y donde el rol indígena, mestizo y de afrotarapaqueños fue evidente (Filgueira y Bao 1888), ahora registrados con datos bioantropológicos (Sanhueza Ob. cit.).

Por otra parte es seguro que por el año 1826, cuando vivían 100 personas en Iquique, se constató un gran cementerio prehispánico: *He colocado en el Museo Británico artículos de las huacas de Iquique y Molle, consistentes en peines de madera, huesos utilizados como punzones, espinas de cactus perforadas en el extremo grueso como agujas, anzuelos de cobre, puntas de flechas de piedras, telas de lana de colores, pigmentos minerales de color amarillo, marrón y rojo, cabezas de maíz indio (una especie rara, Zea rosea), etc. Y el cráneo de tipo aymara, en la sociedad Etnológica de Londres, una huaca, que contenía unos 500 cuerpos, fue descubierta a poca distancia de la ciudad: los cuerpos estaban en una postura sentada, envuelta en mantos de lana de varios colores. Se encontraron piezas de cerámica ordinaria, utensilios de pesca, momias de perros y aves, maíz y coca en el hualqui o sacos largos* (Bollaert 2021 [1860]: 163-164).

Es obvio que en su primer contacto con Iquique, por el año 1826, el autor citado participó en la excavación de este cementerio, de modo que los objetos rescatados guardan un valor contextual por provenir de un sitio específico. Estas ofrendas proceden de los oasis interiores, incluyendo las grandes talegas listadas usadas en los desplazamientos caravaneros, sumado a las formas de las inhumaciones que en conjunto se corresponden con gentes provenientes de los oasis interiores. Aprovechaban el litoral con artefactos específicos durante los últimos cinco siglos de vida prehispánica, asociados a las poblaciones costeñas locales, acorde a recientes investigaciones que demuestran que los habitantes prehispánicos de Pica, del espacio tarapaqueño, al parecer con lengua propia y contactos con el altiplano, tenían un fluido intercambio con los pescadores de la costa iquiqueña (Núñez y Briones 2017).

Al respecto, es probable que bajo el edificio lateral que ocupó la bomba Germania hayan existido sectores con inhumaciones prehispánicas, hechos testimoniados en escritos institucionales y observados directamente (H. Klöner, comunicación personal). Sobre esto se sabe que la Intendencia de la provincia entregó a la colonia alemana un terreno oficial junto a la calle Pedro Lagos donde se había instalado antes la “plaza del mercado”, precisamente: ... *construido sobre el terreno que ocupó el primitivo panteón de Iquique* (Filgueira y Bao 1888: 37). Hay información que cada vez que se realizaban expansiones o arreglos en la bomba Germania, se documentaba por escrito que aparecían

inhumaciones (Sanhueza 1991). Aún en la cercana intervención realizada en la calle Thompson 85 se registraron cuerpos de indígenas vinculados al régimen colonial (Pérez 2013).

6. *Exploración arqueológica en el borde costero del Morro.* Un equipo multidisciplinario recientemente llevó a cabo un plan de excavaciones estratigráficas-arqueológicas a través del paseo peatonal que proyecta la Dirección de Obras Portuarias. En 10 pozos de sondeos de 2 m² no se identificaron restos prehispánicos ni coloniales por la cercanía de la playa de la época, salvo cañerías que desembocaban al mar desde una eventual planta condensadora de agua, asociadas a restos de maderas de un muelle salitrero, posiblemente del período peruano, en un nivel apegado a la playa marina. Las pruebas realizadas cubrieron desde el borde mar limítrofe con el camino de acceso a la isla Serrano hasta los restos de las instalaciones apegadas donde se situaba el muelle del Morro. Se ha propuesto que los espacios apegados al borde mar frente a la Isla no fueron aptos para asentamientos e inhumaciones de acuerdo con las locaciones constatadas más al interior (Cabezas *et al.* 2020 Ms.).

Por lo anterior, en torno a la caleta y el muelle del Morro, intervenido en tiempos históricos, es posible que los asentamientos prehispánicos fueron situados en cotas más altas, en espacios ocupados por las nuevas instalaciones coloniales y republicanas. En sólo un test con restos de cañerías orientadas al mar se registraron fragmentos de maderos de algún muelle, restos de botellas antiguas de vidrios muy gruesos, con sus bordes intervenidos por usos cortantes, que podrían corresponder a operarios o pescadores costeños que pasaban por ese espacio o sus inmediaciones, por cuanto similares cuchillos ocasionales se han reconocido en otros sitios históricos atacameños (Núñez 2020 Ms.).

7. *Cementerio mansión de los Hidalgos (Ex-Marquesados).* Se comentó en el barrio El Morro que, a raíz de unos trabajos realizados en el patio de los herederos tarapaqueños del empresario peruano, Ramón Castilla y Marquesado (1797-1867), ubicado en la esquina de las calles actuales Covadonga con Wilson, al hacer unas excavaciones con fines domésticos, se observaron cuerpos indígenas momificados. Por el año 1956 en la casa vecina limítrofe con dicho patio, por la

calle Wilson, efectivamente se registró un cuerpo indígena al parecer sin ajuar, que, al observarlo junto al residente (Marcelino Meza), respondía a una data prehispánica.

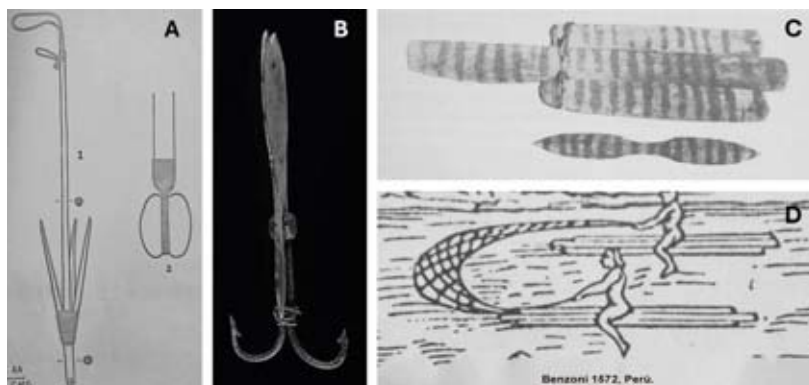
Como un dato ilustrativo, en el barrio se decía que la caleta y embarcadero de los pescadores morrinos antiguos estaban aquí y que no se requería tener sus aparejos y pertenencias como hoy en la alejada caleta Riquelme. Decían que bajaban por la calle Wilson y allí estaban sus embarcaciones. Por otro lado, contaban los más ancianos que al bajar por la calle Thompson hacia el mar había un lugar llamado “alberge” donde también atracaban sus embarcaciones ya rodeadas de instalaciones modernas, llamadas de una manera muy morrina. En efecto, al muelle de la empresa “Foch and Company” le llamaban “Infochi.” Cuando se les preguntó desde cuando se dejó de ocupar la caleta propia, la respuesta fue que desde hace mucho tiempo... A lo menos por el año 1958 era obvia la conexión con la caleta Riquelme y no se escuchó desde cuando habría ocurrido ese traslado. La distancia calculada entre este posible cementerio, en donde se situaría esta mansión tarapaqueña, y el borde mar es de ca. 400 m, lo que explicaría que otros sitios deberían estar bajo instalaciones de las grandes bodegas y residencias que se expandieron durante el régimen colonial y republicano temprano.

8. *Ocupación Cavancha.* En el año 1975 se encontraron restos alterados frente a la cercana población de la FACH, sin objetos diagnósticos, aunque de posible data prehispánica y eventualmente vinculados con asentamientos en la bahía y caleta homónima (P. Advis, comunicación personal).

9. *Ocupación y cementerio Playa Brava.* En la planicie de la Playa Brava y cerca de la antigua cancha de aterrizaje se habían observado conchales extendidos o depósitos de desperdicios costeros que fueron destruidos (P. Advis, comunicación personal). Con más certeza se sabe de un cementerio cercano a Cavancha, rescatado con objetos de la cultura preinca Pica-Tarapacá (900-1.450 años DC), con cuerpos genuflexos en fardos preparados y sus camisones como aquellos registrados en el oasis de Pica. Estaban asociados a cerámica Chiza Modelado con diseños antropomorfos, tejidos policromos, productos agrícolas (maíz), destacándose un sombrero sofisticado elaborado

con tablillas sujetas con fibras vegetales torcidas en espiral como un cesto entretejido con hilos policromos en diseños geométricos, exactamente similares a los excavados en el cementerio Pica-8 (Núñez 1970 Ms.; Zlatar 1984).

Se registraron importantes objetos vinculados con la producción marítima: ¿Eran estos individuos caravaneros que descendían al litoral por intercambios o previos arreglos interétnicos y se proveían directamente de estos recursos? Lo cierto es que junto a estos objetos intrusivos se observaron varios artefactos vinculados directamente con la explotación del mar: anzuelos de cobre, cabeceras de arpones de hueso para peces menores, miniaturas de balsas de tres maderos atados con cueros y remos de doble pala con tamaños naturales, conformando una embarcación para pesquerías. La usaba sólo un tripulante montado a horcajadas como un “caballito de mar”, observado así por los primeros cronistas, usando la red chinchorro entre dos balsas (Cobo 1892 [1653]).



Implementos locales para la pesca sin carnada y las balsas prehispánicas.

A: Potera prehispánica con puntas de hueso para ensarte y pesa lítica inferior (Fuente: L. Núñez). B: “Chispa” actual de plomo con anzuelo y fines similares (Fuente: Anónimo). C: Balsa prehispánica local de tres maderos (Fuente: MCHAP). D: Su pervivencia colonial (Benzoni 1572; Núñez 1986).

En estas embarcaciones se observa el pragmatismo prehispánico al confeccionarlas en miniatura para colocarlas como ofrendas funerarias, porque obviamente les era imposible y poco práctico disponerlas en su tamaño natural, razón suficiente para poner a veces en las

inhumaciones sólo trozos como ha ocurrido también con las balsas de cuero de lobos (Núñez 1986; Moragas 1996).

10. *Ocupaciones e inhumaciones en Huayquique.* Se trata en lo que antes se llamaba “playa Tuma”, de un asentamiento con cuerpos intrusivos, situado a 5 km al sur de Iquique donde se realizó un rescate a 100 m de la bifurcación de la bajada al balneario homónimo a través de una trinchera amplia que permitió evaluar una ocupación alta de unos 50 m² a 55 m del mar. Aunque hay evidencias superficiales en sectores aledaños del mismo patrón disperso con montículos de desperdicios compuestos de conchas, restos de pescados, aves, plumas y fogones, éstos no constituyeron campamentos continuos con un cementerio específico (Proyecto ambiental Balneario popular, MINVU).

Asociado bajo la estratificación de residuos de alimentación se registró un párvulo dispuesto al interior de un cántaro estriado, común en el oasis de Pica para tiempos tardíos inmediatamente preincas, junto a textiles, lana y arpones. En otro registro funerario más profundo a 110 cm, también bajo la estratificación de arenas de dunas, conchas, cenizas, fogones y desperdicios de alimentación costera, se encontró otro cuerpo extendido de espalda junto a un tiesto San Miguel, también vinculado con el oasis de Pica y Arica (900-1.450 años DC.). Es posible que se desarrolló allí algún rito particular a juzgar por la ofrenda poco común sobre el cuerpo, a unos 70 cm de profundidad, de dos varas cilíndricas porta arpones atados en el centro, en cuanto se encontraron completos y en condiciones de uso (Moragas 1996; Moragas Ms.).

11. *Ocupaciones e inhumaciones en Bajo Molle.* En esta península y caleta situada al sur inmediato de Iquique se ha registrado la mayor diversidad de artefactos, inhumaciones y restos de ocupaciones prehispánicas con énfasis en un cementerio excavado por A. Nielsen (Núñez 1963; Núñez 1966 Ms.) y rescatado posteriormente (Moragas 1996; Moragas Ms.). De esta península proceden piezas exhibidas en el Museo Británico, provenientes de las: “huacas de Iquique y Molle” (Larraín 1975: 468).

Las cuantiosas colecciones conservadas en el Museo Regional de Iquique dan cuenta de componentes arcaicos o antiguos como de

poblaciones tardías inmediatamente preincas de alta complejidad, con recepciones de intercambios con los oasis de Pica y Arica junto a escasos contactos altiplánicos a juzgar por un sombrero Tiwanaku de cuatro apéndices. Registros frecuentes y gracias a que se trata de un espacio no urbanizado, carente de grandes guaneras como Iquique, no presenta ocupaciones coloniales ni portuarias a la escala de los puertos salitreros, de modo que la superficie no fue tan intervenida, permitiendo el rescate de densas colecciones.

En efecto, las pioneras excavaciones de A. Nielsen (Núñez Ms. 1966) en diferentes sectores de la bahía de Bajo Molle: “Molle Arenal”, “Al lado del camino”, “Molle” y “Bajo Molle”, dan cuenta de un significativo avance de los logros adaptativos y productivos locales bajo una orientación marítima excepcional, favorecida por la información recibida de los pescadores anteriores a la ocupación tardía, correspondiéndole a estos últimos enfrentarse con la colonización española.

Entre los instrumentos prehispánicos de Bajo Molle ocupados en la pesca y recolección se destacan: chuzos y chopes de hueso para mariscar con y sin mangos enrollados, afiladores líticos, punzones de hueso, atados y rollos de lienzas, bolsas punto red, faja porta capachos de carga a la espalda, cabeceras de arpón compuesto de madera con puntas líticas y barbas de hueso para entrabar la presa, y porta arpones. Se suman los cuchillos con punta de diente de tiburón, restos de tablas de cardón para balsas, varillas cilíndricas de madera porta arpones, agujas y anzuelos de espinas de cactus, puntas líticas de arpones de diversas formas, cordelillos de fibra vegetal, lanas y tientos, arcos, flechas, pesas líticas y de conchas brillantes, tapones de madera, cuchillos de conchas, arpones de hueso para peces menores con barbas de espinas de cactus.

No faltan las ojotas de cuero, bolsas de vejigas de lobos porta agua y flotadores atados a las cabeceras de arpones para recuperar la caza, rollos de cuero de lobos para el arponeo de grandes presas, remos y coplas de madera para balsas. Están presentes las agujas de hueso, trozo de metal fundido, mangos de madera para cuchillos, bolsas a tejar, torteras de hilar, yesquero para encender fuego, conchas de locos con pigmentos rojos y verdes, diente de escualo, pesas de boleadora, plomada con lienzo, cuero curtido, cerámica con sardinas, restos de

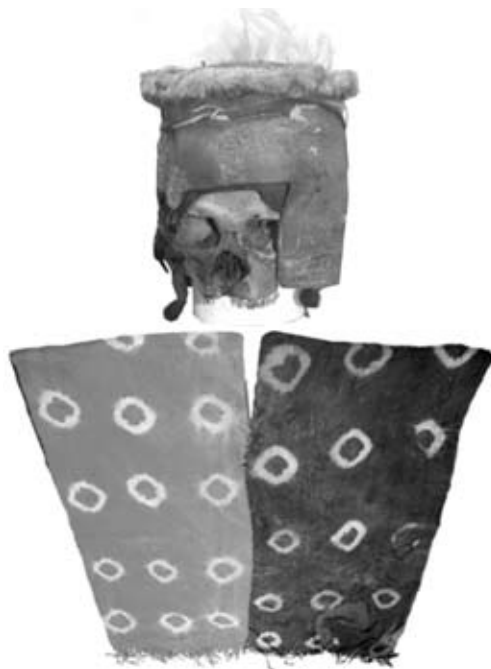
pescados y mariscos (incluye piure). También hay restos de cánido, coberturas públicas de totora, resto de honda, cerámica miniatura, cesterías, pala de hueso de ballena, balsa miniatura de tres cuerpos de madera, fragmento de balsa de cuero de lobo con las juntas de espigas de cactus, además de sedimento rojo (alcaparrosa/sulfato de hierro) aplicado para impermeabilizar los tubos inflados de las balsas de cuero.

Según los contactos del tráfico caravanero con los oasis y valles interiores las operaciones de intercambio sugieren que varios objetos y técnicas del interior se radicaron en Bajo Molle: Porta equipo escalonado para cargas a la espalda, ocurrido durante el contacto inca, espátula fina de metal, frazada de tejido grueso, ramas de molle, porotos, maíz, equipos de telar, bolsas con diseños sofisticados, collar de malaquita, bolsas con hojas de coca, sombreros complejos, calabaza y sorona. Se integra algodón, plato de madera, plumas de avestruz, fajas policromas, anillo metálico, tableta de madera para alucinógenos asociada a tubo, vellones de lana, huesos de llama, lanzadora o estólica, carcaj de zorro, restos de camión tejido, adornos para tobillos, cesto con harina y cerámica de Pica-Arica del Período Intermedio preinca.

Estas evidencias permiten establecer contactos muy directos entre la costa iquiqueña y los oasis de Pica y Tarapacá, intensificados antes de los incas (Núñez 1964, 1963). En efecto, estos eventos tardíos se han datado entre los 1.021 a 1.402 años DC, cuando en la costa se concentraban agrupaciones de pescadores locales muy especializados (Moragas 1996). Relaciones de interacción que sugieren que a lo largo de la costa iquiqueña interactuaron autoridades étnicas del interior, con uso de sombreros policromos a base de la técnica de cestería, representativos del cementerio Pica-8 del oasis de Pica (Núñez *et al.* 2005).

En efecto, en relación con estas intrusiones en la costa, observadas en la colección Nielsen de Bajo Molle, se ha destacado una tumba que contenía a un personaje con objetos jerárquicos que representan al llamado “Señor de Pica”, datado a los 1.247-1.258 años DC (Moragas 1996; Núñez y Briones 2017). A juzgar por sus objetos intrusivos en la costa, se advierte su estatus jerárquico de acuerdo

con los estudios realizados en los cementerios de dicho oasis. Posee un sombrero como casco protector de cuero de lobo con adornos de plumas, con un recorte frontal similar a los de cestería de Pica, con su cuerpo genuflexo envuelto en un camión con adornos rítmicos teñidos, bolsas policromas y listadas, bolsa-talega listada como un pequeño saco y bolsa decorada con pelo humano. Se integra una faja con motivos policromos, calabaza, recipiente de cestería, cerámica Chiza modelado antropomorfo del patrón piqueño, carcaj de zorro con flechas, adorno metálico, cerámica pequeña y atado de lana con plumas (Núñez y Briones Ob. cit.; Núñez 1970 Ms.). Fuera de dudas que se trata de un dignatario piqueño que fallece en la costa de Iquique en señal segura que las relaciones costa-interior eran estables.



Contexto funerario de la costa de Bajo Molle (Nielsen Ms., Museo Regional de Iquique).

Autoridad pre Inca del oasis de Pica radicada entre los pescadores para coordinar las operaciones de intercambio. Sombrero de cuero de lobo en reemplazo de similares de cestería comunes entre la elite piqueña, y típica túnica de autoridades de la cultura agraria Pica-Tarapacá (Núñez y Briones 2017).

De acuerdo a las observaciones y rescates posteriores se identificaron en este mismo espacio de Bajo Molle cuatro sectores correspondientes a un cementerio apegado al camino que cruza la península, con registros de cerámica, otro en el camino que lo penetra y uno en su tramo más sureño asociado a fragmentación alfarera, cerca de un asentamiento caracterizado por depósitos de restos de comidas (conchales) de baja altitud, sumado a otras ocupaciones similares en el sector llamado la Portada (Núñez 1963).

Por otra parte, se destacan varios rescates más recientes efectuados desde el año 1992 (Sánchez 2010; Moragas 1996; Moragas Ms.), con componentes similares registrados en ocupaciones y cementerios en la Portada, en el recinto de la Armada y el Condominio Collahuasi. Se destaca un campamento al SE del cementerio Parque del Sendero con ceramios San Miguel policromo y Pica estriado, asociados a evidencias de pesca con balsas: dardos con puntas de espinas de cactus terminados y en proceso de elaboración, estacas de madera, madero con horquilla, remos individuales y de doble pala con copla de unión, rollo de cuerda de cuero de lobo para arponeo de caza mayor y otro con flotador y bolsas de malla (Moragas 1996).

Estos contextos en general se vinculan con agrupaciones de pescadores gradualmente especializados que ocuparon la península e incluyeron habitaciones más permanentes a través de recintos cuadrangulares, con técnica de doble pared y relleno interno de argamasa a base de arena y ceniza, apegados al borde norte, junto a restos funerarios muy removidos, observados décadas atrás (Núñez 1963, 1969; Moragas 1996; Núñez y Varela 1967-8).

12. *Puerto de tráfico Soronal*. Al SE de Iquique en el salar homónimo se han evaluado restos de ocupaciones e inhumaciones con presencia de pescadores y gentes de los oasis tras las operaciones de intercambio, constituyendo un lugar de encuentros al interior de la costa, nominado puerto de tráfico de acuerdo con la presencia de abundantes desechos de conchas y de pescados a ca. 40 km del litoral. Se han documentado, además, montículos estratificados de desperdicios con uso de materias líticas locales, entre alimentos y objetos de origen costero, junto a mazorcas de maíces derivados de estos encuentros.

Se trata de movimientos de costeños con porta cargas escalerados a la espalda y, a su vez, del acceso de caravanas cargadas desde los oasis de Pica de acuerdo con el nexo geográfico de este salar que contaba con vertiente y vegetación natural (forraje). En la superficie de estos montículos se han detectado inhumaciones intrusivas con objetos procedentes desde el oasis de Pica, observados en sus cementerios: cuerpos genuflexos preparados con camisones junto a arcos y flechas, piezas de telar, bolsa con equipo de textilería, atados de lienzas de colores y cordelería de fibra vegetal. Son muy representativos los husos de hilar, yesqueros, agujas de espinas de cactus, sandalias, mango de azuela, vichuñas o apretadores de trama (telar), lana de llamas, cerámica, maíz y porta cargas escalerado del contacto inca para suspenderlo con una faja desde la frente, usado en el tráfico costero (Núñez 1962).

Por su parte, los objetos costeros asociados en Soronal se reconocen en tiras de cuero de lobo, anzuelos de cobre de varios tamaños, porta arpones, rollos de tientos de cuero de lobo para arponeo, bolsas de red de fibra vegetal, puntas líticas, porta arpones con extremo oblicuo para embutirlos. No faltan las cabeceras de arpones de hueso, con barbas de espina de cactus y puntas líticas foliáceas para arpones. De acuerdo con estos objetos se han propuesto estacionamientos de cierta duración que provenían de la costa iquiqueña a juzgar por la similitud artefactual y las posibilidades de asentarse en un espacio con recursos estables, como el agua, y los contactos caravaneros derivados del oasis referido (Núñez 1962, 1963). Esto significaba ventajas recíprocas: las caravanas tenían recursos forrajeros y eran esperados allí sin necesidad de desplazarse hacia la costa y los costeños podían transar aquí en un ambiente además con excelente material lítico ya utilizado por sus antecesores arcaicos (Núñez 1963; Núñez y Varela 1967-8).

13. Puerto de tráfico Yungay. El llamado “gentilar” de Yungay, situado al SE de Iquique, cerca de la ex oficina salitrera del mismo nombre, demuestra, como el caso anterior, el encuentro de agrupaciones costeras con las caravanas del oasis piqueño en un espacio con vertientes, toda vez que las napas subterráneas son muy altas en ese sector del pueblo salitrero de la Noria. Estaban rodeados de geoglifos, al igual que Soronal, donde intercambiaban sus excedentes con

suficiente permanencia, también prolongada, y alejados de la costa más cercana. Al punto que allí también se organizó un pequeño cementerio formal.

Esta permanencia dio lugar a campamentos con extensos conchales estratificados o espacios con restos de origen costero y, por cierto, a las inhumaciones cuyos contextos dan cuenta de componentes de oasis y costeros, vinculados con los registros iquiqueños. Entre los atributos del oasis se destacan: cuerpos genuflexos en fardos preparados con camiones, cántaros, semilla de algarrobo, calabazas, marlos de maíz, restos de camélidos, esteras, faja con bolsa integrada a diseños, tallado en madera de un personaje provisto de un gorro de cuatro puntas del estilo Tiwanaku, camiones con franjas listadas verde-rojo-azul, bolsas listadas y fajas con diseños. Los materiales costeros destacan a: restos de choros, lapas, locos, erizos, apretadores, pescados, aves y puntas líticas de arpones (Sanhueza 1985). Al igual que Soronal, no se trata de pasos de caravanas o asentamientos estables, sino un espacio de encuentro con las ventajas mutuas para agricultores y pescadores, con un interés propio de los costeños que lograban, además, un acercamiento a los recursos forestales del Tamarugal para obtener las maderas duras, tan útiles para sus utillajes marinos.

14. *Contactos locales con la expansión incaica.* Se sabe que los incas construyeron un asentamiento complejo cerca del actual pueblo de San Lorenzo de Tarapacá (“Tarapacá Viejo”), donde procesaron la plata extraída de la mina de Huantajaya, seguidos posteriormente por los españoles (Núñez 2021 [1972]; Zori y Tropper 2013), una vez que los guías tarapaqueños los acompañaron a su descubrimiento. En este marco extractivo eligieron la cumbre norte de la quebrada de Huantaca que abre el descenso a Iquique para enterrar allí su kapaqocha, correspondiente al sacrificio de dos niñas de la elite, con ofrendas muy sofisticadas. Junto a la cerámica imperial cuzqueña había valvas de *Spondylus* o mullu, traído de la costa ecuatoriana, considerado alimento de sus dioses y como adorno corporal. Aunque no se ha reconocido en la costa iquiqueña la presencia dominante de artefactos u otros indicadores incas imperiales, sí ha sido posible el registro muy intrusivo de cerámica inca provincial en el cementerio prehispánico de Patillos y en las inhumaciones de la calle Esmeralda

de Iquique junto a otros implementos locales mayoritarios (Sanhueza 1982; Checura 1977). Aunque es posible que por la cercanía cierta mano de obra costera se haya aplicado en la contigua mina inca de Huantajaya. De hecho, las ceremonias incas ejecutadas en el cerro Esmeralda frente al océano Pacífico fueron advertidas y conocidas por las poblaciones del litoral como señal de ese dominio externo, ocurrido en corto tiempo.

Cementerio de pescadores en el oasis de Pica. A la entrada del pueblo de Pica se excavó el cementerio Pica-7, justo donde se instaló la administración inca y luego la primera colonización española. Se trata de inhumaciones concentradas que debieron provenir de algún asentamiento cercano no detectado, organizado durante la ocupación inca a juzgar por el registro de sus objetos representativos y frecuentes teñidos de rojo en ciertas artesanías y estacas. Los incas se habrían encargado de organizar una conexión más intensiva con los recursos marinos.

Entre sus objetos particulares se destacan keros o vasos grabados de madera, varillas rojas de telar, ollas globulares, platos rojos engobados, botella con un asa, jarros miniaturas, cántaro fracturado usado como urna funeraria, escudillas con mango ornitomorfo y platos Saxamar rojos con diseños negros de pequeñas llamas. Las ofrendas vinculadas directamente con el litoral son variadas: bolsas-red de fibra vegetal, equipo porta cabeceras de arpones, espinas de cactáceas, pigmentos ocres sobre cráneos, fardo funerario envuelto en cuero de lobo, puntas pedunculadas y foliáceas de arpones, pesa “cigarro” de esquisto costero, grandes anzuelos de cobre, arpones de hueso con y sin barba de espina de cactácea, cabeceras de arpón de madera y miniatura de balsa de tres cuerpos de madera (Núñez 1962).

Este listado de ofrendas costeras es coherente con otros registros de la costa iquiqueña. Se ha propuesto que durante el dominio inca se captó el intenso tráfico caravanero de intercambio oasis-costa preexistente bajo una compleja red de geoglifos, demasiado visibles como para ignorarlos, y captar sus roles simbólicos en redes viales de intercambio que merecían ser ampliadas (Núñez *et al.* 2005). Por lo anterior, bajo la corta administración inca se habría creado una fuerza de tarea aún más especializada, organizando en Pica un asentamiento y cementerio separado del resto de la población. Esta vez con tareas

específicas donde el intercambio se alternó con la producción directa en el litoral, aumentando las cargas, esta vez utilizando, además de las caravanas, la aplicación de un ingenio personal a través del tablero escalonado, dispuesto en la espalda, distribuido en Soronal y la costa iquiqueña. Es posible que estos excedentes costeros hayan sido movilizados desde Pica al altiplano donde la cerámica Saxamar fue muy frecuente y también presente en este cementerio Pica-7 durante el contacto Inca-local (Núñez 1962).

Por supuesto que los pescadores involucrados parecen ser más costeros que piqueños a juzgar por el uso de la balsa de tres maderos común en la costa iquiqueña junto a los apetecidos maíces locales, adquiriendo cierta identidad al usar exclusivamente unos gorros tejidos semiglobulares con adornos de plumas. Estos antecedentes demuestran la importancia de los excedentes costeros durante los últimos siglos prehispánicos y se oponen a ciertos juicios españoles que intentaron desconocer la complejidad y valoración indígena apegada al borde más desértico del Pacífico (Lizárraga 1968 [1605]).

De esta información se desprende que las poblaciones costeras entre los 900 a 1.450 años DC lograron una adecuada relación productiva con los recursos marinos a través de medios bien perfeccionados que les permitieron obtener excedentes adecuados para sus contactos exteriores. Al carecer de aldeas densas, prácticas agrarias, escaso arte rupestre, con déficit de textiles por la falta de materias primas y labores con escaso uso de vestimentas, todo tan diferente a las comunidades sedentarias interiores, indujo a que los primeros españoles desconocieran los atributos en relación a sus relaciones con los recursos marinos. Los costeros habían creado culturas directamente relacionadas con ese medio específico, reflejado en una alta diversidad en términos de navegación e implementos de caza, pesca y recolección, incluyendo su acceso a la extracción de fertilizantes, también conectado con los espacios agrarios interiores.

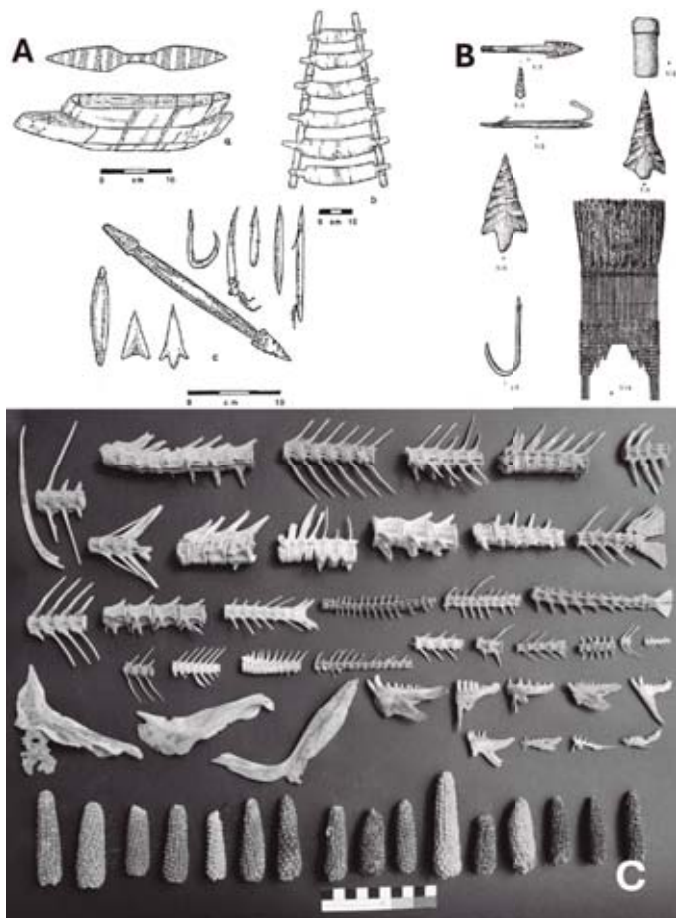
Quizás el mejor ejemplo para los pescadores actuales es que para capturar congrios deben aplicar sofisticadas varillas con múltiples anzuelos con carnadas que se acercan a estos extraños peces nocturnos, bien cobijados en el día al interior de reparos rocosos. Se preguntarán cómo lo hacían aquellos del pasado prehispánico que

sabían que esa pesca era también prioritaria para secarlos y salarlos (charquecillo) para sus envíos a los aldeanos del interior. Una posible explicación es que lo hacían con buceos a resuello, con un arpón en la mano, teniendo un mapa mental donde encontrarlos. ¿Acaso aún no se hace lo mismo, esta vez con trajes y aire por manguera desde un compresor dispuesto a bordo? Es cierto, antes también sabían moverse para ubicar lugares donde estaban temporalmente los recursos deseados a diferencia de las labores agrarias más estables del interior.

De lo anterior se desprende que el litoral iquiqueño tuvo un desarrollo autónomo durante el pasado prehispánico, complementado con los aportes del tráfico con las comunidades agrarias del interior e inserto en una red de rutas caravaneras y peatonales al interior de la ritualidad de viajes por despoblados. Esas rutas se relacionaban con los ritos que organizaban los caravaneros del interior frente a los geoglifos, intensificados durante los últimos siglos prehispánicos a través de varios ejes de desplazamientos. De norte a sur lo eran las huellas que salen de la quebrada de Tarapacá por las paskanas y campamentos coloniales y prehispánicos cerca de la oficina Mapocho, marcadas también con geoglifos más un conjunto de petroglifos (Núñez 1985), hasta el sector de Huantajaya e Iquique (borde norte) por el paso de la quebrada de Huantaca. Un segundo eje unía a los oasis de Pica con Tamarugal-Yungay/Noria hasta la costa de Bajo Molle-Iquique. El tercero contactaba a los oasis piqueños con los geoglifos de Pintados, vía Cerro Monos-Salar del Soronal y Alto Barranco junto al litoral del sur de Iquique. Más al sur la conexión se establecía con Guatacondo hacia la costa del Pabellón de Pica y Guanillos por los geoglifos homónimos y, finalmente, otra ruta más al sur por Guatacondo hacia el litoral entre Chipana y la boca del Loa (Briones *et al.* 2005).

Las subidas y bajadas hacia la costa de Iquique, observadas en la Cordillera de la Costa, ocurrían a través de la quebrada de Huantaca, la conexión por el centro era Alto Hospicio y más al sur por los zigzags de Bajo Molle. De modo que, a pesar de los ambientes desérticos, este litoral estaba conectado con el interior a través del apoyo de redes de tráfico que explican la presencia de rasgos y recursos observados al interior provenientes de la costa y de contramano:

alimentos cárneos, agrarios, frutos de arboledas, materias primas, artesanías y textilería, entre otros bienes, provenientes de los valles y oasis relativamente cercanos.



Tráfico de intercambio con la costa de Iquique.

A: Ofrendas inhumadas en Pica-7. **a)** Balsa de tres maderos preincaica. **b)** Porta carga escaleado inca dispuesto en la espalda. **c)** Anzuelo de cobre, cabeceras de arpón, cabecera de arpón para la pesca mayor, pesa lítica, puntas líticas de arpones (Núñez 1962; Núñez y Briones 2017). **B:** Pescadores preincaicos en el salar del Soronal en contacto con caravanas de Pica: Arpones de hueso para peces menores, puntas líticas de arpones, anzuelo de cobre y adorno frontal de plumas de aves marinas (Núñez 1963; Núñez y Briones 2017, 2020). **C:** Ofrendas preincaicas en Pintados: maíces y restos de pescados en un campamento caravanero entre Pica y la costa de Iquique frente a los geoglifos de Pintados (Núñez y Santana-Sagredo 2021).

III. SOBREVIVENCIA INDÍGENA DURANTE EL TEMPRANO DOMINIO ESPAÑOL (S. XVI)

Los pescadores y recolectores más antiguos o arcaicos se han localizado en la playa de Caramucho a unos 47 km al sur de Iquique, datados a los 4.030 años antes del Presente, asociados a instrumentos costeros muy especializados (Sanhueza 1982). Desde estos tiempos se inició una secuencia de asentamientos cada vez más adaptados a la vida marina que fuera súbitamente intervenida por los conquistadores españoles, quienes se sorprendieron al constatar que mantenían intercambios con las comunidades agrarias del interior a pesar de la distancia tan desértica. En efecto, Cristóbal de Villegas escribió en el año 1558: *... que he oído decir a los dichos indios de Tarapacá que allá en la mar están los indios de Tarapacá y Pica todos juntos* (Barriga 1955 [1558]: 310). Juicio ratificado por las indagaciones arqueológicas con el registro costero de inhumaciones y ofrendas similares a las excavadas en Pica, esta vez en la caleta de Bajo Molle, Iquique y otros sitios cercanos (Núñez *et al.* 2005; Moragas 1996).

Durante este siglo XVI se había indicado que entre Pisagua a la boca del Loa junto a los recursos marinos hay minas de plata por explorar, pero lo inmediato era cómo controlar a los 3.000 indígenas locales y afuerinos minoritarios, destacándose los mil pescadores tributarios incorporados al nuevo orden colonial, entre los 18 a 50 años de edad (Lozano Machuca 1965 [1581]). Vivían más concentrados en las caletas de Camarones, Pisagua y Xequexeque (Iquique), incluida la boca del Loa. Los asentamientos entre Iquique y Bajo Molle a pesar de sus logros frente a los recursos marinos también fueron observados como agrupaciones marginales, muy diferentes a las comunidades indígenas agrarias del interior, con modos de vida obviamente distintos.

Precisamente, una visión temprana sobre estos pescadores en un medio sin ríos demuestra la superficialidad de estos primeros observadores: *... en este trecho de tierra hay algunas caletillas con poca agua salobre, donde se han recogido y huido algunos indios pescadores, pobres y casi desnudos; los vestidos son de pieles de lobos marinos, y en muchas partes de esta costa beben sangre destos lobos a falta de agua; no alcanzan un grano de maíz, no lo tienen; su comida sola es pescado y marisco. Llaman a estos indios Camanchacas, porque*

los rostros y cueros de sus cuerpos se les han vuelto como una costra colorada, durísimos; dicen les proviene de la sangre que beben de los lobos marinos, y por este color son conocidísimos... Definitivamente, eran tildados de carentes de oficios, pobres hasta desnudos (Lizárraga 1968 [1605]: 74, 68). Es más, que comen carne cruda, son inmorales, bárbaros, dignos de ser discriminados (Cobo 1892 [1653]; Vásquez de Espinosa 1948 [1628-1629]; Frezier 1902 [1716]; D'Orbigny 2002 [1826]; Guevara 1929). Aún los piratas describieron sus viviendas como “primitivas”, mientras saqueaban Iquique y sus capillas (Noort 1602), pero al menos reconocieron que unos canoeros los llevaron donde había agua potable e intercambiaron cuchillos por pescados (Bittmann 1984). Más de algún español reconoció que por lo menos usaban ropas de algodón, aunque consideró que sus vidas eran miserables, sostenidas sólo con la pesca del congrio (Pizarro 1978 [1571]: 99).

Tanto en Arica como en la costa entre Iquique y la boca del Loa, donde pescadores y agricultores preincaicos convivían, no se ha reconocido nada parecido a la pobreza descrita, ni menos la barbarie, ausentes tanto en las inhumaciones como en las ofrendas sofisticadas (Hidalgo 1982, 2004). De modo que esa visión tan desmesurada sobre los pescadores al sur de Arica parece ser más bien una ilusión óptica, derivada de una forma de vida acorde a ese medio. Pero ningún español se preguntó cómo pescaban congrios sin tener los equipos sofisticados y obviamente algo parecidos a los procedimientos actuales. Nadie observó que era posible, como hoy, perforar un erizo en dos partes opuestas laterales para beber su líquido potable y que al desparramarse por la boca y el pecho deja por un tiempo manchas rojas interpretadas como sangre... Sin embargo y en términos de asegurar la entrega de sus tributos al menos a sus caudillos, se les reconocía y respetaba como “caciques”.

En cuanto a los así subvalorados, una real cédula del año 1540 demuestra el interés de los encomenderos en la distribución de sus indígenas agricultores y los pescadores, que eran minoría, tanto en Arica como en Tarapacá, puesto que aspiraban a tierras y costas con recursos ricos, y que sus encomendados fueran asignados sin presentar conflictos. Al respecto, en este contexto se observa que se vive un tiempo pleno de contradicciones, en cuanto se sucedían juicios que

aspiraban a recibir tierras ricas con mano de obra calificada. En palabras más fantasiosas: ... *yndios de esta costa desde Ylo a Tarapacá, y de que son muy rricas, y asi me lo dixo a mi un prencipal de mi encomienda, que se dezia don Martin Canare, e que se seruían en basijas de plata y oro. Asi entendido se tratauan los de las yslas con los de esta tierra* (Pizarro 1978 [1571]: 248).

Ciertamente, los europeos recogían descripciones y relatos confusos sobre cómo eran aquellos indígenas costeros, apuntados bajo distintas nominaciones: Changos, Urus, Camanchacas, sin establecerse bien sus territorios étnicos. Con labores muy móviles y difíciles de sistematizar sus diferencias o similitudes válidas para ciertos espacios (Hidalgo 2004). Así los Camanchacas durante los inicios de la colonización son reconocidos como componentes de una etnia específica y con ello lograron orientar bien la acción evangelizadora, tal como se había conseguido con las comunidades étnicas bien diferenciadas del interior agrario (Hidalgo *et al.* 2019, 2004).

Quizás destacaron ciertas diferencias con las agrupaciones más al sur de Pisagua, como pudo ocurrir con los llamados Changos, a pesar de que habrían convivido con los Camanchacas en otros enclaves al sur de la boca del Loa y aún en la costa norte del Perú (Casassas 1974; Rostworowski 1981). Descrito esto, se sabe que existió un ayllu Camanchaca en Iquique durante el siglo XVIII bajo un ordenamiento dual, bien legitimado por sus aportes al comercio de pescados secos y salados, incluida la extracción de guano, factores que ayudaron a su reconocimiento desde los colonizadores.

Precisamente, los llamados Changos se habrían situado con preferencia en la costa sin desembocaduras de ríos donde articularon la producción de “charquecillo” de pescado, arponeo de grandes presas entre festines colectivos, sumado a la reserva de aceite, caza ocasional de guanacos y ciervos en la Cordillera de la Costa. Se incluyen sus contactos primero con el descenso de las caravanas procedentes de los oasis interiores y luego con las tropas de mulas hasta los inicios del siglo XIX (Vásquez de Espinoza 1948 [1628-1629]: 479; Mellet 1959 [1824]).

Gradualmente y pese a las visiones negativas del régimen colonial, las comunidades costeras comenzaron a probar sus roles como los

Camanchacas, pero no sólo por cumplir con los encomenderos a través de la entrega de tributos con pescado y guano, sino, además, como constructores de embarcaciones y asistencia en las prácticas navieras. Tanto así que en Arica sirvieron como vigías o centinelas desde cerros y caletas precisamente por su dominio del medio apto para avisar a tiempo sobre el acceso de contrabandistas y piratas. Sus formas de vida fueron suficientemente complejas como para organizarse tardíamente en ayllus y “mitades”, acorde con similares organizaciones instaladas al interior agrario y tierras altas. Sus familias instaladas en el borde mar morrino y en la Isla junto a un puerto en formación, fueron seleccionadas por los sacerdotes en las ceremonias anuales desde fines del siglo XVI.

Cambios que no fueron capaces de diluir sus atributos costeros heredados del pasado prehispánico, asociados a cierta estabilidad territorial donde recibían sacos de maíz, ropa y hojas de coca cada vez que entregaban sus cargas de guano. Estos roles comenzaron a destacarse, además, con el aporte de pescado y agua que llevaban a los mineros de Huantajaya, dada la cercanía a través de la huella del abra de Huantaca. Es decir, se habían creado cierto prestigio a pesar de las voces contrarias de ciertos encomenderos. Más tarde, por el año 1785, la matrícula de los hombres de mar de Arica, Ilo e Iquique se constituía de 201 personas de todas las castas, con labores que sólo ellos podían aplicarlas con eficiencia a pesar de ser funciones inéditas: artilleros, marinos de transportes, centinelas y grumetes de la real armada, donde los Camanchacas tuvieron roles destacados a lo largo de la costa tarapaqueña (Hidalgo 2004).

Hay consenso que los Camanchacas fueron agrupaciones organizadas en bandas con lengua propia de origen prehispánico y que pervivieron hasta la mitad del siglo XIX, dejando obviamente sus descendientes (CELPTA 1926-1927). El origen de su nominación no se ha esclarecido (Escobar y García 2017), pero es evidente que mantenían atributos propios como su lengua franca (Bittmann 1984). Es la lengua “pescadora” de los Camanchacas, advertida en la costa del Loa sin relación a los apellidos aymaras ni quechuas allí existentes (Alflorino 2017), puesto que mantenían su lengua como los Changos, situación que fue bien interpretada: *Cada caleta, cada desembarcadero,*

cada islote o lobería, tiene un nombre indígena, lo cual demuestra que todos estos parajes recibieron su nomenclatura de los Changos que habitaban esta parte de la costa... muy pocos son los lugares que han recibido nombres modernos (Billinghurst 1888: 70).

De acuerdo con la familia Humberstone de Iquique, se mantuvo en sus memorias un relato escuchado durante sus primeros viajes a Pica donde les dijeron que en tiempos antiguos los Camanchacas ascendían precisamente bajo la neblina del mismo nombre. En esa ocasión la visibilidad era casi nula, tal como aún ocurre en ciertos días del año, y en corto tiempo se introducían en las bodegas para sustraer productos cosechados (F.H. Humberstone, comunicación personal). Aunque este relato se opone a las operaciones armónicas de intercambio, detectadas arqueológicamente, podría reflejar eventos de rupturas interétnicas, si es que el mito puede sustentarse. Sin embargo, la estricta nominación de la niebla costera que pervive hasta hoy y su designación étnica sugieren que estos costeños marcaron el paisaje desde sus propias identidades locales.

Por otra parte, los españoles reconocieron a los Changos a lo largo de la costa sin ríos por el año 1659, señalando que también diferían de las comunidades agrarias (Bittmann 1984). Fueron importantes para el movimiento de cargas desde el inicio de la ocupación española cuando aún no se construían los muelles, operando con sus balsas de cuero de lobos que provenían de los aportes prehispánicos. Actuaban estas etnias obviamente desde las playas como ocurrió en Pisagua, aún en tiempos salitreros iniciales, donde cada embarcación portaba cuatro sacos (Prior 1889-1891). Fue así hasta la llegada de las llamadas “lanchas maulinas” que recibían cargas de sacos por plataformas inclinadas desde los primeros muelles, obviamente en una escala mayor en tiempos del salitre.

En esta dirección, el aporte de los pescadores étnicos, asumidos también en las labores portuarias más concentradas en El Morro y su entorno, se extendió también hacia las minas de Huantajaya a donde llevaban alimentos frescos y capachos de cuero de lobo para la carga de mineral, entre otras aplicaciones y, por cierto, una cuota de mano de obra. Sin embargo, no fueron los únicos en la costa, por cuanto se han identificado Uros en los valles occidentales, incluido

el litoral entre Pisagua y la boca del Loa, dependientes del encomendero Lucas Martínez Vegazo y, por cierto, desprestigiados por ser sólo pescadores y obviamente carecer de cosechas (Lozano Machuca 1965 [1581]). Sin embargo, cuando Lucas Martínez mantenía sus minas en Huantajaya, al lado de Iquique, tenía allí encomendados a Camanchacas locales que lo surtían de agua trasladada por mar y guano a cambio de maíz, además de aceite de lobos en cántaros adecuados. Mientras que sus mayordomos abastecían de hojas de coca a sus indios mineros y aquellos que desde la costa les entregaban pescados secos y salados, se consideraba también de alta aceptación el charqui de carne de llamas (Hidalgo *et al.* 2019; Trelles 1991). Los Uros eran maltratados inicialmente como bárbaros, ladrones, fraudulentos y sucios... (Calancha 1977 [1638]), se dice que habrían llegado al litoral sin ríos como colonos, pero no hay datos confiables, siendo extraño su eventual origen altiplánico tan diferente a las labores costeras (Choque y Díaz 2022).

En general, no fue fácil distinguir a los españoles en este largo litoral las faenas y modos de vida comunes, con focos étnicos diferenciados entre caletas dispersas en un litoral aparentemente homogéneo, hacia donde se establecían, además, contactos caravaneros con poblaciones del interior a través de presencias temporales y estables, que implicaban el retorno a sus asentamientos interiores. Es probable que estos marcadores de difícil observación, con una cultura material adaptada a la vida marítima y hábitos de caza y recolección ya superados en valles y tierras altas, hayan llegado a ser tratados como “primitivos” (Uhle 1922), vinculados arbitrariamente con etnias no locales, instaladas en la costa como: Uros, Yungas y Proanches (Bittmann 1977; Herrera 1995), incluidos los Yungas de la costa de Arica (Hidalgo y Focacci 1986). Mientras no se sepa cómo se autodenominaron las comunidades costeras desde Arica a Taltal, este tema será complicado, de modo que nos limitaremos a observar qué hicieron y cómo los describieron a lo largo de la costa desértica, considerando a los Camanchacas y Changos como las etnias más representativas.

A partir del año 1526, cuando fondeó en Iquique la primera nave española, se estableció el reconocimiento del otro entre aquellos pescadores que provenían del tiempo prehispánico en un ambiente de

impresiones mutuas por el solo hecho de compararse las escalas de las embarcaciones (Advis 1990). Es probable que el sentido del acercamiento a estas inmensas naves europeas haya estimulado los primeros contactos armónicos de reconocimiento mutuo, hasta el punto de que en una oportunidad los pescadores guiaron a navegantes ingleses hacia las vertientes de agua potable (Bittmann 1984). Acción que se opone a los términos despectivos posteriores (Lizárraga 1968 [1605]: 50), aunque a pesar de sus lenguas propias y modos de vestir, algunos de sus líderes fueron tratados de “Don” (Casassas 1974) y, por cierto, pagaban tributos en pescados secos y salados desde sus caletas y, de paso, ponían en práctica el aprendizaje del habla española.

Desde este contacto con los encomenderos los pescadores continuaron exponiendo su potencial en términos de excedentes, paralelo a la extracción de guano rojo que venía ampliándose desde el reciente pasado prehispánico en conexión con los valles y oasis interiores. Su patrón de vida dispersa en caletas, con viviendas livianas y hábitos diferentes, derivaba de la intensa movilidad tras los espacios más competentes. Esto de acuerdo con las variaciones que implicaba el traslado con campamentos móviles de aspectos muy diferentes a las aldeas agrarias. Eran más bien como carpas funcionales, con cueros de lobos que servían para acciones puntuales: dormir, guardar, manufacturar, reparar, sombreado, comer, secar y salar, bien aptas para moverlas, y por esto tildadas como “chozuelas” (Vásquez de Espinoza 1948 [1628-1629]).

Los colonizadores desconocían que esos hábitos eran la consecuencia de varios miles de años de adaptaciones a los recursos marinos móviles y que por intercambios habían logrado establecer relaciones y beneficios mutuos con los agricultores instalados junto a los ríos y vertientes. Gradualmente, a través del siglo XVI, los aportes costeros de alta especialización fueron bien considerado para integrarse con sus tributos y mano de obra a las transformaciones que comenzaban a operarse en el borde marino del desierto donde, junto con el aporte alimenticio local, las autoridades españolas comenzaban a valorar el aporte de los fertilizantes y, por cierto, la explotación de las minas de plata en primera prioridad.

En este escenario se incorporaron los esclavos africanos, movilizados desde el Congo y Senegal, dando lugar a un comercio con “criaderos” que alcanzaron al actual sur peruano y norte chileno (Klein 1999; Díaz *et al.* 2009), dispuestos como mano de obra comprada a cargo de procedimientos en guaneras, minas y viñas, y aún a cargo de funciones domésticas junto a sus amos, en convivencia con los otros subordinados indígenas y mestizos. En el litoral se repitió el temprano mestizaje observado en los valles bajos y oasis como Pica, entre afrodescendientes y las otras castas avasalladas; por lo mismo se detectaron también “cholos” como mezclas de españoles e indias, nombre que pasó a ser despectivo cuando la unión ocurría entre mestizos(as) e indios(as) (Alflorino 2017).

A pesar de ser “piezas” compradas y subvaloradas, se sabe ahora que los afros dejaron en los valles y oasis importantes aportes culturales (Daponte 2010). Fueron también instalados en la costa donde interactuaron con los pescadores y guaneros de Iquique, donde se dijo con cierta fantasía que incluso intercambiaban fragmentos de plata por especies locales, alcanzando cierta visibilidad social toda vez que por el año 1565 los pescadores indicaron que no aportaron sus contribuciones por cuanto todo lo producido fue entregado previos pedidos a los “mineros negros” de la Cordillera de la Costa (Trelles 1991). Es posible sugerir que la mano de obra afrotarapaqueña no se implicó tanto con las labores del porteo de minerales, dejado esto a los costeños en un marco de abuso de parte del alcalde Andrés de Loayza, denunciado por sus indios tributarios de la mina Santa Rosa de Huantajaya.

En este escenario de búsqueda de una mayor aplicación para los aportes afros llama la atención la deliberada orientación dada por sus propietarios a labores más especializadas, advertidas en el testamento del empresario minero Lucas Martínez Vegazo. Aquí se informa que operaban como herreros a cargo de fuelles, fabricantes de carbón, fundiciones, cocinería, peones de minas, además de empleados en sus instalaciones en Iquique (Hidalgo y González 2019; Trelles 1991).

Sus roles en las labores bajo sus patrones crecieron al punto que en la mitad del siglo XVIII alcanzaron a un cuarto de la población total (Ossandón 1962). Su sola presencia en las inhumaciones localizadas

en el espacio morrino MOP-3 (Sanhueza 1991) indica que su mano de obra se involucró, avanzada la colonia, en las labores iniciales portuarias y en la Isla guanera, esta vez junto a los costeños locales. Bajo el régimen esclavista exclusivo para los afrotarapaqueños, al comparar la percepción desde la administración colonial, éstos a diferencia de los indígenas locales presentaron condiciones más favorables para las labores cercanas a sus propietarios. Se destacaron en roles de servidumbre, viñas, fundiciones y otros, al punto que en el año 1680, a raíz de la amenaza del arribo de piratas en Arica, se creó con plena autonomía la “Compañía de mulatos libres” y de “morenos libres”, esto es, siempre juntos a quienes los habían esclavizado; algunos lograban la libertad tempranamente a fines del siglo XVII (Dagnino 1909: 46). Este aporte africano al involucrarse con el litoral fue otra causal para sostener que aquí su presencia fue bien probada a través de sus inhumaciones en torno a la iglesia colonial. Es decir, se incorporaron y fueron también parte sustancial de la conformación de una mayor diversidad genética y cultural, derivada de tres siglos de cruzamientos étnicos.

En general, los habitantes del litoral durante el régimen colonial fueron sometidos a notables transformaciones frente a elites políticas dominantes que trataban de integrar a las etnias locales en labores sin precedentes, distintas a aquellas prehispánicas, salvo la única que fue reconocida desde los primeros contactos: productos del mar y una mejor agricultura interior a través del tráfico de fertilizantes.

La mayor innovación regional ocurrió precisamente en la cercana apertura de las minas de plata de Huantajaya por el año 1556, incorporando mano de obra local e iniciándose las tareas de embarque y desembarque conducentes a un futuro puerto. Comenzaron a valorarse los espacios frente a la Isla donde se situaba El Morro. Aunque los lingotes de plata se embarcaban por Arica donde radicaban las Cajas Reales, también se utilizaba Iquique para el beneplácito de ciertos piratas. Estos embarques hacia Arica incluían las cargas de guano rojo que salían a ese puerto a través de naves españolas para las tierras cultivables de Arica, Azapa y Tacna. Tal ampliación de

las actividades costeras, a pesar de la carencia de agua potable, ya había logrado una población estable de 100 habitantes (Hidalgo *et al.* 2019; Pizarro 1978 [1571]).

De acuerdo a la tasa de tributos entre los años 1549 y 1550, se ha constatado por el licenciado Pedro de la Gasca que la producción costera se ceñía a aportes variados: “indios de servicios”, cueros de lobos marinos, pescados frescos y salados, aceite de lobos para la construcción de navíos (embarcado en botijas), hasta el punto de que se indica que el tráfico de pescado seco por el año 1603 ya alcanzaba hasta Potosí (Choque y Díaz 2022). Es decir, los pescadores no perdieron su relevancia, en cuanto de un total de 3.032 tributarios 1.550 los eran desde Acari (sur del Perú) a Tarapacá, de modo que nada se perdía, incluso los pescados no frescos o desechados se intercambiaban como abono con los agricultores aledaños (Lizárraga 1968 [1605]). Esta práctica continuó en el tiempo, cuando durante el siglo XIX estos residuos se depositaban detrás del “Club de Tiro al Blanco”, cerca de Cavanha, para llevarlos como abono al interior (O. Varela, comunicación personal). En el año 1570 desde la costa tarapaqueña las tasas de pescado seco pagadas a los encomenderos de Tarapacá fueron las más altas entre aquellas de Ilo, Arica y Tacna (Choque y Díaz Ob. cit). Las conexiones entre los costeños y las autoridades étnicas agrarias siguieron siendo sólidas en las palabras de Tuscasanga, cacique del valle de Tarapacá, que reconoce estar en la costa junto a los pescadores (Barriga 1955 [1558]).

Fue gradual, pero consistente la aceptación de que los recursos marinos eran importantes, ya que por el año 1566 las autoridades españolas suscribían que el mar era de todos ante la consternación de los pescadores locales. De tal modo que se trataba de lograr apropiaciones de cuanto ocurría en las caletas y que no podían ser de uso exclusivo de los indígenas quienes las reclamaban bajo los principios de que les pertenecían desde sus costumbres consuetudinarias.

Con estos antecedentes es obvio que la administración colonial haya aplicado tributación al tráfico de pescados entre las agrupaciones costeñas, a pesar de que existían realidades adversas como aquellos indios pobres radicados a comienzos del siglo XVII en la boca del Loa bajo la custodia de unos pocos españoles (Noort 1602; Villalobos

1979). En el año 1575 la tributación en especies marinas, originadas en Tarapacá, incluía a Iquique que ofertaba la mayor carga en comparación con los aportes de Ilo, Ite, Arica y el Loa, con un total de 5.382 kilos de pescado seco. Aunque durante la primera mitad del siglo XVI aún prevalecía tal falta de conocimientos de las realidades productivas tarapaqueñas, que llegaron a exigirles a los pescadores que tributaran también con llamas... (Villalobos Ob. cit.).

Sin embargo, prevaleció la importancia de cobrarles tributos, dado a que era notorio que los pescadores manejaban muy bien la producción trasportable, tal como se desprende del texto siguiente: ... *y todos no matan los lobos sino los que lo usan, y no usan otra pesquería sino matar lobos y comer la carne, y de los cueros hacer balsas para sí y para vender... los que matan lobos no matan otros peces... así cada genero de pescador mata el género de pescado a que se aficiona y no otro.* Con las balsas salen mar afuera a la caza de lobos y allí: ... *tirarle un arpón de cobre y por la herida se desangra y muere,* como un buen resultado de las prácticas que ejercían arponeando tuninas (Bibar 1966 [1558]: 9-10), un pez mayor que hasta ahora no se consume.



La persistencia del arponeo.

A: Balseros arponeando durante la colonia española con prácticas prehispánicas (D'Orbigny 2002 [1826].



La persistencia del arponeo.

B: Pescadores actuales haciéndolo con albacoras desde un tangón (Fuente: Poroto Taltal-YouTube).

La especialización en las actividades de pesca y recolección ya estaba muy madura durante el desarrollo de la cultura Chinchorro, caracterizada por su compleja momificación artificial que alcanzó hasta la costa entre Iquique y Bajo Molle, cerca de los 5.000 años antes del presente. Esta búsqueda de experticia derivaba de sus especialidades prehispánicas en el uso de artefactos muy probados en pesca, caza y recolección, desde aquellos para arponear, pescar con anzuelos, arpones más finos para peces menores, tridentes o ganchos para garabatear, anzuelos con chispas, variedades de pesas, diferentes cuerdas, desconchadores, bolsas-redes, entre otras técnicas habituales. Tal variedad de medios de producción explica la obtención de alta diversidad de mariscos y, por cierto, de peces: congrios, tollos, lisas, dorados, vagres, jureles y atunes, con entradas en balsas hasta 3 a 4 leguas mar adentro tras la búsqueda de grandes peces arponeables, tal como ocurría con los pescadores artesanales sub actuales a base sólo de remos tras las grandes albacoras y “pejeagujas”. En el pasado la caza de grandes peces arponeados fue posible, aunque se

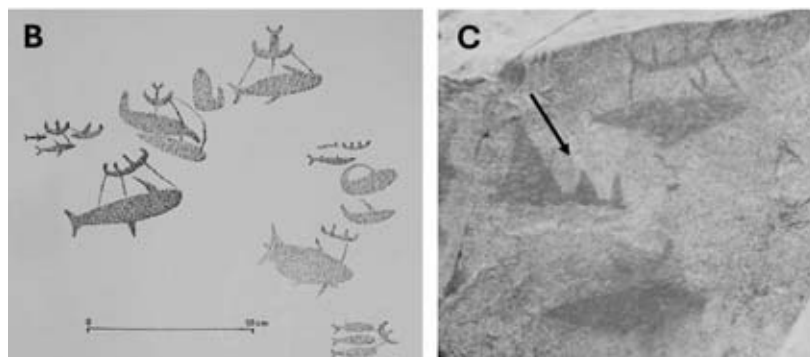
duda si incluyó ballenas, salvo las varadas que eran efectivamente consumidas, oportunidad en que se organizaban agrupaciones durante ocho días tras su comida y aprovechamiento de sus aceites antes de su putrefacción.

Al respecto se ha observado que una vez que estos grandes cetáceos varados eran consumidos, sus enormes huesos eran aplicados en las viviendas de los Changos: ... *todas las ballenas que flotaban muertas, del norte, en el mar, en las cercanías de la costa, venían a parar a la caleta del Hueso Parado* (Capdeville 1921). Por otro lado, si estas ballenas llegaban muertas por causas naturales, lo contrario se podría observar en las pinturas rupestres del Médano, cerca de Taltal, donde se advierten balseros arponeando grandes cetáceos, no sabiéndose si fue una realidad o una aspiración ritualizada. Aunque durante la cotidianidad se preparaban mayormente pescados menores que se secaban o salaban con los preparativos previos de la “salmuera”, siendo el congrio su presa favorita y el más aplicado para estos procedimientos por su aceptación al interior de la costa (Núñez 1966 Ms.; Vásquez de Espinoza 1948 [1628-1629]: 483), lo que corresponde al mismo prestigio actual del consumo local de albacora.



René Bolados en acción.

A: Con sus compañeros morrinos y la albacora dentro del falucho. A la izquierda la cola, a la derecha la espada (Fuente: J. Fernández)



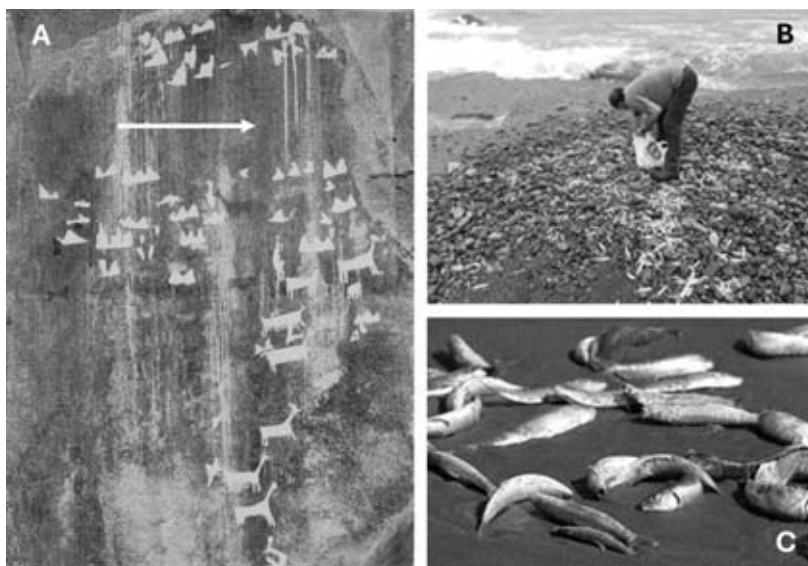
El arponeo en tiempos prehispánicos.

B: Pictografía del Médano, cerca de Taltal, con balseros prehispánicos arponeando. Se advierten las cuerdas desde las balsas dirigidas a las grandes presas. **C:** La flecha indica el paso de las aletas o “capachos” junto a las balsas (Fuente: L. Núñez).

También había eventos en que paradójicamente no era necesario aplicar instrumentos especializados para lograr una pesca excepcional, más cercana a una recolección de peces no “pescados”. Se trata de las varazones ocasionales que se han observado hasta hoy y que, por cierto, fueron vistos por los españoles como un hecho excepcional, lo que para los pescadores desde antes y ahora eran y son hechos recurrentes y habituales cada cierto tiempo. Se trata de una acumulación inusual que incrementó su tráfico previa intensa labor del salado y secado, y obviamente junto a una alta congregación de benefactores y consumidores atraídos hacia esa playa privilegiada.

Desde El Morro lo sabemos. Los cardúmenes de anchovetas (“chícora”) perseguidos por un conjunto combinado de peces voraces, aves con distintas caladas en profundidad, bajo el ataque submarino de lobos y taguas, llegaban a ser encerrados en la playa Bellavista, hasta que jureles y sardinas revoloteaban en la arena por el efecto del oleaje y de sus consumidores sobre y bajo la superficie. Allí estábamos recogiendo sardinas y jureles con la mano, con el agua hasta las rodillas, incluidos aquellos que por exceso de velocidad quedaban aleteando en la arena. Una escena de esta naturaleza también ocurrió ante la vista de uno de los cronistas del siglo XVI: *Ay otra mina misteriosa en esta tierra para el socorro de los pobres, la cual es que por los meses de febrero y marzo vienen grandes cardúmenes de pescado pequeño, y*

muy grande, como son sardinas que allá dicen anchovetas, pejerreyes, tomollos, mojarras, y otras muchas diferencias de pescados, los cuales perseguidos de otros mayores, como son vallenatos, que en aquella costa andan muchos, y de otros peces grandes, espadartes, lobos marinos, vienen huyendo los cardúmenes de estos peces grandes, hacia la costa, saltando casi encima del agua, y entre dos aguas, a que acuden tanta aves marinas, como son gaviotas, rabos de junco, guaraguaos, alcatraces, y otros que cubren la región del aire, que también comen y persiguen los dichos cardúmenes, hasta que viéndose perseguidos de los grandes por la mar, y de las aves por arriba, vienen a dar a la costa sobre aguados en tanta cantidad, que por dos, o tres leguas, está la costa llena de estos peces, de que pueden cargar navíos, entonces llegan los pobres, y mucha gente de la tierra, y cogen mucho, y lo secan al sol para guardar y para llevar a la sierra, así lo vi el año que estuve en aquella ciudad, y me certificaron, que era ordinario todos los años, sin que ninguno faltase; demás de esto, la ciudad es muy abastecida y regalada de la pesca... (Vásquez de Espinoza 1948 [1628-1629]: 483) .



Las varazones de peces antes y ahora fueron alimentos logrados fácilmente.

A: Pictografía prehispánica de Chomache (sur de Iquique) con aves en “picadas” sobre cardúmenes y aletas o “capachos.” La flecha indica el espacio aéreo sobre el cardumen (Fuente: L. Núñez y L. Briones). **B y C:** Sardinas y jureles vivos, varados al alcance de la mano (Fuente: Anónima).

Otro hecho con resultados muy similares ocurría y aún sucede en ciertos veranos cuando los “bajeríos” o rocas sumergidas, donde habitan los mariscos apegados como los locos y lapas en lo principal, eran gradualmente cubiertos por el embancamiento ascendente de arenas y con ello la concentración de mariscos, facilitando el uso de los “chopes” o instrumentos de fierro creados para despegarlos de las rocas. En los casos excepcionales en que el ascenso del piso de arena cubría el “bajerío”, sucedía que principalmente los locos se pegaban entre sí, conformando bolones que terminaban vivos, pero varados en la playa al alcance de la recolección sin el mínimo esfuerzo, tal como fue observado en el sector de la Embancada, junto a los baños Bellavista del Morro (A. Veliz, comunicación personal). Sin embargo, para la extracción del erizo el chope fue y es indispensable, incluso entre buceadores con aire adicional.



La recolección de mariscos.

A: Reproducción del mariscador prehispánico despegando concholepas (“locos”). (Fuente: A. Clave MCHAP). **B:** Los morrinos, Pedro Faúndez y Ricardo Castillo, retornando con erizos (Fuente: F. Gedda). **C:** Buceador actual con aire comprimido, mariscando en bajeríos más alejados de la costa (Fuente: Anónima).

Al margen de estas capturas extraordinarias lo habitual era la pesca desde playas y rocas, y como hoy aquellas desde las embarcaciones en tiempos prehispánicos que retribuían mayores beneficios como lo eran las balsas comunes. Durante la colonización española las balsas de cuero de lobos fueron efectivas desde Arica a Coquimbo y, por cierto, en toda la costa tarapaqueña y, puntualmente, en la iquiqueña de acuerdo con los restos arqueológicos. Fueron de tanta utilidad que eran compradas en el siglo XIX por su eficiencia a pesar de la dificultad de mantenerlas infladas en plenas faenas, soplando a menudo a través de un tubo confeccionado de una “canilla” (“copuna”) de pelicano (“huajache”).

Muy tempranamente las balsas fueron ocupadas entre los cazadores de grandes presas con arpones y tiras de cuero de lobo que precedieron al uso de cordeles y que provocaban acciones inusitadas como aquellas veces en que sus peces mayores ya arponeados se resistían, dando lugar a que los dos tripulantes saltaran al mar para que la balsa por sus tubos inflados ejerciera más resistencia. Al tanto que, al ser las balsas tironeadas a velocidad, se optaba por abrazarse a ella para ofrecer más resistencia como pudo ocurrir con las grandes albacoras más veloces (Vásquez de Espinoza 1948 [1628-1629]: 618-619). Se comentaba que hubo casos en que el arponeador enredó su pie en el cordel y se fue a las profundidades con la albacora arponeada (O. Varela, comunicación personal).

La eficiencia de estas balsas dependía de cómo los pescadores ancestrales lograban su confección a través de su especialización que pasaba por etapas muy complejas como los cortes a través de los cueros de lobos, tratándose de una cubierta gruesa y resistente. Se continuaba con la elaboración de orificios contiguos y alternados, que eran unidos con trozos cortos de espinas de cactáceas, atándose en sus extremos para unirlos a lo largo del gran tubo en proceso de elaboración. Estos formaban los dos flotadores alargados de la embarcación, cubiertos por una pasta grasosa mezclada con alcaparrosa calcinada que, a modo de betún rojizo, servía para su impermeabilizado y evitar así la pérdida de aire y aún el ingreso de gusanos (Bibar 1966 [1558]; Arce 1930). Esta complejidad constructiva explica su eficiencia por su menor peso a diferencia de la balsa de tres made-

ros, también comunes en Iquique, que se habrían orientado a faenas cercanas a las caletas, con mayor peso durante las faenas de entrada y salida desde la playa firme.

Por otra parte, ambas modalidades de balsas, si bien se complementaron, presentaron dificultades por sus tamaños para depositarlas como ofrendas funerarias, por lo cual solían colocar sólo fragmentos. De acuerdo con las láminas disponibles, las balsas de cuero de lobo se manejaban con dos tripulantes y aquellas de madera sólo con uno (Núñez 1986). Se conducían con un remo de doble pala: ... *tan pronto como dan el golpe en el agua al lado izquierdo para remar, tan pronto truecan las manos corriendo la caña por ellas para dar el otro golpe al lado derecho, y donde tenían la mano izquierda ponen la derecha* (Garcilaso de la Vega 1976 [1609]: 240). Es posible que hayan aplicado en aquellas infladas una vela rudimentaria durante eventos favorables de acuerdo con el escaso peso.

El uso de estas balsas fue particularmente eficiente entre los embarcaderos del Morro, situados frente a la Isla del guano hasta las caletas de más al norte, donde las corrientes tranquilas a través del llamado “Canal” facilitaban la navegación y con ello la concentración de actividades, dadas las conexiones entre el transporte de guano y las primeras instalaciones coloniales derivadas de las actividades portuarias incipientes. Espacio que culminará con la construcción de los primeros muelles y de sus instalaciones asociadas junto a la población del Morro, apoyada por la cercanía de los afloramientos de agua (“Aguada de Iquique”), cerca del Muelle de Pasajeros, entre las actuales calles Bolívar y la plaza de la aduana. En este escenario los bajeles españoles comenzaron a anclar al barlovento de la isla por las cargas de guano y aquellas depositadas en las caletas que requerían de sus traslados cuando aún no se construían los muelles y cuando las balsas ya no sólo servían para sus labores de pesca y el traslado de aquellos excavadores de guano de la Isla, sino esta vez para los nuevos intereses portuarios españoles.

Los pescadores locales que ingresaron al dominio español por el año 1540 observaron que la costa que les era propia fue entregada en encomienda, entre otros territorios, a Lucas Martínez Vegazo, quedando El Morro en un espacio protagonista a raíz del incre-

mento posible de sus pesquerías y mayor aumento de la extracción de fertilizantes, pasando a depender de la monarquía hasta el año 1780 con su último arrendatario (Hidalgo *et al.* 2019). Allí en la Isla durante el régimen colonial inicial interactuaron los residentes indígenas con afrotarapaqueños, entre otros, incluyendo los hijos de los Camanchacas (Lo Chávez 2021-a- b). Ellos veían con asombro cómo pasaban a depender del régimen de los encomenderos. Es el tiempo del siglo XVI cuando la Isla pasa a ser habitada con viviendas precarias de indígenas costeños y afrotarapaqueños en torno a una capilla rústica cubierta de cueros de lobos donde se bautizaban, entre otros, los hijos de los Camanchacas que, junto a sus balsas, se habían transformado en esos momentos en aportes claves para un puerto aún no habilitado. En este escenario el espacio del Morro pasó a ser protagónico al disponerse en buena parte del borde mar y con ello junto a los cobijos de pescadores, navegantes, recolectores y cargadores que veían con asombro como se transformaba la vida bajo el régimen colonialista frente a esos navíos nunca vistos, pero que no lograron anular el rol de los balseros y sus funciones eficientes durante un puerto en formación. En efecto, desde el tiempo de Lucas Martínez, por el año 1540, se aplicaron las primeras embarcaciones españolas que les servían para mantener sus contactos con Arica y la costa del actual sur peruano para asegurar el traslado de agua y los alimentos para sus mineros y, de paso, la venta de los productos marinos desde tantas balsas que dominaban el paisaje iquiqueño (Hidalgo *et al.* 2019). Era tal actividad portuaria desde fines del siglo XVI que el puerto de Iquique se arrendaba al igual que el del Loa y Pisagua como ocurrió con un vecino español, encomendero de Pica, Juan Donoso, quien pagó 1.800 pesos por año, por sólo cuatro años, tras el manejo de los excedentes marinos. Es el mismo empresario que movilizó caravanas de llamas y arreo de mulas, después con productos del mar hacia el interior y las urbes altiplánicas, amparado en su acercamiento con los pescadores indígenas de Iquique a quienes apoyaba en su evangelización con obras pías, visitas de sacerdotes, entregándoles además un misal y cáliz de plata (Hidalgo *et al.* 2019; Aguilar y Cisterna 2013).

De acuerdo con los primeros cronistas y varios estudios prehispánicos se sabe que la extracción de guano era una labor cotidiana, tanto del rojo, proveniente de yacimientos fósiles, y otro desde los pabellones blancos, derivado de los depósitos subactuales y actuales, recepcionado por los agricultores del interior. Se sabe que no toda la costa presentaba este recurso y que las islas y elevaciones aisladas son más recurrentes e, incluso, que las conexiones pudieron implicar acceso directo desde determinados oasis a guaneras específicas (ej. Pabellón de Pica). En este marco la Isla de Iquique fue un recurso importante y ya debilitada fue ocupada muy tardíamente para fines militares y portuarios, una vez que se unió al continente por medio de una vía moderna en el año 1932.

Bajo la administración española, a comienzos del siglo XVII, esta extracción de guano se incrementó al punto que se instalaron viviendas para los trabajadores en torno a las llamadas “covaderas”, con la preparación de cargas conducidas hacia las fragatas para su destino a los valles de Arica o por caravanas de llamas hacia los agricultores del interior (Vásquez de Espinoza 1948 [1628-1629]). Esto bajo condiciones de vida con limitaciones extremas a comienzos del siglo XVIII, cuando sus habitantes demandaron por la llegada de más agua potable, hasta el punto que se requirió de una embarcación especial para proveerse del río Camiña en su desembocadura apegada al puerto español Pisagua Viejo, junto a la iglesia colonial, que, se asume, debería ser propulsada a vela, dado a que se movía con vientos favorables, de lo contrario alcanzarían por tierra a las vertientes de Pica (Frezier 1902 [1716]; Núñez 1969).

Eran tiempos en que ya se habían intensificado las cargas marítimas. Por el año 1607 se enviaban desde Iquique a Arica: pescado seco y salado, brea, pero ante todo fertilizantes: ... *el trato del guano es uno de los más provechosos del Partido y sin el cual no se puede vivir en toda esta costa* (Frezier 1902 [1716]). En cuanto las guaneras pertenecían a ciertos encomenderos, otras eran arrendadas por su mayor productividad como la Isla de Iquique, aunque las alejadas del control español se explotaban bajo las iniciativas indígenas al menos durante el siglo XVIII (Choque 2018).

Esta situación se advierte en la Isla de Iquique y su borde costero por el año 1680 cuando uno de los corsarios de Sharp, junto con informar sobre la toma de algunos prisioneros españoles, entrega una visión de lo que allí ocurría: *En la dirección al punto de donde el viento, hay una pequeña isla de veinte o treinta casas, la que posee una pequeña capilla próxima, construida de piedra, y como adorno, sobre esta, se encuentra totalmente cubierta de pieles de focas. Encontraron unas cincuenta personas en este villorrio, pero en su mayor parte huyeron al arribo de nuestro bote. A esta isla, frecuentemente llegan barcos desde Arica, cuya ciudad no está muy distante, y vienen en busca de arcilla y ya se han llevado la mayor parte de este elemento. Los pobres indígenas, habitantes o nativos de esta isla, son obligados a traer toda el agua fresca que ellos usan, desde una distancia total de once leguas, es decir, desde un río nombrado Camarones, que se encuentra a sotavento de la isla. La embarcación en la cual acostumbran a traerla había partido en busca de agua cuando nuestros hombres desembarcaron en el lugar* (citado en Larraín y Bugueño 2011). Esta mano de obra era local cuando entre los siglos XVI y XVII el destino de los costeños de Iquique se había involucrado desde el borde mar, frente a la Isla, bajo esta dependencia colonial, tanto extractiva como en la tributación pesquera.

IV. BAJO EL DOMINIO DEL RÉGIMEN COLONIAL AVANZADO (S. XVII)

De acuerdo con las observaciones de Frezier (1902 [1716]), en la Isla de Iquique laboraban indígenas y afrotarapaqueños dedicados a la explotación del guano, con las preocupaciones en torno a la llegada de corsarios a raíz de los embarques de lingotes de plata, entre otras cargas, para los puertos de más al norte, principalmente a Arica, aunque la explotación de Huantajaya era más intermitente, diferente al guano. Mientras se incrementaba la carga de pescados secos y salados, se embarcaban junto los sacos de sal extraída de las salinas del sur de Iquique. Se suma, además, la resina o breya sacada de las arboledas del Tamarugal, aplicada para embadurnar las badanas con que

transportaban el azogue desde Arica a Potosí o, simplemente, usada para sellar las botijas y “porongos” para el transporte del aceite desde Arica y el vino de Pica, vía Iquique y Pisagua Viejo (Núñez 1969).

En este escenario la vida indígena estable continuó centrada en el borde frente a la Isla, constituyendo el espacio histórico fundacional de Iquique, bien resumido por el año 1630: *Ay en esta tierra una mina rica, que es el remedio de todo; y muchos han enriquecido con ella, y su trato; y es que en esta tierra todo el maíz, y demás cosas que se siembran, para que produzcan con fertilidad, y ventaja las guanean, que es lo mismo que estercolar antes y después de sembrado; y es que 40 leguas de esta ciudad, cerca de Tarapacá a vista de tierra está un islote pequeño a donde van muchas fragatas a cargar de la tierra del dicho islote, que es amarilla, algo blanquizca, y el olor de marisco, y no muy pesada, a la cual llaman guano, y la cargan en fragatas a la dicha ciudad, y a todos los puertos, y valles; y la venden por hanegas, que ordinariamente vale la hanega a 12 reales y a 14. Y todos los labradores la compran para sus sembrados, y los indios la llevan en sus carneros, de suerte que primero dejaran de comer, que de comprar el guano, porque guaneando una hanega de sembrado de ordinario da 300, 400 y 500 hanegas, y si no la guanean dan como por acá, y así todo lo que se siembra, se guanea ... Y por haber sacado de aquel islote tanto, unos dicen que es tierra, que Dios crió allí para este fin, y otros que es estiércol de pájaros marítimos, de que hay tanta cantidad, por aquella costa que cubre la región del aire; y los indios que no alcanzan de este, lo van a buscar entre las peñas a la marina, pero a mucho enriquecido que han andado al trato del con fragatas* (Vásquez de Espinoza 1948 [1628-1629]: 482). En este escenario llama la atención la falta de información sobre el rol de las mujeres en las labores propias del litoral, aparte de ciertas láminas y relatos en términos de meriendas, por cierto, bajo la mirada masculina de los observadores hispánicos. No obstante, se sabe que cumplían roles importantes en la preparación y conservación de los excedentes de pesca y recolección (Rostworowski 1981).

Durante este siglo XVII, pese a las variaciones de la producción de Huantajaya, las actividades en el borde costero siguieron en ascenso a raíz del arriendo del puerto y su Isla para fines marítimos, con indígenas que optan por quedarse y otros que se refugian en: ... *algunas caletillas con poca agua salobre donde se han recogido y huido algunos indios pescadores pobres* (Lizárraga 1968 [1605]). En el primer plano

del año 1681 que se tiene de Iquique, se advierte claramente la relación que existe entre la Punta, que ejerce el espacio del Morro, y la Isla, creando las condiciones para establecer relaciones eficientes en términos de navegación, pesca y extracción del guano (Ostojic 2019). Tiempos que alcanzaron ciertas tensiones sociales entre los subalternos señalados por el Virrey Márquez de Montecinos por el año 1615: *Cada uno de estos mulatos y mestizos es rayo contra los indios: es muy necesario apretarlos, aunque no tan generalmente a los mestizos, porque muchas veces les sucede vivir en casas de sus madres indias, beneficiándoles sus haciendas i no ser perniciosos a los naturales* (Dagnino 1909: 46).

A pesar de la falta de información es posible observar los espacios ocupados y las vinculaciones étnicas en este borde mar que nos preocupa, ya reconocido como “puerto de Iquique”. De acuerdo con los bautizados a fines del siglo XVII se desprende que el ayllu de Camanchacas se advierte como de una etnia dominante en un espacio con varios sectores habitados. Se reconocen 22 bautizados que provienen del llamado “puerto” y 20 desde “Iquique”. Los padrinos se han seleccionado entre mujeres y hombres del interior tarapaqueño, portadores de una mayor formación cristiana, aunque también se eligió a lugareños entre los que se destacan ocho procedentes del ayllu Arajaysa y siete del ayllu de Iquique. Desde esta distribución es posible sugerir que entre los años 1686 a 1706 los habitantes del borde mar se habían localizado en distintos sectores fundacionales y que, a juzgar por la alta tasa de bautizos en el “puerto”, en el borde mar, se asume, se establecía la mayor concentración en respuesta al incremento de esas actividades de embarque y desembarque. Llama la atención la presencia de ciertos bautizados vinculados con apellidos aymaras, localizados en el “puerto”, vinculados con padrinos Camanchacas, aspecto que sugiere relaciones interétnicas armónicas, tal como ocurrió también en el sector “Yqueyque”, demostrándose acciones vinculantes. Es posible que el registro de textilera aymara, tanto en los basurales del entorno de las minas de Huantajaya como en las inhumaciones en el sitio MOP-3, señalaría el traslado más obligado que voluntario de estas agrupaciones hacia las labores costeras. Se asume que después de estos actos evangelizadores se haya desintegrado el ayllu camanchaca, aunque pervivieron los apellidos

locales y foráneos, esta vez en coexistencia con otros componentes externos como ocurrió con el registro creciente de mestizos y afro-tarapaqueños. Eran tiempos en que las labores portuarias inéditas y crecientes implicaban vacantes sin discriminaciones étnicas, que, pareciera, estimularon relaciones armónicas con las etnias principales: camanchacas y afrotarapaqueñas (Larraín y Bugueño 2011; Odone 1990).

Tiempos de cambios en que hasta las llamas caravaneras estuvieron reemplazadas por mulas de carga ya desde los años 1608-1615, con mejores resultados en términos de flujos de bienes de llegada y salida desde Iquique. Con ello el inicio de mayores prácticas de contrabando cuando el nuevo rubro creciente de la arriería implicó este tráfico ilícito por el sur de Iquique donde lograban ropas francesas, sin olvidar el traslado clandestino de botijas de vino de Pica, embarcadas por Pisagua Viejo, por el año 1607, y la sal procedente de los espacios no controlados desde los salares al sur de Iquique. Todo esto sumado a los malos tratos y la codicia de los corregidores entre Arica y Tarapacá, que extraían los fondos de las Cajas Reales pertenecientes a las comunidades indígenas, al tanto que ni siquiera pagaban los alimentos y recursos que recibían cada vez que pasaban en tránsito por los pueblos de la comarca (Dagnino 1909).

Sin embargo y pese al abuso de las autoridades coloniales, la mezcla de la ritualidad indígena con la evangelización adaptada a sus idearios fue dominante, observada a través de los bautizos entre los hijos(as) de los indígenas costeños. Evidencia que es posible advertir entre los años 1652 y 1730 a través de los Camanchacas, con acciones que culminaron con la inauguración, por el año 1618, de un templo formal dedicado a “Nuestra Señora de la Concepción de Iquique,” en la bajada del Morro, vinculado con los religiosos de aquel de San Lorenzo de Tarapacá. Efectivamente, en el plano de la Isla y puerto de Iquique de Joaquim Darquistade, por el año 1715, se observa frente a la Isla la iglesia y algo más al sur habitaciones. En todo este espacio correspondiente al Morro se mantuvieron las poblaciones de pescadores hasta la punta homónima (H. González, comunicación personal). Allí concurrían pescadores, guaneros y portuarios del borde mar fundacional desde El Morro al norte. Templo que terminaría rodeado de inhumaciones de los tiempos coloniales.

Hasta que, por el año 1859, en estado de ruina fue demolido, siendo reemplazado por otro colonial más tardío, ubicado entre la actual plaza Prat y el teatro Municipal. La trama urbana había crecido lo suficiente, alejándose del borde mar morrino hacia más al centro bajo la iniciativa privada de Don Antonio de Cuadros, constatada en su testamento fechado en el año 1788 (Lo Chávez 2021-a-b), y que ya desde antes éste había logrado un merecido prestigio como “Juez de Marina del Puerto de Iquique.”

Quizás por eso El Morro no dejó de movilizarse hasta que después de un largo tiempo pudiera contar con ese nuevo templo, de corta duración, y otro, muy posterior, inserto en la calle Wilson a cargo del “Padre Soto” que de verdad nos cuidaba y que, por cierto, era tan del barrio que no necesitaba salir de la iglesia por la puerta principal para rodear la manzana y entrar a su casa. Lo hacía por la parte trasera de la iglesia, moviendo un tablón, traspasando el muro y entrando así a su residencia familiar. Sus clases, consejos y afecto son siempre recordados.

V. DEL APOORTE INDÍGENA A LAS PRÁCTICAS PESQUERAS, PORTUARIAS Y EXTRACTIVISTAS A FINES DE LA COLONIA (S. XVIII)

A comienzos del siglo XVIII a través del control y ampliación de la producción del mar de parte del régimen español se intentó un mayor dominio y abuso sobre los pescadores, tal como ocurrió con el corregidor de Atacama que implantó un fuerte monopolio sobre la producción del puerto del Loa. Para este efecto impuso a su arbitrio el precio a los pescados bajo la total prohibición de su comercialización. Paralelamente, les vendía a precios muy altos objetos foráneos e innovadores de un modo obligatorio favorecido por su marginalidad alejada de los controles administrativos (Hidalgo *et al.* 2019).

Sin embargo, más avanzado el siglo XVIII las relaciones del dominio con los pescadores eran más reguladas en el Partido de Tarapacá. Por el año 1793 vivían 509 españoles, 1.200 mestizos, 5.400 indígenas,

528 pardos libres y 253 esclavos (Dagnino 1909). Sólo en la costa de Iquique algo antes, por el año 1764, permanecía el arrendatario, su alcalde, un alguacil de indios y algunos mestizos procedentes de la quebrada de Tarapacá. Se integraban, además, los llamados “alcaldes de mar” más conocidos como “porteros”, designados entre los pescadores locales e identificados como “humildes”, en representación de sus pares localizados tanto en Iquique como en las caletas de más al sur (Bermúdez 1975). Se aprecia que el componente étnico era mayoritario y son los costeños los que por la pesca y parcialmente en los laboríos del guano aún marcan sus roles protagónicos, en particular los Camanchacas (Hidalgo 2009). Estos incrementaron más la producción de pescados como el tollo, bacalao y el congrio durante operaciones independientes de los pulsos mineros (Bueno 1951; Choque y Díaz 2022). Eran aportes alimenticios frescos y conservados que venían del litoral aledaño desde muy corta distancia a las minas de plata de Huantajaya a lo largo de todo el año, siempre que había continuidad laboral. Por otra parte, era tal variedad de pescados movilizados, desde sardinas a congrios, que en Iquique ya convertidos en “charquisillos” se traficaban aún más al interior (Hidalgo *et al.* 2019).

Bajo esta premisa, durante el siglo XVIII, “Yqueyque” se constituía mayoritariamente por indígenas que siempre habitaron la costa con intrusiones étnicas menores. Desde el siglo XVI continuaron habitando frente a la Isla en un espacio como una “Punta”, que sale de las playas, orientada hacia la Isla del guano donde precisamente se enfrentaba el borde del Morro en contacto directo con el “Canal” de los balseiros. Es justamente allí donde en los planos de O’Brien, por el año 1765, sobre Huantajaya (Hidalgo 2009) se observa lo que se llamaba en ese entonces: “Punta del Morro,” donde se advierte una concentración de viviendas, configurando lo que podría tratarse como el futuro barrio del Morro, originado desde los tiempos coloniales y prehispánicos, suficientemente llamativo como para ser dispuesto en un plano del siglo XVIII.

Estos antecedentes sobre la persistencia de las labores de pesca y transporte, por situarse frente a la Isla, explican que las balsas de cuero de lobo hayan perdurado hasta tiempos coloniales y republicanos. A pesar de que en la cultura náutica de los españoles había suficiente

virtuosismo como para construir embarcaciones armadas de madera, a cargo de carpinteros especializados, las balsas continuaron vigentes. Al respecto, por el año 1790, ya se conocía aquí la tecnología española para crear las “barcas” de madera que muy tardíamente se multiplicaron en todas las caletas, principalmente por su mayor capacidad de carga, incluido el transporte de agua y comidas que en ese tiempo era gravitante desde puertos distantes como Pisagua y Arica.

Se recuerda que estos cambios operaron a partir de Juan Elustondo, un “carpintero de bahía” de ancestro Guipuzcoano, especialista en cascos calafateados con mayor capacidad, esta vez para un “piloto” y cuatro “mozos” (Bermúdez 1975: 27). Si bien las balsas habían cumplido funciones múltiples hasta el siglo XIX en cargas generales, incluidos los sacos de salitre, traslado de agua y pasajeros, pesca, fletes con guano y otros encargos propios de un puerto que amplificaba sus funciones, fueron reemplazadas por estas nuevas embarcaciones de madera, y fue de tal importancia esta carpintería que alcanzamos a conocer en la caleta Riquelme a varios artesanos del Morro, dedicados a fabricar “pangas” y arreglar o calafatear embarcaciones mayores, siguiendo estas tempranas innovaciones.

El procedimiento del arriendo con que la monarquía apoyaba a sus favoritos para usufructuar de los aportes de la pesca y del guano persistió en Iquique aún durante buena parte del siglo XVIII. Fue una respuesta al rol colonialista con que operaba el control económico desde diversas regiones alejadas del virreinato, a cargo de las elites que pasaron a vivir cerca de estos recursos potenciales. Es el caso de Don Antonio Cuadros que, por el año 1768, arrendaba el puerto incipiente de Iquique por un monto de 850 pesos, con las expectativas de instalar logros tecnológicos que en esta época ya se observaban como posibles de ser colocados aquí cerca de su vivienda. Se incluye a las primeras molineras de minerales a cargo de Don Pedro Urrutía, aunque aún la rueda se movía con “peones” indios y/o animales (Villalobos 1979: 189), además de los primeros ingenios para fabricar pólvora para Huantajaya (Hidalgo 2009; Bermúdez 1975). Tiempos de más negocios de un puerto en gestación, que atrajeron a nuevas operaciones con familias pudientes del interior tarapaqueño y piqueño, al punto que procedieron a instalar sus segundas viviendas en

Iquique. La familia de la Fuente de Pica reconoce en un testamento que mantiene una bodega, mercancía y casa en Iquique, un almacén en Huantajaya y, por supuesto, las ventas de sus vinos piqueños que, ya se decía: ... *no tienen semejantes en el reino* (Choque 2018: 159).

En esta dirección el movimiento de naves se intensificó al final del tiempo colonial antes de la construcción de los muelles, procedentes particularmente del reino de Chile, con cargas para el Callao e intermediarios, con descargas, de paso, en Iquique y Arica, de productos provenientes de diversos puntos del país: tocino, cebo, grasa, trigo, maderas, velas, mulas, cobre en bruto y labrado, hilo de acarreto, almendra, nueces, estribos, brea, frejoles, canchalagua, lenguas, costillares, tablas de Chiloé, jamones y pellones (Hidalgo 2009; Choque 2020). Este incremento de labores portuarias y mineras gradualmente afectó a los pescadores locales que, al ser limitados por sus encomenderos y arrendatarios, no podían desviar su producción, por una parte, y los repuntes de los negocios en Huantajaya estimularon cierta crisis entre las agrupaciones locales vinculadas con las pesquerías, hasta el punto que incluso el régimen de arriendos entró en crisis, derivando en tensiones sociales por los menguados aportes hacia las comunidades étnicas: *El fenómeno podría explicarse por el estancamiento de la población indígena del lugar a causa de las malas condiciones de vida y aún la mayor participación de mestizos en las faenas costeras* (Villalobos 1979: 56-57). Obviamente que intentar dejar de lado a la mano de obra indígena local, a pesar de las pésimas condiciones de vida, ya era demasiado visible en tiempos de cierta prosperidad empresarial. En verdad, la crítica sobrevivencia indígena no se relacionaba con el éxito colonial que administraba un amplio mercado por los valles tarapaqueños y ariqueños, más al interior entre los Carangas, Lipez y Atacamas. Mientras que aquellos que vivían en la Isla junto al guano lo hacían en un ambiente malsano, según se desprende de O'Brien quien por el año 1765 expuso que las aves cubren toda la isla, generando un olor "insufrible" tanto para los de paso como especialmente para quienes viven allí con permanencia obligada (Hidalgo 2009; Bermúdez 1975).

A pesar de todo, a finales de la colonia la vida indígena en la costa de Iquique continuaba bien vinculada con el mar, tal como se observó

en el año 1765 cuando se señala que sus habitantes son naturales, dedicados a la extracción del guano de la Isla, con envíos a Arica, Moquegua y Arequipa. Para este efecto aplican sus balsas de cuero de lobo que solían ser atacadas por tiburones, motivando hasta la muerte de un pescador (O’Brien 1765). Esta abundancia de fertilizantes fue disminuyendo desde fines del siglo XVIII, optándose por privilegiar las exigencias de los agricultores tarapaqueños en el entorno de Iquique, estimulándose paralelamente la explotación en las “Puntas” de más al sur. A diferencia de la planicie de la Isla de Iquique, ya algo agotada, estas ricas covaderas como Patache y Pabellón de Pica se situaban en pendientes muy alzadas que implicaron puentes y escalas de maderas muy rústicas, provocando innumerables accidentes fatales (Hidalgo *et al.* 2019).

En suma, la vida y la labor misma en la Isla y su entorno inmediato no era la mejor y como los pescadores vivían en la Punta del Morro más aireada es posible que este efecto no fue tan dañino, aunque todos compartían situaciones de franca pobreza, alcanzando a indígenas, mestizos y afrotarapaqueños. Precisamente, al examinar sus restos materiales entre las inhumaciones excavadas alrededor de la iglesia colonial, las evidencias de carencias fueron muy claras (Sanhueza 1991). Eran los tiempos en que las organizaciones étnicas y subordinadas entraban en crisis en la misma medida en que se iniciaban los gérmenes para instaurar las repúblicas libertarias, poniendo énfasis en el rol de la capilla en la Isla y visitas de inspección.

Una visión global para todo el sector entre El Morro y la Isla fue descrita así: *... se hallaba habitada por indios y negros, los cuales se dedicaban a la explotación del guano que ella contenía... según refiere el Brigadier español, señor Aznar, Teniente de artillería a principios de este siglo (siglo XIX), Iquique tenía unas casas de extranjeros situadas en la ribera de la Puntilla; en El Morro vivían los pescadores indígenas y mestizos, y la población era tan pequeña, que su panteón se hallaba en la bajada que hay desde El Morro a la ensenada de la Puntilla, lugar que actualmente ocupa en parte el edificio de las compañías de bomberos 2, 4, 5 y 7 (Filgueira y Bao 1888: 13).*

Las excavaciones llevadas a cabo en este panteón dieron cuenta de inhumaciones amontonadas y enfardadas de naturaleza indígena, con restos de tejidos a telar, sugiriendo traslados de estas artesanías o de

andinos(as) desde valles altos y del altiplano. La presencia intrusiva de una mujer aymara con su “aksu” puesto, además de registros de fajas policromas afines a las tradiciones altiplánicas, sugiere el traslado de mano de obra foránea que ya antes se había visibilizado con intrusiones aymaras. Junto a estos cuerpos se identificaron también escasos entierros de afrotarapaqueños, acorde a la documentación analizada. Por otra parte, el registro de restos de botijas españolas del patrón Pica-colonial recuerda el uso que hasta hace poco se les daba para mantener agua fresca en el oasis de Pica. Había, además, fragmentos de cerámica esmaltada con diseños y tientos alisados, incluidos restos de objetos de cobre y hierro, evidencias que dan cuenta de personas subalternas que habitaban desde El Morro hasta la Iglesia durante la avanzada colonia en las puertas del nuevo régimen republicano (Sanhueza 1991).

Al final de la colonia, obviamente que con buenas o malas relaciones con lo que sucedía en Huantajaya, los pescadores mantuvieron sus vínculos. Por los relatos de sus ancestros supieron como los incas y los primeros españoles escudriñaban entre los afloramientos mineros de Huantajaya, siguiendo a los guías indígenas tarapaqueños. Al tiempo observaron que sus vidas por la cercanía tendrían que relacionarse con lo que allí estaba sucediendo.

Ocurrió por el año 1680 en que el indio Domingo Camata, probablemente piqueño, que se desenvolvía como explorador de depósitos de guano, identificó los vestigios de la extracción anterior de los laboríos de plata, informándole a Don Juan de Loayza, un viñatero radicado en Pica y criador de animales de carga en la Noria, quien autorizó a su hijo, Bartolomé Luis de Loayza y Quiroga, a reiniciar las labores en Huantajaya y las covaderas del Pabellón de Pica, por el año 1718 (Dagnino 1909; Donoso 2013). Recién en el año 1760 con el descubrimiento de nuevas vetas la situación laboral fue exitosa, esta vez bajo las iniciativas de José Basilio de la Fuente, heredero de la familia Loayza, quien, con barreteros bien alimentados y pagados, además con agua suficiente, dio más larga duración a esa explotación (Donoso 2013).

Sin embargo, lo que no se comentaba de Huantajaya era el alto riesgo de las operaciones a lo largo de esas peligrosas galerías inclinadas,

incluso con las cargas a la espalda, moviéndose con las rodillas muy flectadas o subiendo por escaleras de palos atados con cueros de lobos a lo largo de obras subterráneas que cubrían más de 340 m, con sectores aún más peligrosos donde los ascensos y descensos se realizaban en postes que presentaban horadaciones para colocar los pies en reemplazo de las escaleras (Villalobos 1979). Quizás por estas operaciones de alto riesgo hubo períodos de escasez de mano de obra, como ocurrió por el año 1756 cuando el empresario de la Fuente solicitó una mita de 50 indios de la quebrada de Tarapacá, incluyendo el valle alto de Sibaya (Villalobos Ob. cit.). Antecedente que claramente indica que en las minas y ya avanzado el siglo XVIII existían mineros asalariados y otros trasladados para cumplir turnos obligados.

En este marco es seguro que los indígenas costeros debieron incorporarse a estas labores tan cercanas, hacia donde entregaban alimentos marinos y materia prima para los medios de producción, tal como se aprecia en los residuos observados en los entornos de los asentamientos: restos de mariscos, pescados, tiras de cuero de lobos, fragmentos de capachos de carga de igual materia y otros. Por cierto, tenían ciertas ventajas como descender a sus caletas cercanas para recuperarse o escabullirse y hasta alejarse de estas relaciones laborales tan opuestas a sus pesquerías.

En suma, desde muy temprano Iquique estaba unido a las minas de Huantajaya donde se había concentrado la mano de obra indígena de alto riesgo y por ello catalogada como operarios “cautelosos” (Bibar 1966 [1558]: 106), y que a través de diversos pulsos de bonanza logró una alta participación. Al respecto un documento específico señala la notable presencia de estos mineros: *... este asiento lleva las labores de sus minas con la gente nativa en la cual es aparente por su robustez en cuyo ejercicio se emplean más de cuatrocientos hombres, sin necesitar más gente que la que le proporcionan los lugares del Partido de Tarapacá* (Alfaro 1936: 35). Mientras que durante la colonia tardía estas minas eran altamente productivas, todo el entorno costero y agrario-viñatero obtenía sus réditos, hasta la propia Botijería del valle de Quisma (Pica), de donde proceden las tinajas recientemente registradas en Huantajaya.

Por todo lo anterior no fue fácil la vida para los costeños que debieron conciliar su vida pescadora con ocupaciones integradas a las

minas cercanas junto a la recién descubierta en Santa Rosa, donde también carecían de medidas de protección. Situación que culminó por el año 1785, a fines del régimen colonial, cuando entre varias tensiones habría trascendido desde Tarapacá la siguiente declaración: ... *libres y de libre comercio el puerto de Iquique y sus caletas*. Esto es que sólo el arrendatario podía mantener una pulpería con abastos, aunque se mantenía el monopolio de exportación del guano con la participación laboral de los indígenas del puerto (Donoso 2013).

Es que este fertilizante, por el siglo XVIII, fue aún más requerido a raíz de los cambios drásticos ocurridos en el uso de los suelos por los españoles como la expansión del trigo, cebada y de las viñas, que fue creciendo a través del dominio colonial durante sus tres siglos de ocupación: ... *hace más de cien años que cargan anualmente diez o doce buques para el abono de la tierra*. Paralelamente, hacia Pica: ... *llevan mucho guano en mulas para las viñas i cultivos a Tarapacá, Pica i otros lugares vecinos*. Esto en un marco de entusiasmo económico: ... *a doce leguas de Iquique se han descubierto en 1713 minas de plata, donde se podrían trabajar imponentemente según los creen que serán ricos* (Frezier 1902 [1716]: 57).

Las minas de plata de Huantajaya y la extracción de fertilizantes marinos, sumado a su población indígena y mestiza especializada en la producción pesquera, llamaron la atención de los encomenderos españoles, valorando la costa de Iquique. Desde los inicios del siglo XVIII se aprecia la importancia del espacio del Morro a través de un mapa francés (Lo Chávez 2021-a-b), donde se marca la Punta del Morro asociada al dibujo de una habitación frente a la Isla del guano en señal de que allí vivían gentes antes del auge portuario del siglo XIX. De acuerdo con otro mapa colonial (O'Brien 1765; Bermúdez 1975) se ha dibujado la mayor concentración de viviendas y población en la "Punta del Morro" frente a la Isla, cuando los pescadores vendían charqui de congrio allí mismo o como tributo a sus encomenderos o en ventas directas e intercambios con sus vecinos de los oasis. Es cierto que estaban controlados por el arrendatario de la Isla, llamado el "portuario", sumado al "alcalde", incluido el "alguacil de indios", pero el prestigio del consumo de pescados y sus preparaciones ancestrales permitían que sus mercados se abrieran hasta la rica ciudad de Potosí. Es que las relaciones entre la adminis-

tración española y las poblaciones costeras, por reflejarse en beneficios mutuos, no fueron drásticas a fines del siglo XVIII a juzgar por el efecto del adoctrinamiento religioso, ejercido en este caso desde una capilla en la Isla y una iglesia formal inserta en la población. Esta aproximación permitió la asimilación de la funebria local a los cánones españoles observados precisamente en el espacio del Morro: *En este puerto no se da sepultura a los cuerpos, porque la dureza del terreno no permite abrir sepulturas en él, y así después de hecho el funeral los llevan al cementerio que está al lado de la iglesia, y lo arriman a la pared en donde se secan, de suerte que ni se deshazen, ni causan mal olor, y ni se pudren las mortajas* (O'Brien 1765; Hidalgo 2004, 2009).

Se recuerda que Huantajaya se mantuvo activa con varios pulsos durante el siglo XIX cuando en la costa los indígenas pescadores mantenían sus modos de vida costera, incluso con balsas, y se enrolaban con la Isla además de las labores portuarias consideradas afines, tal como sucedió muy posteriormente con ciertos vecinos morrinos.



La isla de Iquique.

Se observa un balsero y dos grupos con visitantes urbanos junto a posibles mujeres locales. Desde la iglesia en tierra firme, señalada con flecha, a la derecha se extendía El Morro (Smith 1855).

De modo que durante este tiempo de intenso mestizaje la vida más innovadora se comprometió con las labores portuarias y las extractivas que dieron paso a intensas exploraciones orientadas a valorar los recursos mineros que a futuro darán cuenta nada menos que del

salitre. Todo esto condujo a la urgente necesidad de construir los primeros muelles y embarcaderos frente a un destino inobjetable, esta vez conectado con la pampa interior (Donoso 2013; Escudero 1861).



El espacio costero del Morro a mediados del siglo XIX según Escudero (1861).

A: El espacio costero del Morro a mediados del siglo XIX según Escudero (1861). **a)** “muelle de Bergman”, **b)** la segura caleta del Morro, **c)** “máquina del agua”, **d)** “muelle del Morro” y “Terrenos del Morro.” **B:** La Isla y el “canal” con los muelles anteriores al molo. El primer muelle de la izquierda se le reconocía del Morro (Escudero Ob. cit.).

En este escenario los morrinos cumplían un doble rol como pescadores y en la “estiva” y carga ocasional en los navíos. Para este efecto se concentraban en la entrada para la llamada “nombrada”, donde estaban los estibadores estables o matriculados, quienes podrían presentar a sus reemplazantes por la mitad de la “paga”. Se recuerda que en ese escenario el estibador oficial designaba a su “medio pollo” con un “avisale,” palabra clave que fuera difundida en El Morro por “Gancho Guille” (O. Varela, comunicación personal).

VI. LAS TRADICIONES COSTERAS DEL BARRIO EL MORRO: HACIA LA ACTUALIDAD

VI.1. LOS INICIOS DEL SIGLO XIX

Ya eran los tiempos de los inicios de la República Peruana con mano de obra más heterogénea enraizada en las tradiciones indígenas y mestizas locales, bajo un ordenamiento más urbano, con innova-

ciones sociopolíticas y con ello algunos discursos contestatarios, a pesar de que aún sobrevivían abusos evidentes. Las marcadas diferencias sociales y étnicas y las relaciones de vasallaje se advierten aún en la transición entre los siglos XVIII y XIX, de acuerdo con los funcionarios encargados del registro civil en el ámbito del oasis de Pica, situación que no fue diferente en la costa. En Pica se siguen aplicando los términos: “mestizo”, “indio”, “sambo”, “sambo libre”, “esclavo”, “mulato”, “cholo”, “sambaigo”, “negra libre”, “indígena de Pica” y, por cierto, los afrodescendientes con los apellidos de sus dueños (Alfflorino 2017).

Aún por el año 1812 en Iquique hay familias con pasados indígenas y mestizos como también los primeros extranjeros que comparten el cementerio de la iglesia colonial junto al Morro, situación que cambiará a partir del primer embarque salitrero del año 1830, a pesar del cierre de Huantajaya, ahora con un marcado incremento del movimiento marítimo. Ya desde el año 1815 se construían muelles improvisados y habitaciones para empleados fiscales peruanos.

De hecho, Perú fue el principal productor de guano a nivel mundial con innovaciones tales como aplicar la pólvora para su extracción en las covaderas al sur de Iquique, cuyo procedimiento reiterado se advirtió en el caso de Pabellón de Pica, con escalas y botes para alcanzar a los pequeños islotes guaneros. Es el caso de Epifanio Núñez de Pica que bajaba con mulas y pólvora a Pabellón de Pica y que retornaba para embodegar el guano en Pica y desde allí proceder a su venta. Operaciones que continuaron durante la administración chilena con el caso representativo de Punta Patache donde bajaban tres veces por mes las recuas de 25 mulas para retornar a los oasis agrarios interiores a un iniciado siglo XX (Hidalgo *et al.* 2019).

Por otra parte, un hecho excepcional vino a cambiar aún más el borde costero con la llegada y puesta en acción de los primeros ferrocarriles salitreros entre los años 1869-1871. Fue tal el impacto cuando los descargaban que, se dice, que desde ese momento los portuarios morrinos exclamaron: “Otra cosa es con machina”, popularizándose estas palabras en el barrio del Morro con todo aquello que involucraba un cambio o acto ventajoso. Lo importante es que antes del ingreso ferroviario el borde costero, incluido El Morro, fue el espa-

cio donde se detenían las carretas que bajaban con sacos salitreros entre corrales para mulas, fondas para carreteros y lugares para sus descansos previos al retorno, a cargo de las familias morrinas más cercanas al puerto.

Además, Iquique ya era un lugar atractivo para los vecinos de Pica que acudían a intervenir en los negocios del guano y, por cierto, con otras expectativas de inversión de acuerdo con las ganancias de la amplia circulación de sus botijas de vino, cuando ya la población local costera había alcanzado a 500 personas entre los años 1812-1843, y El Morro se constituía en el barrio escogido para estas familias del interior.

Con los inicios del salitre, posterior a las primeras oficinas de paradas, ingresan las máquinas en el borde mar junto a los morrinos: cargas ferroviarias, destilación de agua de mar, gasómetros para el alumbrado, fábrica de hielo y de fideos, entre otros. En consecuencia, fue el tiempo de la creación de nuevos oficios, del funcionamiento de los primeros molinos para amalgamar metales y también de negocios especulativos y monopólicos de las operaciones a cargo de extranjeros. Por otra parte, el recurso guano siguió exitoso, aunque el isleño ya estaba muy disminuido, comenzándose la explotación más al sur desde las guaneras de Pabellón de Pica y otras alejadas. Mientras que para estimular más los negocios mineros el gobierno peruano impide la aplicación de impuestos al salitre. Paralelamente, los pescadores tienden a ocupar más las caletas locales y lejanas con víveres de Iquique, mientras que otros están alertas a los rumores de algo llamado salitre en la misma medida que, atraídos por estas noticias tan estimulantes, llegan cesantes chilenos del sur junto a los llamados “cholos” y peruanos locales que aspiraban a incorporarse al trabajo calichero (Donoso 2013).

Es claro que desde el año 1830 se reconocen cambios tecnológicos derivados de las operaciones portuarias que atrajeron innovaciones acogidas por la mano de obra local. En efecto, las últimas rancharías de costrones y piedras apegadas con ceniza de huiros comenzaron a compartir con la descarga de los primeros lastres traídos por los veleros salitreros, incluyendo maderas y cañas de Guayaquil,

sumado a las planchas de totora trabada y zinc (calaminas), que fueron dando lugar a las viviendas morrinas más estables durante el período peruano (Darwin 1945).

A mediados del siglo XIX vivían en la región de Tarapacá peruanos y extranjeros, principalmente europeos, y criollos descendientes de españoles. Sumados a mestizos pudientes derivados de familias criollas e indígenas, junto a poblaciones desposeídas: mestizos, indígenas, cholos, negros, sambos y sambaigos. De acuerdo con un censo distrital entre los años 1827-1841 se destacan 787 oficios de “marineros”, que cubren el 4,3% de la población, relacionados con el oficio de pescadores y otras labores vinculantes, residente en Iquique. En este marco, los llamados “cholos” que integraron el 4,8% de la población, también se reconocen como pescadores nacidos en Iquique, Huantajaya e Islay (Díaz *et al.* 2009). En ese tiempo peruano las identidades costeras étnicas se diluyen y el proceso de mezclas se incrementa. Son sobrepasados por la integración de estamentos sociales diferentes y emblemáticos, atraídos por los nuevos tiempos salitreros.

Los pescadores optan por asentarse en sus tradicionales caletas per vivientes: Colorado, Puntilla, Riquelme, Morro y Cavancha. Es allí donde continuaron las tradiciones prehispánicas y coloniales y, dadas sus óptimas condiciones de embarques y desembarques, es precisamente que ahí se instalaron los muelles modernos implicados con la exportación salitrera: *Desde la punta del Morro que es el extremo sur del puerto de Iquique hasta la punta del Colorado que es donde termina la población, hay siete pequeñas caletas que, desde los primeros tiempos en que comenzó la exportación del salitre, han servido para el embarque y desembarque, y son: la caleta del Morro que es donde se construyó el muelle de la Compañía Barreñechea, la caleta del Molino de Flores, la Caleta de Gibraltar, la vinculada con la Aduana, la de la Nievería y la caleta de la Puntilla* (Billingham 1888: 79). Por el año 1882, en el plano de Carlos Navarrete del puerto de Iquique se observan en torno a la caleta del Morro varias instalaciones modernas que llevan el siguiente toponímico: “Compañía de agua del Morro”, la “Compañía del gas” y “Fundición del Morro”, limitando los espacios de las familias morrinas vinculadas con el mar.

Antes de las instalaciones industriales y del surgimiento de los muelles, las caletas tuvieron un rol muy importante en términos de em-

barcar, desembarcar y aún reparar las embarcaciones, con énfasis en las labores derivadas de la pesca artesanal, fletes y movimiento de pasajeros. De acuerdo con el plano de Eduardo Llanos del año 1880 (Lo Chávez 2021-a-b) se reconocen cinco caletas, siendo la del Morro la primera de sur a norte hasta aquella vinculada con los desembarques junto al edificio de la aduana.

Si bien el movimiento de naves y sus cargas, a partir de mediados del siglo XIX, se concentró en el espacio de la aduana peruana, fue a raíz de las exportaciones salitreras que se activaron los diversos muelles, dando lugar a las obras de los malecones y muelles con ramplas inclinadas para el descargue de sacos en “barcazas” de alto cabotaje, traídas del sur, que cubrieron todos los enclaves favorables donde pudieron construirse los muelles de carga y descarga desde la Punta del Morro hasta su congénere del Colorado. Se puede decir que cada empresa extranjera construyó lo suyo y con ello un eficiente servicio a las naves ancladas en distintos lugares de la bahía.

Mientras esto ocurría, los empresarios peruanos cuyos ancestros se involucraron con la minería colonial y las viñas, además de sus trigales y cebadas, provenientes principalmente del valle de Tarapacá y Pica, se orientaron esta vez a la exploración y explotación salitrera, fundando las primeras oficinas de paradas, además al comercio, y con ello su conexión con Iquique. Estas familias se instalaron inicialmente con particular énfasis en el barrio El Morro, tanto en el período peruano como en el chileno inicial, algunas de ellas en las calles con los nombres actuales: familia Medina Henríquez de la salitrera de Zapiga vivía en la calle Wilson 35; la de Granadinos tenía grandes bodegas en la calle Isaza junto a la caleta del Morro; Pablo Olazábal vivía en Pedro Lagos, esquina Thompson (510 m²); otra en la calle Baquedano con Gorostiaga, con vecinos piqueños; y varias en las calles Ramírez y Obispo Labbé con Serrano; la familia de María Olazábal tenía casa en El Morro en una calle no nominada. Mientras que Manuel Fernando Palacio Cayo crea la Sociedad Comercial de compraventas de productos del país. Se suma Leopoldo Lema de la calle Wilson, vecino de Advícula Barreda, limitando al este con Desiderio Loayza y Luis Palacios Luza, con su propiedad en la calle Wilson con Aníbal Pinto (Alflorino 2017).

En este acceso hacia El Morro se destacó Anaximandro Bermúdez Bustos (1856-1907), residente en Covadonga con Wilson junto a vecinos piqueños, limitando al norte con Leocadia Barreda y al sur con Enriqueta Vázquez, además poseía un sitio en dicha calle que limita al norte con la casa de Exequiel Barreda, al sur con Manuel Loayza y por el oeste con el tarapaqueño Juan Vernal y Castro, teniendo, además, una casa recibida de su tía Leocadia en la calle Wilson 227. Su enrolamiento y prestigio durante la administración chilena culminó con su elección como alcalde (1908). Durante su administración y después se hizo cargo y administró las residencias de aquellos peruanos que dejaron Tarapacá por la acción de las “Ligas Patrióticas” (Alflorino Ob. cit). Aunque sería una lista larga de aquellos(as) que, a pesar de las persecuciones y las cruces negras en sus casas, optaron por quedarse en su única morada posible. Evidencia aún visible se puede observar en el cementerio N°3, en el Mausoleo de la Sociedad Peruana de Socorros Mutuos, que, al carecer de descendientes, su candado oxidado demuestra que ya no hay visitas.

Además, se observan vinculaciones con nexos formales y vecinales entre familias tarapaqueñas e inglesas como la de Luisa Hidalgo Fuentes (1859-1927) que vivió en la calle Baquedano 103, vecina de G. Nicholls y Cosme Zavala, o el caso de Elisa Quisucala Granadino de Orriols y Orriols que le deja a su esposo la casa en Gorostiaga 104. Se suma Víctor Bustos Bermúdez con dos lotes en la calle Zegers 547, que limitan al este con la “hijuela de María Rosa Wood”. Que, de paso, al reiterarse éstas “hijuelas”, junto a ciertas residencias, parecen caracterizar el acceso directo a recursos vegetales como una modalidad propia de quienes provienen de los pueblos agrarios (Alflorino Ob. cit).

De modo que desde los inicios salitreros durante el período del Perú y Chile las familias con roles económicos, comerciales y administrativos optaron por construir o comprar sus residencias en El Morro, apegadas al borde mar, donde se estaba generando el rol portuario del futuro de Iquique. En esos tiempos aún no se construía la calle Baquedano y su arquitectura llegó a ser exclusiva para la elite. Al punto que antes de construirse sus residencias se encontró allí ente-

rrada una mula y el cuerpo de un minero junto a pequeños crisoles ingleses usados para averiguar la calidad de las muestras obtenidas (J. Fernández, comunicación personal).

De estas y otras familias derivan diversas residencias que aún perviven en El Morro y que tienen la misma importancia patrimonial de aquellas pequeñas contemporáneas de madera, donde se cobijaron familias de menores ingresos, dada la particularidad del Morro por acoger una arquitectura integrada sin segregaciones. Para este efecto se presenta un caso ejemplar. Se sabe que en la calle Covadonga se habían concentrado residencias patrimoniales peruanas de dos pisos y pequeñas también, que gradualmente desaparecen, como podría seguir ocurriendo de no mediar una nueva legislación patrimonial sobre Zonas Típicas que le permita a cada región una plena autonomía para designarlas Patrimonio Nacional y someterlas a su salvaguarda. Sobre esto, una de las últimas residencias patrimoniales de dos pisos de la calle Covadonga se ubica aún con el número 965, que en el año 1898 ya estaba en uso y fue vendida por Fernando López Jofré a Enrique Amadeo de Closets. Limitaba por el norte con la propiedad de Natividad Digoic, por el sur con Fernando López Jofré, “callejón por medio”, por el este con la propiedad del vendedor. La familia compradora indica que para esta operación tenía acciones en el Banco de Chile, Compañía Esperanza de Cunchuyo Huaico, Compañía Minera Esmeralda de Collahuasi, Compañía Glorias del Inca de Copiapó, Compañía Exploradora de Chañaral y Mina Colorada. Un conjunto de datos financieros que dan una idea de los recursos con que contaban ciertas familias del Morro (Fuente: Escritura de venta, Iquique, 1898, Archivo del autor). Actualmente esta residencia ha sido modificada tal como se desprende por la ausencia de su fachada con columnas y balcones, lo que acredita la absoluta carencia de medidas proteccionistas.

Sería largo enumerar aquellas familias tarapaqueñas vinculadas con El Morro que cubrieron roles relevantes: Ugarte, Vernal, Marquesado, López Loayza, Bermúdez, Hidalgo y su mansión de la calle Covadonga con Wilson, que se suponía pertenecía a los Marquesados (S. González, comunicación personal). Todos conectados directa o indirectamente con la exploración salitrera y la fun-

dación de las primeras oficinas, con sus implicancias económicas radicadas en Iquique. Se incluye otro pionero, el inglés J. Smith, que dio lugar a las conexiones con los avances tecnológicos, capitales y al surgimiento de la clase obrera bajo la subordinación de las iniciativas empresariales locales y extranjeras, aportando al crecimiento de las labores costeras del borde de Iquique donde El Morro tuvo un rol protagónico.

Este conjunto de cambios industriales privilegió en efecto el espacio morrino. De acuerdo con el plano de E. Northcote, elaborado el año 1884, todo el borde costero no presenta viviendas sino instalaciones industriales: “Compañía Aguas del Morro”, “Fábrica de gas”, “Fundición del Morro” y “Muelle de Barreñechea” construido para los embarques salitreros, cuyos restos de cañerías y maderos fueron recientemente registrados arqueológicamente (Cabezas *et al.* 2020 Ms.), situado precisamente donde estaba la caleta y embarcadero del Morro (Risopatrón 1890). Es que la industria salitrera implicaba instalaciones complementarias en estas empresas como las de J.T. Rider, J.T. North, F. Sparenberg y Jiménez. Intervenciones que sugieren que varias edificaciones modernas del siglo XIX habían ocupado estos espacios del borde mar, perdiendo los asentamientos de los morrinos en algún momento el acceso directo a la costa.



Panorama del Morro.

A: Desde la isla se observa la “Punta del Morro” con el edificio escalonado de la Fundición de J. T. Rider, por el año 1880, y después de J. T. North, además se advierte el “canal” de navegación (Lo Chávez 2021-b).



Panorama del Morro.

B: En el plano de E. W. Muecke (1907) se observa el molo que une la isla con la costa, en proceso de construcción, con una estrecha pasada para conectar el movimiento de los muelles, bodegas y caletas del sector del Morro. Por las calles Bellavista y entre Covadonga y Souper se reconocen manzanas con viviendas populares en sus bordes, con grandes patios interiores compartidos (Lo Chávez Ob. cit.).

Quizás era aquello que los morrinos más ancianos recordaban. Decían que antes existía por allí una “aldea muerta” de sus antepasados.

Estas ocupaciones modernas para la época incluyeron la entrada de rieles ferroviarios por la calle Isaza para los efectos de conectarse con la “Fábrica de Gas” y bodegas allí instaladas. Tal distribución de grandes obras, separadas del vecindario, se observa en el plano de Northcote donde, además, queda explícito que sólo a partir de la calle Isaza hacia el este: Souper, Covadonga, Pedro Lagos y Aníbal Pinto Viejo se ubicaban las residencias. Además, por el año 1861 en el plano de Escudero se advierte un detalle importante donde lo ocupado se vincula directamente con El Morro. Ciertamente, aparece el “Muelle del Morro” junto a la “Máquina del agua”, le sigue el “Terreno del Morro” y algo más al interior sólo se ubican las calles peruanas: General Nieto y Salaverry. Lo importante es que, hacia el sur de estos espacios, mirando al mar, sólo se sitúan amplios sitios sin ocupar: “terrenos baldíos” que fueron importantes para la futura expansión del barrio una vez que el crecimiento del vecindario

amplió su espacio con viviendas sencillas de madera hasta el borde mar, desde el ex regimiento Dolores hasta el fin de la calle O'Higgins, perdurando algunas como “fósiles” urbanos.

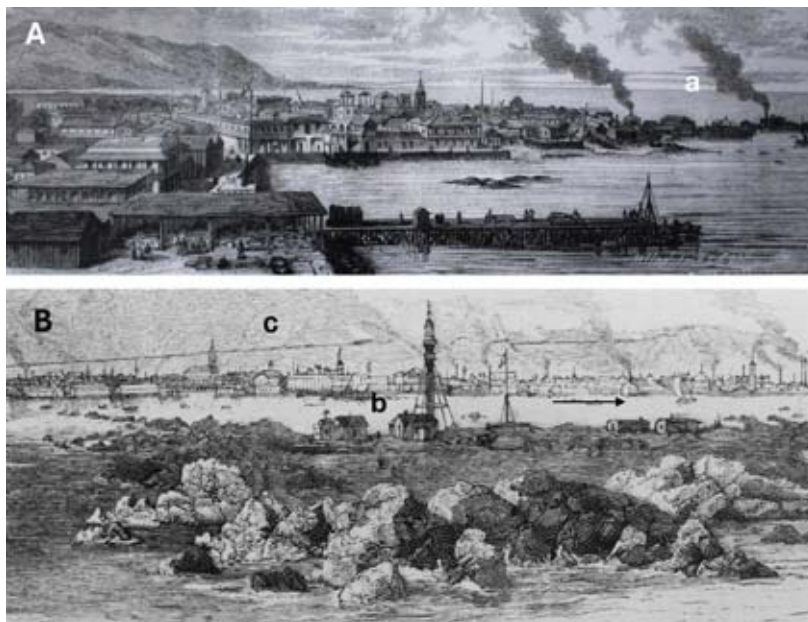
Efectivamente, el crecimiento portuario se incrementó por las iniciativas británicas, tendientes a lograr más exportaciones del salitre y guano, más insumos para las industrias e, incluso, por las instalaciones de las primeras destiladoras de agua de mar y aún del primer molino a vapor para la molienda de trigo. Avances que dan una imagen de los cambios recurrentes y necesarios para que Iquique sea designado como “Puerto Mayor” en el año 1843 y muy pronto, gracias a las tecnologías extranjeras, se aplica el método Gamboni que por el año 1853 reemplazó radicalmente a las oficinas salitreras de Paradas, sustentadas en la arcaica aplicación de fuego bajo los calderos o fondos metálicos. En Iquique ya vivían 2.000 habitantes, al punto que se aprobó una ley que permitió a los barcos peruanos traer a su puerto alimentos desde el extranjero, junto a materiales para la construcción, siendo esto un germen para una ciudad que crece y donde su elite necesita para celebrarlo: aguardiente y buen tabaco importado (Donoso 2013).

En este marco, desde el año 1840 se advierte que la producción costera se debió orientar a una ciudad cuyo crecimiento se podía observar a la vista, activándose las caletas limítrofes y, por cierto, aquellas que desde el centro, como El Morro, y los extremos de Cavancha, la Puntilla y el Colorado, incrementan sus expectativas con la aplicación de las nuevas “chalupas” y sus “bogadores”, aunque aspiraban a contar todavía con embarcaciones mejores como la más admirada y recién hecha para la aduana que se conducía con un “patrón” y dos “marineros indígenas”. Por otra parte, paralelo a la mayor incorporación de morrinos a las labores portuarias, aumentaron, además, sus llegadas a los muelles para colocar sus embarcaciones especiales para “pasajeros” en la medida que desde ciertos muelles ya se establecían los contactos para la Isla y los veleros, función que hasta ahora pervive desde el llamado “Muelle de Pasajeros”, junto a la plaza de la aduana, para movilizar a los encargados de supervisar los atraques de los barcos de nuestro tiempo.

Definitivamente, ya antes de la administración chilena, el espacio del borde mar estaba muy intervenido bajo los objetivos portuarios, con bodegas, instalaciones asociadas, estanques y tuberías, y las clásicas chimeneas que anunciaban el funcionamiento de las resacadoras o destiladoras del agua de mar. Notables modificaciones del espacio que eran advertidas por los pobladores del Morro.

Efectivamente, durante el Perú el paisaje estaba cambiando en cuanto desde la Isla era posible ver como pasaban pequeñas embarcaciones a velas y balsas, en tanto que en tierra firme la alzada de grandes edificios con techos de doble agua y las chimeneas referidas dejaban esa imagen de plenitud portuaria. Bajo la iglesia colonial, aún de pie, hasta las playas se observaban tres corridas de calles y varios muelles de norte a sur (Ej. Bergman); le sigue una apertura de rocas que da lugar a la caleta del Morro, y en la “Punta” del Morro, apegado al norte, el llamado “Muelle del Morro” en cuyo entorno más alto e interior y en la caleta debieron concentrarse los pescadores y sus viviendas (Lo Chávez 2021-a-b).

Si bien la activa intervención moderna de la Isla Serrano dificulta situar su antigua organización del espacio, es posible hacer aún ciertas sugerencias. En el plano de Milton Prior (1889) se observa un lugar que parece no se intervino durante la extracción del guano, con un recinto con un techo de doble agua cubierto con cueros de lobo y una cruz superior, adosado a otro con fines también religiosos, a modo de una capilla colonial donde se bautizaba a indígenas y afrotarapaqueños. Otro recinto se asocia a roles vinculados con el faro. Llama la atención que todo este espacio limita con una extensión eriaza donde pudo radicar el “panteón de los protestantes”, localizado en el plano de Escudero (1861). Dada la tendencia a reiterar inhumaciones donde ya existieron, se supone que aquí debió enterrarse el cuerpo de Tomás Paniri, líder atacameño contra el abuso de los corregidores, ajusticiado en la Isla por el año 1731 (Hidalgo 1982).



Panorama del borde mar.

A: A la derecha dos humaredas (**a**), de maquinarias en el sector de la “Punta” del Morro (Fuente: Desconocida). **B:** La Isla con la capilla y cruz en la techumbre y los recintos junto al faro (**b**). A su lado una extensión no construida relacionada posiblemente con el panteón de los protestantes. Quizás, cerca pudo enterrarse el prisionero Tomas Paniri, héroe atacameño de la resistencia antiespañola, ajusticiado allí el 14 de mayo de 1781. Al fondo se advierte la vía férrea (**c**). La flecha indica la extensión del Morro hacia el sur (Russell 2011 [1890]; Prior 1889 [1891]).

Siguiendo el plano de Escudero (1861), se advierte que el borde mar está muy modificado, desapareciendo aquí todo el vestigio de vida indígena antigua. Desde la iglesia colonial se situaban hacia el sur cuatro manzanas habitadas en El Morro, con espacios ocupados hasta la actual calle Aníbal Pinto (calle San Antonio en el período peruano). Más abajo de la iglesia hacia el mar se situaban seis manzanas distribuidas a lo largo de cuatro cuadras. Debajo de la última corrida se advierten de sur a norte los terrenos y el “Muelle del Morro”, la “Máquina de agua”, una playa o caleta abrigada, sigue el “Malecón de la casa Bergman”, el “Muelle de Bergman”, un “Molino”, continúa el “Muelle Layons”, la “Fábrica fundición-Máquina de agua”, una “Antigua mina de Digoy”, el “Resguardo” cerca del “Malecón” y la “Aduana”. Fue tal el énfasis de las conexiones a los embarques

salitreros que hasta en Bajo Molle se construyeron dos muelles (Vidal 1880), cuyas ruinas se advertían todavía por el año 1915. Aunque antes se había instalado una planta beneficiadora de metales por amalgamación con minerales de Huantajaya (Billinghurst 1888).

De modo que desde el plano de Escudero (1861) el espacio del Morro se extendía por el muelle homónimo, hasta limitar con el sector de la iglesia colonial (MOP). En consecuencia, la Isla cumplía un rol relevante en términos de guiar en su borde norte la navegación hacia los fondeaderos, construyéndose allí un faro que aún permanece como un símbolo patrimonial inaugurado el año 1875. El acceso al varadero, playa y caleta del Morro se ubicaba por la actual calle Wilson, tal como lo recordaban los morrinos ya fallecidos, en coincidencia con el llamado “Muelle del Morro”, de modo que es posible que la caleta del barrio, articulada por las viviendas cercanas de los pescadores, precedió o fue contemporánea con ese muelle una vez que se ampliaron las operaciones de los embarques salitreros que ya habían alcanzado los 5 a 6 millones de quintales (Escudero 1861). A este sector abrigado hasta los años 1940-45 se le reconocía precisamente como el “alberge” (J. Fernández, comunicación personal).

En este despliegue de embarques se articuló otro espacio de pescadores, esta vez en el norte de Iquique, más allá de la aduana, en la caleta de la Puntilla donde se construyeron los muelles “Corssen” y “Smith”, incluida una “Máquina de agua” y “Nevería”, que afectaron la vida de los residentes locales, aunque por esos tiempos convivían armónicamente con las familias de la elite extranjera (Escobar y García 2017). Fue a raíz del terremoto y salida de mar del año 1868 cuando estas viviendas de ingleses, franceses y peruanos fueron arrasadas, debiéndose programar un rápido cambio hacia El Morro, más seguro por su altitud, donde se levantaron sus mansiones de madera entre el vecindario de las familias modestas, como también junto a las peruanas ya radicadas allí desde los inicios de su república.

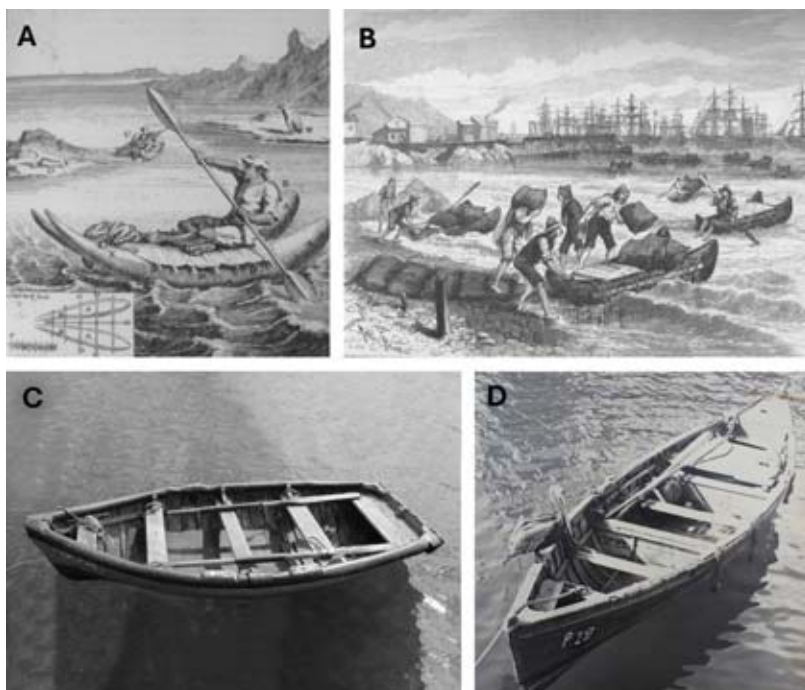
Las familias tan conocidas como Billinghurst, Gildemeister, Reichel, Schroder, Portocarrero y Loayza, abandonaron sus residencias destrozadas entre más de una treintena de fallecidos, sumando los perjuicios en las bodegas salitreras y aún en la resacadora. Hasta el punto de que los daños afectaron el espacio cercano a la aduana donde las

casas de las familias Rivera y de la Fuente fueron también dañadas. Ciertamente, se trataba de un año muy conflictivo, en cuanto en todo el borde mar las poblaciones fueron afectadas además por la epidemia de la fiebre amarilla (Alfaro 1936) y que ya antes, por el año 1854, había causado un centenar de fallecidos (Bollaert 2021 [1860]). En el periodo peruano, desde la actual calle San Martín, se observaron residencias y familias vinculadas con el Morro, que accedían a los baños Bellavista entre conglomerados habitacionales mayores en la medida que la calle “Libertad” y “Camiña” (hoy Covadonga y Pedro Lagos) subían gradualmente por el espacio más alto del Morro.

Hasta avanzado el siglo XIX, los pescadores expertos en el manejo de las balsas de cuero de lobo mantenían sus contactos fleteros con la Isla del guano (Bollaert Ob. cit.). De acuerdo con un dibujo de George Smith (1853) ocurrían visitas foráneas con hombres urbanos, vestidos con cierta elegancia, platicando con mujeres isleñas, al parecer afrotarapaqueñas a juzgar por el uso de turbante. Eran tiempos del pleno uso de balsas entre la Punta del Morro a la iglesia colonial, asociadas al transporte de guano. Al fondo del dibujo se advierte el espacio del Morro con los humos de las instalaciones modernas como la fundición, y una mayoría de grandes edificios vinculados con el almacenamiento, tráfico y movimientos de embarques y desembarques, con los típicos techos inclinados de doble agua de tradición colonial.

Los pescadores del Morro, a pesar de los cambios tan visibles, al igual que sus antepasados, decidieron mantener sus hábitos marinos hasta crear buenos y nuevos ingenios de navegación. Habían sobrevivido con las balsas de cuero de lobo en Iquique hasta el año 1872 (Bermúdez 1968) por su amplia capacidad de carga, con sólo dos tripulantes, superadas esta vez por pequeñas embarcaciones aún más eficientes. Fueron los llamados “cachuchos” muy adecuados a la pesca para uno o dos tripulantes, porque mientras uno bogaba con dos remos a dos manos, colocados dentro de las chumaceras, el otro operaba las redes y los útiles que fueran necesarios. Eran de doble proa o con la popa recta, siendo su quilla algo plana y muy útil para vararlos y repararlos en las playas de las caletas. Se dice que no prosperaron a pesar de que se retomaron sus funciones, esta vez muy parecidas con las “pangas”, muy útiles para la pesca apegada

al litoral o como remolque de los primeros pesqueros con motor, guiados con la “caña”. Estas innovaciones fueron respuesta a que ya durante la guerra del Pacífico las balsas de cuero de lobos dejaran de multiplicarse: ... *con notable perjuicio de los aborígenes pescadores, pero con marcadas ventajas para la industria pesquera, porque se han cambiado las diminutas balsas por balandras apropiadas al objeto* (Vidal 1883: 23). Este proceso de cambios culminó con los primeros faluchos de doble proa, sin motor, aún con el uso de remos.



Evolución de las embarcaciones.

A: Balsa prehispánica de cuero de lobo inflado y su estructura, usada aún en tiempos hispánicos y comienzo del Perú (Frezier 1902 [1716]). **B:** Cargando sacos de salitre en Pisagua (Prior 1889 [1891]). **C:** Los primeros “cachuchos” o botes de madera para la pesca (Fuente: Terram.cl). **D:** Los primeros “faluchos” pioneros con doble proa aún sin motores (Fuente: Th.W. McEvoy).

A estas embarcaciones más grandes se les llamaba “balleneros”, reconocidos por sus tres remos a cada lado y por su doble proa que les daba mayor movilidad para adelantar o atrasar sus desplazamientos.

Efectivamente, los pescadores del Morro, al igual que sus antepasados, se dedicaron a crear óptimos medios de navegación, teniendo en mente que las balsas, a pesar de ser tan buenas, debieron ser superadas por esas embarcaciones pequeñas de madera. Su prestigio en términos de cargar hacia los veleros fue limitado al imponerse las nuevas “barcazas”, con capacidad entre 20 a 25 toneladas, hacia donde se descargaban los “cachuchos”, y desde allí se dirigían con mayor carga hacia los veleros salitreros (Risopatrón 1890). Obviamente que con los muelles estas acciones se simplificaron, pues las cargas entraban allí y se deslizaban por plataformas inclinadas directamente a las “barcazas” y “lanchas maulinas”. Eran de gran tonelaje, conducidas hacia los veleros y representaban nuevas labores que incluyeron a los pescadores por su experticia en las navegaciones, ya que éstos manejaban un mapa mental detallado del litoral aledaño.

Estas operaciones requerían de habilidades marinas, compatibles con las tradiciones laborales de las familias morrinas que estaban insertas en estas nuevas modalidades y muy apegadas a las innovaciones de estos tiempos. Desde este enfoque M. Mieres en el año 1883 dibujó durante la administración chilena algunos cambios en la trama urbana del Morro donde se destacan los “Baños”, la “Compañía proveedora de agua” y una “Fábrica de gas” producido con el llamado carbón “coke”, cuyos residuos se utilizaban como aislante al interior de los muros de las mansiones peruanas ubicadas en El Morro (Ej. Covadonga 965). Además, en ese espacio se identifica lo que parece haber sido el edificio: “Jerdarmes Antiguos Cimientos”, de posible data peruana, además el llamado “Fuerte del Morro” compuesto por dos cañones de alto calibre. Estas locaciones estaban situadas más abajo de la actual calle Isaza, donde posiblemente quedaron cubiertos los restos de los asentamientos prehispánicos y coloniales tempranos.

Aún en las postrimerías del periodo peruano, por el año 1880, se destacaba la llamada “Punta del Morro”, situada al norte de la playa Bellavista, que acogió a las principales obras industriales modernas a cargo de empresarios extranjeros a lo largo del borde del Morro (Lo Chávez 2021-a-b). En efecto, según el plano de Northcote del año 1884 (Lo Chávez 2021-b), allí se extendieron las empresas extranjeras derivadas de capitales ingleses: “James” y Foundry”. Si bien la mano

de obra y estable morrina estuvo presente, sus habitaciones y vínculos directos con el mar fueron desplazados en la misma medida que su borde mar era ocupado por obras vinculadas con la infraestructura portuaria: edificios, cañerías, muelles, relegándose su caleta a un escenario más complejo. En efecto, la vida vecinal se desplazó detrás de estas instalaciones a partir de la calle Isaza.

Ciertamente, cerca de las instalaciones empresariales, vinculadas con los negocios portuarios y urbanos, desde el inicio del gobierno chileno los habitantes del Morro pasan a ocupar lugares en sus bordes o mantienen sus viviendas junto a las residencias más modernas y jerarquizadas. El gas, agua y desde el año 1911 también la energía eléctrica, salían a la ciudad desde El Morro y, por cierto, incluso la alimentación del mar con los célebres vendedores de sartas de pescados atadas a un rollizo horizontal sustentado en el hombro, o con mariscos trasportados en sus canastos palteros peruanos cargados como mochilas.

El plano referido es claro al mostrar que por el año 1883 entre la actual calle Grumete Bolados hacia el mar no había viviendas sino instalaciones industriales y, cuando se ocupó, se concentraron allí familias de escasos recursos cercanas al borde mar. Este reordenamiento urbano se asocia a un incremento de población sin recursos que generó más familias sin viviendas, provocando el surgimiento del negocio de los llamados “conventillos,” operaciones a cargo principalmente del empresario Manuel Barril, un minero y comerciante español, cuyo conventillo localizado en la actual calle Pedro Lagos llevaba su nombre. Fue demolido no hace mucho y logró mantener en arriendo entre su patio común y las 33 piezas una capacidad total de 100 personas. Se sumaron más habitantes que incrementaron otros conventillos de Iquique, incluyendo niños desamparados, que estimularon por el año 1905 una donación de la elite iquiqueña, destinada a construir un Asilo de la Infancia en este barrio, y otro, por el año 1920, para los ancianos con talleres donados por la familia *Urruticoechea*, al tanto que se construía un edificio especial para los llamados “Veteranos de la Guerra del Pacífico”, por el año 1905, los que quedaron medio desamparados y siempre emocionaba verlos en los desfiles.

Por cierto, a comienzos del siglo XIX con los pulsos económicos salitreros se multiplicaron en el barrio las familias foráneas, incluidas en el poder económico y cultural como los López Loayza de la Sociedad Peruana, los británicos Miller, Standen, aquellos alemanes vinculados con la Bomba Germania y los primeros en crear fuentes locales de trabajo como la familia italiana Caffarena, con su fábrica de medias junto a su mansión instalada cerca de los Baños, de donde proviene una de las mujeres fundadoras de las tempranas reivindicaciones del género.

Esta situación internacionalista se reflejó en El Morro al punto que quienes vivían allí durante la administración chilena, habían alcanzado, por el año 1895, unos 2.631 habitantes y hasta el año 1920 un total de 3.294 personas entre familias ancestrales entreveradas con residencias de las elites peruana, chilena y extranjera, según se desprende de las tipologías arquitectónicas (Lo Chávez 2021-a-b; Advis 1990; Núñez 2021). Tiempos cuando estas familias europeas mantenían desde El Morro sus variadas entretenciones: asistencia a las carreras de caballos, juegos de palitroque, naipes, criquet, tenis, atletismo, natación, equitación, teatro, filarmónica, bailes, concursos, excursiones, playas y otros (Risopatrón 1890), sin faltar las cacerías de guanacos en los cerros que rodean Iquique (O. Varela, comunicación personal).

Estos ejemplos indican el auge derivado del salitre ante una ciudad que se expandía en respuesta a su crecimiento con diversidad de nacionalidades. De hecho, por el año 1907 a lo largo de la provincia de Tarapacá junto a los chilenos habitaban 12.500 bolivianos, 23.000 peruanos y 1.395 británicos, como una señal clara que la industria salitrera se había consolidado bajo los aportes limítrofes y una fuerte influencia del rol británico. Este mantenía una visible hegemonía en la conducción del proceso capitalista y tecnológico, tan importante como los aspectos productivos y la impactante penetración ferroviaria y marítima, entre evidentes desigualdades sociales acumuladas en la esfera de la pampa salitrera (González 2002), atenuadas en El Morro por su particular modo de vida sin segregaciones y la mayor autonomía de aquellos morrinos vinculados con variadas labores marinas.

En esta dirección, para las familias residentes en conexión directa con los recursos del mar era necesario mantener sus tradiciones locales, observando con atención aquellos cambios tecnológicos necesarios que se vinculaban con mejorar la producción marítima. Un caso ejemplar ocurrió cuando los costeños observaron en su propio espacio del Morro esas inmensas instalaciones para producir agua potable desde el mar y lo replicaron a escala artesanal, solución que fue muy bien aprendida por todos aquellos que recorrían el litoral por pesca y recolección con escasa provisión de agua. Se dice que: *Primero se disponían tarros grandes con agua de mar aplicada sobre grandes fogatas a base de huiros endurecidos hasta que una vez hervida el vapor se escurría a través de una cañería que se introducía en una batea metálica llena de agua fría de mar, dispuesta sobre una plataforma con piedras pircadas. Ocurría que el vapor al contactar con el agua fría de esa batea comenzaba a condensarse, goteando ahora agua dulce que se acumulaba en un estanque abierto al final del recorrido por la cañería señalada. De allí se pasaba a damajuanas para el uso personal y aún para venderla si fuera necesario o intercambiarla por alimentos* (L. Álvarez, comunicación personal).

Mientras El Morro acogía a familias asumidas en estándares de vida de esos tiempos de cambios y modernidad, los pescadores más audaces también transitaron de los “cachuchos” a los “faluchos” de doble proa, adaptaciones que continuaron más tarde cuando deciden agregarle un motor y después un puente o “tangón” para prolongar la proa y facilitar el arponeo. Sabían muy bien donde innovar y rechazar, como cuando preguntamos si acogerían la aplicación de “nasas” o jaulas con mallas metálicas fondeadas con carnada en su interior para que entre el pez y no pueda salir por ser una entrada como un embudo. Su respuesta fue rápida y precisa: *Esa... no tiene gracia...* (R. Bolados, comunicación personal). Es cierto, les habían eliminado su caleta y no dudaron correrse a la Riquelme, pero nunca dejaron su barrio y su creatividad para una pesca mejor. Ciertamente: ¿Cómo resolvían las “panas” del motor en alta mar lejos de los talleres? Aquí se reconoce la “viveza” de los pescadores en apuros para sellar la fuga de bencina, aplicando una mezcla de jabón y azúcar molida, o

limpiar el platino con el raspado café de la caja de fósforo o armar un “puro” para encender los motores petroleros Scandia (O. Varela, comunicación personal).

De acuerdo con el plano de E.W. Muecke del año 1907 (Lo Chávez 2021-a-b), se reconocen varios sectores vinculados con El Morro. A: La Isla con el faro junto a la capilla colonial donde se celebraron los bautizos de los nacidos aquí y en la tierra firme: hijos de guaneros y pescadores. B. Un atracadero para las embarcaciones menores que venían de la costa opuesta. C: Un molo en construcción para unir la Isla con las instalaciones portuarias, que mantenía una leve apertura antes de su cierre total. D: Posibles ocho embarcaciones menores de pescadores, articulando los inicios de la caleta Riquelme. E: las instalaciones industriales, resacadoras de agua de mar y muelles desde la calle Bellavista (hoy Freddy Taberna). Por la Punta del Morro se prolongaban hasta el final de la calle Gorostiaga. F: Se destaca un espacio interferido por dos entradas ferroviarias por las calles Isaza y Souper. G: Desde la calle Bellavista y entre Covadonga y Wilson, el plano muestra varias manzanas con casas reducidas, localizadas frente a las calles que comparten en su interior un gran patio vacío que parece representar un modo de vida donde las familias de escasos recursos se comunicaban a través de sus interiores, compartiendo servicios y labores comunes de acuerdo con relatos conservados por aquellos que vivieron allí a comienzos del siglo XX. En el actual entorno del Club había casas modestas que las antiguas generaciones llamaban las “aldeas muertas”, quizás por quedar inconclusas por los tiempos de crisis o por exponer el efecto del hollín de las chimeneas cercanas vinculadas con las máquinas resacadoras del agua marina transformada en potable.

Aunque la crisis se veía venir con el cierre del Molo y el aislamiento de los pescadores del Morro, se advertía el pleno convencimiento que su caleta debía trasladarse hacia la caleta Riquelme: era la única posibilidad de salvaguardar las tradiciones pesqueras del Morro. Por lo anterior los muelles pegados al Morro comenzaron a abandonarse.



Restos de los muelles localizados en el borde mar del Morro.

A: Desde El Morro actual se advierten restos aislados (ver flechas). **B:** Bloques canteados del malecón que existía apegado a la Punta del Morro, abandonados por la construcción del molo (Fuente: L. Núñez).

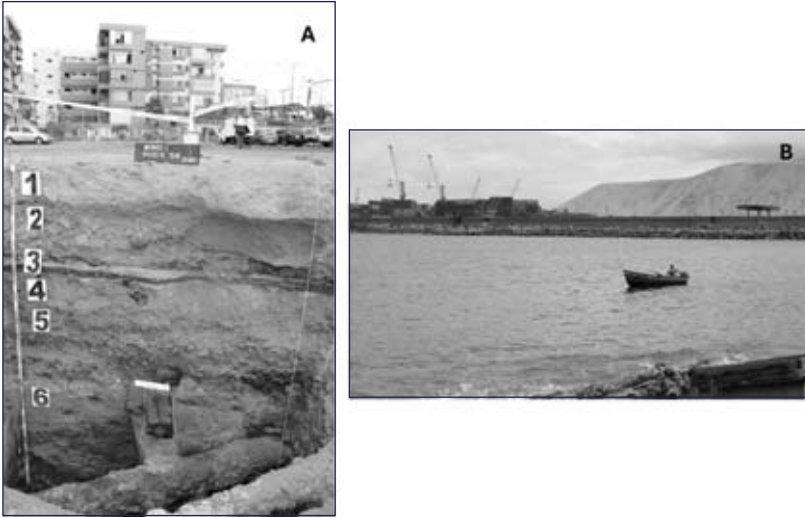
En ese borde del litoral morrino quedaron los restos de ciertos naufragios de grandes embarcaciones desde los tiempos coloniales, tal como ocurrió frente a la “Poza de los caballos”, con restos de cañones y culebrinas. Se suma otro entre la Embancada y la playa Bellavista, correspondiente a un Clipper llamado “Harden Cluta”, y otro con restos de cañones y municiones esféricas junto al islote donde se decía que vivía el gran pulpo “Pepito” ... cuyas cargas de madera en general fueran rescatadas por las familias morrinas. Al respecto, hasta hace poco tiempo era posible registrar restos de “borra” de metal apegada al regimiento Salvo o Dolores, relacionada con la antigua “Fundición” del Morro (O. Varela, comunicación personal).

VI.2. LA VIDA COTIDIANA JUNTO AL MAR DURANTE EL SIGLO XX

En la medida que se expandía la ciudad, los espacios que ocupaban las familias de los pescadores y otros rubros comenzaron a abrirse paso a las señales de la modernidad y con ello a nuevos campos de ocupación que tenían que ver cómo atracar y “desabracar”, y dejar mar afuera a una secuencia de naves salitreras que demuestran con que velocidad ocurrían estas transformaciones: bergantines de dos mástiles, a veces de tres, clippers de cuatro y aún naves con velas “cangrejos” de cinco mástiles y veleros específicos y, por último, los “vapores” más modernos. Fue también el tiempo de los “cargadores” que ocuparon diversos barrios y con ello el más cercano del Morro. Había que descargar y cargar los navíos surtos y allí estaban junto a los sacos de salitre con sus fajas apretadas a la cintura donde mantenían el “gancho,” un fierro curvado terminado en punta, provisto de un madero perpendicular como asidero, que pasó a transformarse en la metáfora popular de la amistad por estar siempre apegado a su lado (“gancho” = compañero). ¿Y por qué no sacar de contrabando una botella de whisky con un par de cajas de cigarrillos americanos por el encargo de un compadre?, operativo que por su autenticidad y escala no fue tratado como un delito. A estos jóvenes portuarios se les veía volver en las tardes al Morro por la calle Covadonga

con un saludo habitual: *Avísale “Paisoca Soudre”* ... (Octavio Soudre), le decía *“Gancho Guille”* ... (Guillermo Fernández), abuelo de los Tabernas, apellido ahora recordado con la nueva nominación de la calle donde se ubica precisamente el Club Deportivo Unión Morro: Freddy Taberna, expresidente del Club, geógrafo fusilado en Pisagua durante la dictadura militar.

La larga experiencia de los pescadores del Morro se organizó por el año 1920, cuando crearon el Gremio Industrial de Pescadores (“Sección Morro 2”), oportunidad en que cada uno recibía la autorización de la autoridad marítima donde se escribía: *Es una buena persona y tiene entrada al muelle pescador con permiso* ... Sin embargo, fueron afectados por la construcción del molo que unía la costa con la Isla. En este marco de transformaciones portuarias no se sabe el momento en que los pescadores del Morro, al ver bloqueados sus espacios originarios, optaron por operar en la “caleta Riquelme”, cerca de la plaza de la aduana. Un hecho trascendental para los embarques salitreros y toda carga en general ocurrió por el año 1932, cuando se terminó definitivamente la unión entre el borde mar y la Isla a través de un moderno malecón. Ahora podían ingresar a la Isla trenes y camiones en un tiempo crítico cuando las tensiones mundiales y la emergencia de los sustitutos terminaron con la industria salitrera, apareciendo con ello los desajustes al interior de la elite regional y más pobreza entre las clases populares, que afectó directamente al Morro. Los muelles del sector del Morro se transformaron en restos arqueológicos a raíz de la construcción del molo.



Sondeo estratigráfico en el borde del Morro.

A: Identificación de seis estratos correspondientes a depósitos sub actuales y del siglo XIX, con restos de maderos y tuberías de un muelle (Núñez Ms. 2020; Cabezas et al. 2020 Ms.).
B: Al fondo el molo que unió el borde mar con la Isla, inaugurado en el año 1932, cerrando la conexión entre los muelles y pesquerías del Morro con las labores del puerto, caletas e instalaciones ubicadas más al norte (Fuente: L. Núñez).

Ciertamente, ese molo fue un muro que separó a los pescadores del Morro de sus itinerarios habituales que implicaban sus desplazamientos por el “Canal” de sur a norte. En el borde norte de la Isla se situó un faro para indicar el acceso al puerto precisamente por el pasadizo que actualmente usan los pescadores para entrar a la caleta Riquelme. De modo que primero fue la expansión de los muelles y de otras instalaciones industriales las que bloquearon los accesos a los embarcaderos morrinos de ese tiempo, siendo éstos muy útiles para varar y arreglar las embarcaciones en tierra cuando aún no tenían motores, para estirar y remendar las redes, arreglar la cordelería, calafatear y cargar o descargar directamente. El nuevo molo, por otra parte, también dejó a los muelles ubicados en su lado sur, junto al Morro, en un franco abandono. Es posible que este conjunto de cambios haya motivado el traslado de los pescadores morrinos a la caleta Riquelme. Después de todo, sólo se trataba de bajar por la calle Covadonga y de allí por un atajo aparecer en la actual plaza

de la aduana y con ello alcanzar esta otra caleta. Por lo demás, conjuntamente se construyeron malecones para facilitar el acceso con escalinatas a la caleta Riquelme y a la aduana.



Los malecones con escaleras construidos en la aduana estimularon la concentración de embarcaciones fleteras y pesqueras incluyendo aquellas de los morrinos desplazados de su muelle y caleta por la unión de la Isla con el puerto.

A: Se advierte a la izquierda la torre de la aduana y las escaleras para los desembarques (1903), (Fuente: Tarjeta postal / Editor C. Brand). **B:** Más al norte continúa con las escaleras para los pescadores junto a sus fondeaderos donde se localiza hoy la caleta Riquelme (Fuente: Ídem.) Otro malecón se observa frente a “la casa de los Núñez”, ubicado inmediatamente al norte del muelle del Morro entre los años 1855-1857, donde se situaba la caleta que fuera abandonada por el traslado a la Riquelme (Ostojic, 2019).

Cavanha fue y es otra caleta con larga tradición de pescadores artesanales con habitantes todos vinculados con sus labores, pues vivían allí junto a un muelle, sólo para ellos, rodeados de embarcaciones y sus viviendas. Su espacio comenzó a ser intervenido por un hospital inglés y negocios de recreo, y comidas típicas para los visitantes y bañistas del lejano Iquique de esos tiempos, aunque seguía siendo un espacio caletero con viviendas humildes mal catalogadas como: “chozas de pescadores” (Billinghurst 1888). Se sumaron después una

planta de molienda de minerales, las fábricas de conservas de pescados y aquella que distribuía bloques de hielo casa a casa en Iquique, en un tiempo que reinaban las hieleras y no los refrigeradores. Luego se levantaron los restaurantes elegantes para la elite iquiqueña que venía en coches tirados a caballo. Hasta que, a raíz de su cercanía con el balneario famoso, se cubrió de edificios y más restaurantes para este tiempo. Hoy con suerte se puede ver una casa cavanchina, aunque su Santo Patrono, San Pedro, a lo menos puede alojar antes de la procesión en el local tradicional del Sindicato de Pescadores. Hoy casi todos(as) viven fuera de la península, aunque en El Morro por otras causas una parte también vive afuera y la otra permanece con lealtad irrenunciable.

Sin embargo, hay eventos convocantes diarios en sus caletas, tanto en la Riquelme como en Cavancha, donde cargan y descargan, al tanto que reparan sus redes y los más adultos que están sentados recuerdan la pesca de otros tiempos, admirando a los jóvenes que siguen a la mar como siempre ha sido. Pero todos juntos y fieles a sus deidades protectoras y sobre todo a aquella que manda: La Chinita del Carmen que los mira desde su anda con su albacora de plata atada en su mano derecha.

Al respecto, hace un tiempo cuando recorría las arboledas de La Tirana observé que habían puesto en un nivel bien visible, algo elevado, un falucho pescador bien usado que parecía más bien un cuadro surrealista. Sólo logramos saber que se trataba de una manda y nada más, pero recordamos que varios cazadores de albacoras aún se “encomiendan” a Ella: *Nosotros lo hacemos cuando con el largo porta arpón y la flecha adelante nos enfrentamos a esas presas grandes que podrían pesar como 250 kilos* (R. Bolados, comunicación personal).

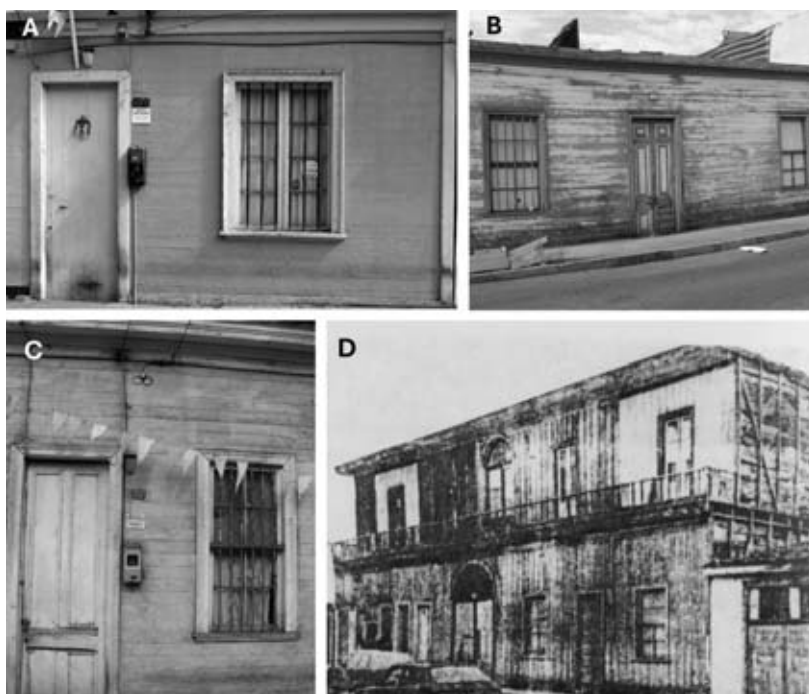
El Colorado fue también otra caleta como El Morro y Cavancha, pero vivió momentos dramáticos al dejar sus pescadores de habitar allí para radicarse más alejados por razones de no contar con los recursos necesarios para defenderse y con una falta total de apoyo ante poderes económicos superiores. Les rupturaron sus vidas de pescadores artesanales a raíz de las instalaciones de las pesqueras modernas. En el año 1982 se procedió a la primera erradicación con el argumento de que era imperativo mejorar la vialidad hacia

la Zona Franca, el puerto y las industrias pesqueras a través de expropiaciones. A pesar de los llamados a no alterar su balneario, todo fue afectado y pronto sus faluchos albacoreros, aún sin tangones, comenzaron a ausentarse junto a sus familias, y con ellas también los ferroviarios cuando les cerraron la maestranza. Pero no anularon sus bailes promesantes ni su iglesia del Perpetuo Socorro. Es que a partir del año 1950 la expansión de la industria pesquera, sustentada en el aceite y la harina de los pescados calcinados, con efectos éticos y ambientales deplorables, dio paso al dominio de las goletas modernas y nunca más se vio la célebre pesca familiar con “chinchorro” en esas playas que alegraban la vida de aquellos que sólo aspiraban a vivir en su espacio propio (Pulgar 2023).

Al recorrer estos espacios ahora, es cierto que cada tiempo tiene sus límites y sus logros, y que no todo lo pasado fue mejor, pero haciéndolo de norte a sur allí están vivos y acogedores en los veranos los dieciséis enclaves marinos desde el Colorado a Bajo Molle, con balnearios, playas y pozas inolvidables. Entre las añoranzas, y si aún queda algún pescado en la “playa del Colorado”, en ese balneario que por bello lo llamaban finalmente “Acapulco”, ¿qué ganas que sus familias vuelvan a echar allí un “chinchorro” en el día de su Santa! Cómo volver a disfrutar un “chupín” de congrio a la “virulí”, preparado como antes en aquel restaurante popular ubicado a la entrada de la vieja caleta Riquelme, ahora bajo un bello edificio formal. ¿Podremos alguna vez levantar en la caleta del Morro un monumento como aquel Cavanchino con las sartas en las manos? Volver a disfrutar en El Morro de un perol en roca junto a la Bellavista, con el espíritu de “Rasputín”, contando aquella hazaña del “Negro Turín” cuando vio en Cavancha a una albacora afectada y se lanzó al mar, y la agarró de la cola hasta sacarla por la playa donde la faenaron. Y desde Cavancha: ¿Por qué no se salvó su restaurante fundacional, llamado el “Canto del Agua”? Era de la familia Brantes, cuyo nombre proviene de los términos locales: el límite entre los agujajes marinos. Era el único con piso de conchuelas blancas donde se disfrutaban sus célebres pejesapos al vapor entre relatos inolvidables. Y, por fin, buscar aquella esquina del Morro y ese primer beso con sabor al humo de los primeros cigarrillos...

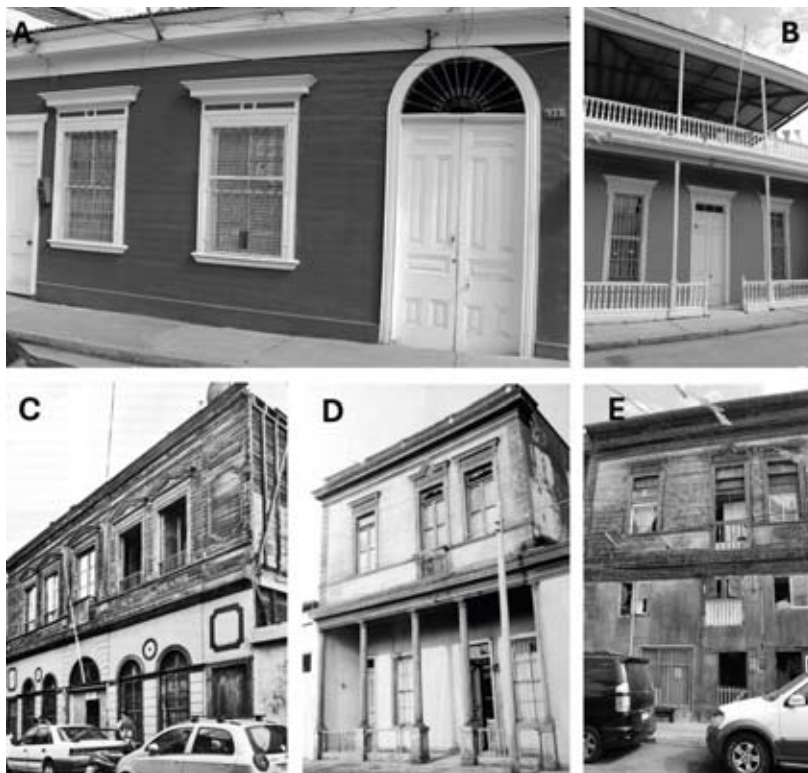
VI.3. EL BARRIO DEL MORRO MÁS CERCANO A LA ACTUALIDAD

Se desprende de este relato que aquellos que habitan y habitaron por largo tiempo este barrio debieron ser mejor tratados cuando comenzaron a construir últimamente residencias sin considerar los valores históricos, patrimoniales y antropológicos, incluyendo su natural acercamiento al mar. Estamos en presencia de un barrio apto para iniciar un programa orientado a mantener sus logros pioneros, cuando creció bajo una arquitectura integral y social sin segregaciones y, de paso, muy digna, y que debe ser recogida a través de una Zona Patrimonial para conservar su complejidad lograda a través de los tiempos (Mancilla 2017).



Habitaciones populares patrimoniales del Morro.

A, B, C: Con tablas encajadas en ranuras “machihembradas”. **D:** Conventillo el Barril antes de su desarme (Fuente: L. Núñez).



Residencias peruanas patrimoniales del Morro.

A: Con puerta de medio arco ubicada en la calle Aníbal Pinto Viejo. **B:** Con las primeras azoteas en la misma calle (Fotos: L. Núñez). **C:** Una de las primeras residencias peruanas desmantelada para dedicarla a estacionamiento... (calle Souper), (Foto: D. Rebolledo). **D:** Residencia con columnas en uso en el año 1898 (calle Covadonga). **E:** La misma casa modificada actualmente para piezas en arriendo... (Foto: L. Núñez).



Residencias morrinas de familias peruanas e inglesas.

A: Casa peruana con columnas junto a una vivienda popular (Foto: L. Núñez). **B:** De la familia tarapaqueña Hidalgo, conocida como mansión de los Markezado (Fuente: S. González y L. Núñez). **C:** De la familia de Laura Miller (Foto: L. Núñez). **D:** Mansión de la familia N. Levis Sinyard - C. Standen Tylor (Fuente: V. Standen).

El Morro acogió numerosas familias como los Mirandas, Martínez, Ross, Bolados, Espinoza, Dávila, Malagarriga, Magaña, Faúndez, Vergara, Rojas, Echeverría, Vélez, Fernández, González, Buccioni, Flores, Cárdenas, Gutiérrez, Soudre, Mollo, Lau, Ossandón, Kosanovic, Bolívar, Bustos, Standen, Zeballos, Glasinovic, Fábrega, Soto, Terraza, Giordano, Carrizo, Izquierdo, Figueroa, Egaña, Petersen, Núñez, Waddington, Taberna, Botarely, Checura, Del Río, Yong, Ahumada, Carreño, Dupoy, Gallego, Varela, Castillo Mac Donald, y tantas otras. Ocurrió que muchas de este barrio donde nacieron y se criaron, junto a su Club más querido, sus bailes promesantes, los carnavales, playas, parientes y viejas amistades inolvidables, pasaron a vivir sin ser escuchadas fuera de su barrio. Es cierto que estos espacios patrimoniales podrían intervenirse, como pasó con la remodelación costera del Morro, pero hay aún arquitecturas del pasado reciente que nos enseñan que la vida urbana puede crearse

sin segregaciones donde todos se saludan. Y aún están vigentes esas verdaderas instituciones sociales que ameritan más su valoración, y que se mantienen vivas a la espera de sus grandes celebraciones a donde acuden todos. Los 100 años del Club, los carnavales, su Iglesia donde hicieron la primera comunión, los inolvidables ensayos del baile Moreno, ni hablar de los “platos únicos” del deportivo. Faltarían hojas para colocar a los personajes del barrio sus sobrenombres que todos los llevamos encima, y es que así nos reconocíamos antes y ahora: “Manano”, “Míster Clery”, “Choro Manteca”, “Uta”, “Buen Vino”, “Pepín”, “Cabezón”, “Guata”, “Chonchón”, “Willy”, “Ojito Pelado”, “Chupa Dedos”, “Mascarieles”, “Negro”, “Pete”, “Laucha”, “Hocicón”, “Periquín”, “Chícora”, “Pichón”, “Loco”, “Pitigallo”, “Juanacaya”, “Carihue”, “Gringo Cheche”, “Chapalela”, “Vitoco”, “Beto”, “Mojite”, “Pejerrey”, “Vampiro”, “Gato”, “Chamullo”, “Care Cuchillo”, “Carretero”, “Manganeso”, “Piojo”, “Cojo”, “Pipí”, “Caldillo”, “Caturro”, “Chiricaco”, “Paisoca”, “Chico”, “León del Bajo”, “Pera”, “Pitifarra”, “Sapoyoyo”, “Curco”, “Pequerei”, “Camello”, “Palmatoria”, “Ñato”, “Tarro”, “Borrao”, “Jorojo”, “Rasputin”, “Chumingo”, “Estrati”, “Chato”, “Norte”, “Flaco”, “Mono”, “Huevo”, “Diosito”, “Manchado”, “Curco”, “Guatón”, “Agüita”, “Sapoyoyo”, “Chumarre”, “Lapachina”, “Borrao”, “Cacho”, “Cuye”, “Tuto”, “Brujo”, “Cocoa”, “Camello”, “Coñoña”, “Pituto”, “Chino”, “Jorojo”, “Betún”, “Carepató”, “Careganzo”, “Chupipo”, “Ñato”, “Cabezón”, “Ciego”, “Carevieja”, “Cangrejo”, “Cacho”, “Pato”, “Chicoco”, “Polvaera”, “Culillo”, “Calugón”, “Chupipo”, “Picantero”, “Turín”, “Masmonrrou” ... y tantos otros. Faltaban esquinas nocturnas, apodos y playas para comentar los sucesos del barrio que los unía a todos(as). Por cierto, estos sobrenombres aún son escasos frente a una reciente publicación editada a raíz del centenario del Club Deportivo Unión Morro, fundado en el año 1923.

Hemos observado que aquí se acogió desde tiempos muy antiguos la cercanía al mar a partir de los tiempos prehispánicos y coloniales, entremezclando sus componentes étnicos originarios como lo prueban los bautizos celebrados, primero en la capilla de la Isla y luego en el templo colonial desaparecido, situado en la bajada del Morro (MOP), donde los apellidos diferentes anunciaban estos contactos.

Ya avanzado el siglo XIX no existía esta preocupación por saber de dónde vendría ese pasado lejano y cercano. Sin embargo, había un consenso tácito al reconocer que todos(as) habían derivado o adoptado una vida apegada al mar, sea con la pesca, el puerto, las playas del verano o, simplemente, con esa cercanía total en que todos terminamos sabiendo del mar de la misma manera como un agricultor se acerca a comprender su tierra fértil.

Si los orígenes de ciertas familias eran indígenas o no, pasó a ser relativo. Lo que importaba era que se sentían ligadas a un barrio que siempre fue parte del mar y con ello hay algo humano y profundo en El Morro donde nació buena parte de Iquique por la acción de todos sus antepasados. De otro modo, como existieron aportes de quienes vivieron aquí cuando el barrio estaba en crecimiento, las herencias étnicas anteriores fueron fundacionales, incluidos los afrotrapaqueños que fueron los que más sufrieron bajo la esclavitud debidamente documentada desde la colonia. Por lo mismo, se recuerda a la querida familia Espinoza de la calle Covadonga, representada por “Chícora” (Héctor Espinoza), quien fuera por largo tiempo el mejor cronista del barrio. Se sumaron los que después se hicieron morrinos al acercarse aquí gracias a que fueron contratados, por ejemplo, en el regimiento Dolores, así como los obreros y empleados de la Compañía del Alumbrado. Se incluyen familias con distintas labores que vivían integradas a este barrio como: zapateros, profesoras de piano, empleados de empresas, profesores(as), almaceneros, obreros, sastres, soldados, pequeños comerciantes, mecánicos, ferroviarios, portuarios, técnicos, ingenieros. Por cierto, también los vinculados con el mar que venían desde antes: pescadores, mariscadores, portuarios, fleteros, caleteros, vendedoras y otros. No vivían separados los unos de los otros, incluidos aquellos “gringos” y sus familias que se incorporaron durante el auge salitrero sin segregaciones, perdurando sus descendientes, algunos hasta ahora, con distintos roles y representando un caso poco común a lo largo del país: Morris, Vignaux, Guicharrousse, Mac Donald, Dupouy, Echiburu, Bottarely, Buccioni, Glasinovic, Waddington, Mitrovich, Miller, Petersen, Ensemeyer, Giordano, Sparenberg, Ross, Cicarelli, Thomas, Soudre y el gran educador Standen, del Colegio Ingles, recordados al pasar.

Por otra parte, este acercamiento al barrio provenía desde el tiempo de las oficinas salitreras de Paradas, cuando comenzó el salitre, oportunidad en que varias familias propietarias eran principalmente peruanas, oriundas de San Lorenzo de Tarapacá y San Andrés de Pica, entre los años 1870 -1872: De la Fuente, Loayza, Vernal y Castro, Marquesado, Granadino, Quiroga, Ceballos, Lema, y otras vinculadas con el puerto incipiente (González 2012). Se dice en Pica que mantenían en El Morro su doble residencia o alojaban allí en las casas de sus coterráneos. En El Morro desplegaban sus cantos, tertulias musicales, aperitivos piqueños, el vals encaderado, y galas gastronómicas que provenían de sus largas tradiciones con sus cuculíes madrugadoras, diferentes de la sociabilidad de sus vecinos extranjeros, aunque todos eran acogidos sin distinciones (Daponte y Palmiero 2020). Efectivamente, desde las primeras salitreras de dueños tarapaqueños hasta la crisis de la guerra, un rápido muestreo nos enseña dónde se ubicaron en El Morro estas familias piqueñas, algunas con esposos y contactos extranjeros para neutralizar aquellos tiempos de discordias anti peruanas, cuando las señoritas Zavala, asediadas por agentes, se protegen entre amistades de la calle Baquedano (Núñez en Alflorino 2017).

Entre esta diversidad fundacional las relaciones fueron armónicas, porque todos caminaban desde y hacia sus casas, sus trabajos o la escuela, y las playas o hacia el centro, saludándose con la charla necesaria de algún suceso compartido. En la calle Covadonga se saludaba al maestro Opazo, que volvía de la Compañía del Alumbrado con su mameluco y un “huaípe” en la mano, o a la profesora Reygadas, que venía siempre con su bolso, al empleado Marcio Egaña de la ferretería las “Dos Estrellas” o al empresario Buccioni, así como a Néstor Segundo Carvajal (“Pulpito”), con su paso cargado de pulpos. Porque en esos tiempos las gentes transitaban a pie, al punto que había un solo vehículo: el camión Volvo de Cupertino Bolados, que por décadas nunca se le vio moverse por estar absolutamente desahuciado.

Se trataba, efectivamente, de un barrio incluyente donde en una misma manzana habitaban poseedores de ingresos altos, aceptables y discretos. Esto es un modelo que ahora es aceptado como un ideal y necesario entre los arquitectos más connotados del país como lo

ha explicitado el Dr. Alejandro Aravena. Fue una integración muy morrina entre viviendas humildes, pero armadas con las mismas maderas machihembradas de la modernidad, que reemplazaron a aquellas con tablas clavadas a los pies derechos y otras con arrebatos de más modernidad cuando se les clavaban en las fachadas calaminas perforadas para ponerles una capa de cemento. Paralelamente comenzaron a multiplicarse las modestas, de maderas machihembradas, con una ventana con barrotes, y algo más grandes con dos ventanas mirando a la calle. No estaban lejos de aquellas de uno o dos pisos más elaboradas, con azoteas, balaustradas y balcones de las familias más pudientes. Aunque algunas representaban aún a las más antiguas del Perú, como aquella mansión de dos pisos que aún exhibe una fachada continua, con múltiples ventanas y una puerta en medio arco, casi destruida cuando se intentó transformarla en un estacionamiento frente a la protesta de una vecina morrina y valiente (Núñez 2021).

Es cierto que en estas residencias extranjeras también se celebraban reuniones muy gratas, con melodías al piano o de los primeros discos con victrolas, aperitivos y los bailes familiares de los cumpleaños. Si aspiraban a encuentros con sus pares, acudían a sus Clubs, Casinos, Círculos y Sociedades siempre cercanos: Inglés, Alemán, Croata, Español, Italiano, Peruano, de la Protectora de Empleados, Chung Hwa y la casa de la Cultura China Cheng Ning Hui, con platos orientales que recordaban a las inolvidables “chifas”. Estas se abrían de noche y después de los cines estábamos allí para disfrutar de esas delicias que mucho más tarde nuestro amigo Chimán Chang optó por traerlas, junto a la “calapurca” tarapaqueña, al corazón mismo del barrio El Morro donde hoy organiza, además, el Año Nuevo Chino. El aporte asiático fue importante, tanto de aquellos inmigrantes atraídos por el auge comercial y salitrero, como de aquellos que sobrevivieron el régimen de la semi esclavitud, cuando fueron retenidos por los empresarios dedicados a la extracción del guano en las covaderas al sur de Iquique, y que ya libres se incorporaron a la ciudad.

Esta disposición de integrar y aceptar las diferencias sociales y físicas permitía que vecinas acomodadas o no, en las mañanas, cuando salían a barrer sus veredas, se saludaran por sus nombres, compartiendo las novedades. Barrio con viviendas sencillas, pero también

patrimoniales que aún pueden observarse junto a aquellas mansiones ubicadas en distintos sectores de las calles Gorostiaga, Pedro Lagos, Wilson, incluido el final del Morro en la llamada “calle Aníbal Pinto Viejo”, hoy Ingeniero Hyatt, que muy acortada y medio oculta se sitúa detrás de Aníbal Pinto entre Wilson y Grumete Bolados, antes llamada Zegers Viejo.

Estos cambios tan profundos fueron ligados a la llegada de las maderas que venían en los lastres de los navíos salitreros, y que fueron vendidas posteriormente en las primeras barracas. Estas definitivamente permitieron que las maderas y calaminas reemplazaran a los techos de conchuelas, cambios que hicieron desaparecer a las últimas construcciones coloniales a base de estructuras de rocas, costra y barro. Este conjunto de innovaciones, en términos de integración de familias desiguales, ocurridas en El Morro, no se repitió posteriormente cuando el centro de Iquique es sometido a un programa urbano cuyo mejor modelo lo fue la calle Baquedano donde vivieron exclusivamente sólo las familias más acomodadas de ascendencia europea, chilena y peruana durante el pleno auge salitrero.

El Morro guardaba para sí, además, el patrimonio de sus gentes y de su espacio costeño. Del mismo modo como el Club operó, antes y hoy, como un eje de todo lo que sucedía junto con sus ramas deportivas, la vida social se compartía en las playas desde la “Poza de los Caballos”, junto al ex regimiento Salvo, después llamado Dolores; la “Bellavista”, la “Embancada” con su “ponchera”, un depósito lleno de desagües que nunca nos provocaron alguna tifoidea; la “Poza de Los Calatos”, donde aprendían los niños(as) a nadar y, luego, algo más alejado, el peligroso “Correntón de los Ahogados”, que daba lugar a que los mejores nadadores del Morro sacaran a quienes se ahogaban con el beneplácito elocuente de Mario Martínez, el encargado de los Baños. Era obvio que no eran de aquí, ya que sabíamos que allí nadie debía meterse. Luego se daba paso a la animita del finadito Vivanco, tan bien cuidada por los Vergara, diciéndose que aparecía en un caballo blanco, ya muy cerca de la “Poza Bulnes”, cuyas almejas marcaban el fin del Morro de nuestro tiempo.

Es que no faltaban los eventos incluyentes como los festejos con los primeros Pick up, prestados por Sixto Taberna para bailar en nues-

tros “malones”, de donde proviene esa “ponchera” de vino blanco con frutas tan inolvidable, sumado a los carnavales, los ensayos del baile promesante de Los Morenos, donde practicaba la amiga Chela, hija de un gran pescador. Todos(as) fuimos adictos a esas largas conversaciones en las playas, porque definitivamente no fueron indispensables las plazas: hasta ahora no existen. También ciertas operaciones domésticas eran gratas en lugares siempre cercanos para comprar el pan, las verduras y, sobre todo, alcanzar a los almacenes de los vecinos chinos, casi en cada esquina, donde se aprendió de su gran generosidad al aceptar las compras diarias con una libreta donde se anotaba con su valor aquello que debía pagarse a fin de mes. De sus descendientes guardamos un recuerdo especial: Olga y su mirada interminable, y el Profesor y gran amigo, Arnoldo Yong, que al final de su vida escribió un bello libro sobre El Morro.

Además, estaba siempre viva la querida esquina de la familia Terraza por la célebre “Boliviana,” que, por contar con un permiso para la venta de vino, se transformó en un “ancla” muy importante, en especial en el comienzo de las mañanas. Pero, si alguien quería algo más, había otra esquina más arriba, a cargo de la “Chica Nelly”, que era un bar formal, de esos con puertas batientes donde se escucharon los relatos morrinos más elocuentes. También se recordaba allí la costumbre que tenía el “Caturro”, de ir con su “patota” a la galería del cine Municipal e interactuar muy atento con la película a la espera del momento preciso cuando desde la pantalla alguien decía algo que él podía responder. Ocurrió que una bella mujer preguntó: “amor, dónde estás” y “Caturro” respondió a toda voz: “aquí mijita”, con el aplauso de toda la concurrencia...

Tiempos de calles sin vehículos frente a las casas por donde pasaba uno de vez en cuando, y de repente aparece allí una carreta con un burro con pantalones del morrino “Chiricaco”. Por cierto, no se conocían los arrebatos callejeros, estos se resolvían en la playa “a mano limpia”, y cuando la escasez nos alcanzó con las banderas negras, de nuevo el mar estuvo a nuestro lado, siempre tan generoso, hasta que los caracoles fueron colectados por niños(as) y sus madres que los transformaban en platos deliciosos. No se conocían los robos, porque las casas tenían puertas que se abrían tirando de un cordelillo desde

afuera... Pero llegó el tiempo en que el barrio se fue quedando algo chico y cuando se aprobó la construcción del Liceo de Niñas, todo ese espacio fue expropiado. Allí vivían familias modestas que tuvieron que salir ante la consternación de sus vecinos de la manzana del frente, donde estaba la familia de los Dávila, que tanto ha aportado a este barrio y que no ha olvidado este episodio. De ellos recordamos a nuestro amigo, el Prof. Guillermo Dávila, con quien compartimos y admiramos esa vida entre todos tan solidaria sin diferencias. No dejábamos de evocar los triunfos del Club, los carnavales, la iglesia donde asistíamos al mes de María junto a las amigas, y los inolvidables ensayos del baile Moreno. Se sabe muy poco del rol del Morro en torno a la Tirana, pero allí está en las manos de la “Chinita” la albacora de plata dejada por nuestros arponeadores. Al respecto los vecinos antiguos comentaban que, durante el año 1965, la sabia labor conciliadora de don Pedro Dávila Arcos, tío de Gilberto, creó la Federación de Bailes Religiosos de la Tirana, con sede en Iquique, redactando las bases de su reglamento y estatutos.

Pero también habría que estudiar en esos liceos de “niñas” y “hombres”, apegados al Morro, los que fueron importantes para aquellos(as) jóvenes del barrio que aspirábamos a más, abriéndose espacio con talento hacia las universidades o las Escuelas Normales, mientras que más abajo por Zegers estaba la Escuela Primaria N°3, donde poner atención a las clases era tarea algo complicada, porque el sonido del mar llegaba hasta allí y no era fácil aprender a leer pensando que el verano estaba casi al lado. Aunque esta escuela ya no existe, los relatos de su exalumno, el antropólogo Iván Vera-Pinto, la recuerdan con el afecto formativo y barrial, al punto que desde allí surgieron varios alumnos que alcanzaron el Liceo al que, para llegar a la hora, nos íbamos por las playas hasta la poza Bulnes y de allí sólo nos separaban dos cuadras. Después volvíamos a nuestras playas, pero esta vez para preparar el Bachillerato con la Universidad en la mente, sabiendo que desde Santiago echaríamos de menos el barrio-mar donde nos habíamos criado.

VI.4. CERCA DEL MAR DURANTE NUESTRA JUVENTUD MORRINA

Desde chicos aprendimos a ver el mar para saber dónde pescar y bañarnos, pero, además, donde estaban los locos, las almejas, lapas y erizos. Pero mejor aún aquella de traje de baño azul... Ya profesional y acompañado de un profesor que decía descender de los Changos, una vez nos comentó que para saber cuándo hay que mariscar se debe tener buen olfato... Se trata de captar el momento en que ocurre una marea muy baja que haga posible un marisqueo excepcional. Nos decía que entonces se puede sentir el olor a “luche” (una deliciosa alga comestible), porque el sol está calentando tanto a estas algas que sale un fluido, señal inequívoca que los mariscos han quedado muy al descubierto a raíz de un notable descenso del nivel del mar (L. Álvarez, comunicación personal). En El Morro lo hacíamos de otra manera. Había un bajarío rocoso, siempre oculto, que cuando aparecía era una señal que la baja era de las buenas.

Es cierto, éramos todos mariscadores y pescadores en nuestra costa, pasando desde la lienza al nylon, del carrete de un tarro vacío al torneado de madera y del lanzamiento a mano a las cañas encargadas en los valles cercanos para obviar las trabas que nos quitaban el sueño. Los más audaces transitamos a los equipos modernos con arpones, primero de un elástico y luego de dos, con los primeros trajes anti frío, espolvoreados con mucho talco para ponérselos bajo la enseñanza del maestro Oscar Varela.

El barrio comenzó a operar como si fuera nuestra caleta, porque sabíamos dónde teníamos que ubicarnos para sacar mariscos y pescados, para la alegría de nuestras madres, pero también para venderlos y comprar nuestros primeros cigarrillos. Aunque de vez en cuando salíamos en bote a las cabinzas, junto a las “chatas” (barcazas-viviendas) del Colorado, u otras veces al garabateo de sardinas españolas cuando entraban a ese muelle. Fue allí cuando recordé un relato antiguo, al parecer de origen prehispánico: *Los pescadores de esa caleta solían disponer a sus hijos en el agua junto al muelle, bien atados cada uno a un par de vejigas de lobos inflados para que aprendieran solos a nadar* (F.H.

Humberstone, comunicación personal). Después supe que en tiempos prehispánicos los arponeadores hacían lo mismo, pero esa vez para que la cabecera con la punta lítica, ya penetrada, resistiese los aleteos de su presa, con la ayuda de un ingenio flotante que actuaba como una boya pequeña.

También íbamos a la pesca de las anguilas y cabrillas, muy sentados en las escalinatas del Muelle de Pasajeros. Definitivamente, nos criamos junto a los chopos, carretes, anzuelos y plomadas obtenidas de las cañerías de plomo dadas de baja de los servicios higiénicos, y cuando éramos más niños utilizábamos aún los tubos de pasta de dientes, que eran como de una platina gruesa. Allí en la playa veíamos a las señoras del Morro en las pozas limpiando sus pescados “para la olla”, y a los niños que podían tener unos diez años, al igual que nosotros, como se les enseñaba hacer anzuelos con alfileres doblados... edad en que los viejos morrinos nos mostraban como nadaban los perros para que nosotros hiciéramos lo mismo. Era fácil: patear con las piernas y, a diferencia de los perros, sacar los brazos para avanzar, manteniendo la cabeza afuera para respirar, y de allí alcanzar el estilo morrino para mirar abajo y poder ver alguna lapa negra. Se trataba de observar qué hay abajo y sacar la cabeza lo menos posible para tomar el aire. En la medida que crecíamos, sabíamos que teníamos la Bellavista a nuestra disposición para nadar y tirarnos de la “Puntiaguda” o la “Cuadrada”, incluyendo el capeo de olas en la “Embancada”, hasta lograr nuestra máxima consagración con el nado entre ambas playas, señal que no todos lográbamos, pero que lo vimos como un acto de plena audacia. Ni hablar de la travesía entre Cavancha y el Morro, que la hacían sólo los nadadores más famosos de Iquique. Se lanzaban desde el muelle de los pescadores de Cavancha y fue precisamente en la primera competencia del año 1980 cuando el morrino, Juan Belmar, llegó primero por la playa Embancada, junto a la Bellavista, rodeado de sus admiradores entre adolescentes y adultos, que hasta ahora son partes importantes de las ramas deportivas de nuestro Club.

Pero sucedieron ciertos hechos derivados y simbólicos, que le dieron fuerza a los objetivos de nuestro Club Deportivo, porque Pedrito (“Chato”) Faúndez no sólo fue la eterna “viuda” de nuestros carna-

vales, que ya venían del tiempo del Perú, sino por destacar nuestra relación con el mar al consagrarse como el nadador más rápido que haya pasado por El Morro. Demostró que el estilo libre (crol / crawl) consistía en avanzar braceando varios metros sin respirar, con la cabeza hacia abajo y sacarla sólo para un respiro muy rápido. No sólo le ganó por toque de mano al otro gran velocista de la Academia, Bernardo Solari, sino que llegó a ser el más veloz de Chile. Cuando se le preguntó por ese estilo tan peculiar, se dice que respondió algo así: *En El Morro cuando nadamos, buscando las “huatacas” de mariscos, teníamos que ver bien donde están y, de paso, esquivar los erizos negros y rojos para no clavarnos y para eso lo mejor era tener lo más tiempo posible la mirada al fondo, sin sacarla a cada rato.* La palabra “HUATAca” era para nosotros equivalente a un bajarío con mariscos “escondidos”, que estaban allí esperándonos, y cuando le preguntamos su significado a un viejo mariscador, nos dijo: “Si vas a la quebrada de HUATAcondo, mírala bien: está escondida” ... (O. Varela, comunicación personal).

No podemos dejar de recordar en esa misma piscina a nuestros waterpolistas que salían todos “arañados”, pero campeones con tantos trofeos que allí están a la vista, y a ese arquero Daniel Miranda (“Indio Huiro”) que no dejó pasar ni el viento... ni a las albacoras: era arponeador, pescador y mariscador excepcional. Obviamente, que su hijo fue también un gran arquero, pero de fútbol (H. González, comunicación personal). Al mismo tiempo que nuestro atleta, Ariel Standen, se preparaba todos los días en las mañanas hasta ser uno de los mejores del mundo junto a sus trofeos que nos honran. Y como si estos ejemplos fueran pocos, los pescadores artesanales de Iquique y de otras caletas cercanas lograron tal versatilidad en la creación de un lenguaje propio, derivado de sus labores cotidianas, que fueron recopilados en un libro voluminoso como un claro testimonio que han estado aquí por mucho tiempo junto a su querida “Maruja” (mar) (Van Kessel 1986).

En relación a este tema recordamos que cuando vimos por primera vez la colección arqueológica del farmacéutico cercano, Ancker Nielsen, de la “Danesa”, rescatada desde estas caletas, descubrimos que nuestros pescadores y mariscadores del barrio manejaban varios de estos instrumentos, pero más adaptados: lienzas, anzuelos, chopes,

pesas, chispas, garabateadores, largos porta arpones cilíndricos para peces mayores, con “flechas” metálicas y roles similares a aquellos con puntas líticas del pasado. Se suman los arpones para peces menores de distintas clases, remos como los actuales, flotadores de vejigas de lobos, tridentes como las poteras prehispánicas, pero con anzuelos unidos y bolsas de red. En fin, nuestras observaciones fueron obvias. Todo aquello arqueológico era muy similar a lo de nuestros pescadores mayores que alcanzamos a conocer en El Morro y, por cierto, en una escala menor obvia con los artefactos que usábamos nosotros. Los “chopes” de huesos prehispánicos, como los nuestros de metal, tenían el teñido morado en sus extremos como huellas directas de su uso en el desconche del loco.



Implementos de los mariscadores.

Mariscador actual usando un cuchillo durante sus faenas (Fuente: Anónima), junto a cuchillos con hojas líticas y mangos de madera de pescadores y mariscadores prehispánicos (Fuente: MCHAP y MRIQ). Utensilios de los mariscadores de orillas. **A:** Chope de hueso enmangado prehispánico (Museo de Azapa). **B:** Chope de hierro actual (Fuente: Anónimo). **C:** Chinguillo actual (Fuente: Anónimo). **D:** Pulpero actual (Fuente: Mi arropa.com).

Desde esas tempranas observaciones comenzamos a valorar todo aquello que se nos enseñaba, principalmente cómo había sido en el pasado la vida de los indígenas costeños y de los más cercanos al Morro, poniendo nuestra atención en los adultos de nuestro tiempo. Fue así que aprendimos de los Vergara, del final de la calle Bulnes, a pescar “roncachos” en la noche, y del “Cojo” Catalán sacar almejas en la Poza Bulnes, con una roca como fondeadero, atada a una soga para sujetarse, y con la otra mano para sacarlas. De Néstor Carvajal

aprendimos que cada pulpo tiene su “casa” (cueva) y que cuando no se puede sacar con el pulpero es mejor meter la mano, aunque los tentáculos alcancen el hombro. En este caso se debe darle rápidamente “la vuelta al gorro” para evitar la mordedura de su boca que es como un “pico de loro”, sin olvidar que esa cueva será de nuevo ocupada. Nos decían que era bueno “enguarar” primero en los pequeños acantilados entre la Bellavista y el ex Regimiento, esto es tirar al sector de pesca “chícora” medio molida y luego nuestros anzuelos con carnada... siempre auscultando cómo viene la mar para planear nuestro próximo acercamiento.

Fue en la misma Bellavista cuando aprendimos que por los veranos ocurrían las varazones de pescados, ya que una “pajarada” diversa, cada cual con su función, comenzó a acercarse. Eran los “piqueiros” con llegadas a las profundidades donde estaba la mancha de “chícora” (sardinas), luego se lanzaban los “guajaches” (pelicanos) a menos profundidad, pero con una “bolsa” bajo el pico muy llena, que los obligaba a detenerse un tiempo para procesarla, y luego insistir en sus banquetes. Se veían poco los patos “lilas”, porque eran como submarinos que atacaban largo tiempo bajo la superficie, y las gaviotas que por no saber profundizarse comían los restos superficiales de los atacantes. Era, por cierto, también una fiesta para los peces voraces, lobos y “chungungos”, y cuando todas estas fuerzas ya tenían a la mancha encerrada en la Bellavista, vimos a los mayores del barrio, como en los viejos tiempos, sacar sus lienzas con una plomada liviana adelante y algo más atrás un tridente, es decir, tres anzuelos grandes atados para enganchar a estas grandes presas atareadas con la “mancha”. Tal como se hacía en tiempos prehispánicos con las poteras, con tres huesos afilados apuntados hacia atrás, cumpliendo los mismos fines. Hasta que entraron los jureles que son los que le pierden el miedo a la orilla, y atacaban tanto que con las olas pequeñas quedaban aleteando en la arena junto a las “chícoras”. Era el momento en que las familias morrinas eran testigo de esta bonanza casi religiosa, introduciéndose en la playa entre el agua y la arena a recoger jureles con la mano. Alguien dijo que cuando ocurría esto, antes de ahora, se preparaban comidas colectivas en la playa, con

combustible a base de huiros secos. Se ha leído que cuando esto ocurría antes, debió ser la causa de grandes festines y secados y salados de tantas presas disponibles en un corto tiempo.

Entonces por esos años sabíamos que el mar no sólo era bueno para nadar. Que existían bajos o roqueríos “ahogados”, cercanos a la embancada, que comenzaban a cubrirse con las arenas del piso que ascendían, y los locos se pegaban para salvarse en la parte más alta. Era allí donde los despegábamos casi sin esfuerzo, siempre escuchando comentarios de los más informados que decían que si no se tocan, se les acaba la roca y se pegan entre sí, formando bolones que se varan en la playa y allí uno los recoge... O aquel que expuso otra técnica antigua de llegar allí con una piedra y golpear el “bajo” para que los locos se desprendan, aunque sabíamos que una vez en peligro se sujetan con más fuerza... Ciertamente, eran tiempos en que todavía se advertía cierta reminiscencia de faenas que vendrían de los costeños antiguos, que nos sorprendían por la seguridad con que se aplicaban como todo conocimiento antes probado. Hasta que un día bajamos corriendo a la punta de la Embancada donde se habían visto capachos grandes de peces que ahora no suelen merodear tan mar afuera. Allí llegó uno de los Echiburú, un vecino con vista al mar, provisto de un arpón de los albacoreros, y desde la punta del roquerío trataba de clavarlo como un acto casi habitual: “Antes esto ocurría y así se hacía”, fue su breve comentario.

Durante estos recorridos nunca vimos mujeres pescando o mariscando, salvo sacando “machas” en Playa Brava, pero asumimos que antes sí ocurría, porque todos admiramos a la madre de nuestro amigo Andrés Véliz, que lo sabía hacer mejor que nosotros, de la misma manera como no recordamos haber visto a algún hombre preparando un “chupín” de congrio como nuestras madres. El congrio “colorado” era el mejor, bien atrapado con un método ingenioso: primero se ordenaban las “varillas” con cientos de anzuelos con sus carnadas y plomadas, luego “calaban” estos “espineles” en profundidad cerca de los roqueríos donde “vivían escondidos”, porque se alimentaban de noche. Al otro día se levantaban los espineles y las sartas ya estaban a la venta a lo largo del barrio, no sólo para el frito con arroz sino más bien para esos famosos caldillos con sus cabezas

completas. Es que el rol y prestigio de las mujeres en El Morro fue creciendo, al punto que por el año 1953 las principales iniciativas del Club deportivo venían de sus funciones directivas y actualmente en términos deportivos son imparables.

En verdad, las comidas ocurrían obviamente en las casas, pero en nuestros tiempos había sobrevivencias de prácticas antiguas como comer en las playas sin el utillaje casero, a modo de eventos excepcionales que se realizaban hasta no hace mucho. Debíamos socavar la arena y allí en el fondo preparar un fuego con huiro blanco y seco, que era mejor que la leña, hasta armar una camada de brazas. Se depositaba allí un pescado grande sin esqueleto, debidamente sazonado y envuelto, rodeado de calor por todos sus lados, quedando el foso sellado y cubierto de arena hasta el momento de la excavación y el comienzo de una cena nocturna estirada y conversada.

Pero entre estas comidas tradicionales de antigua data, la que más se acercaría a un festín prehispánico medio ritualizado, lo era y es el “perol”, que está casi extinto. Por alguna causa que desconocemos, quizás por un mar muy “echado”, los vecinos más ancianos del barrio con hábitos recolectores, ya sentados en torno a la piedra del “perol”, con una depresión en el roquerío como un gran lavatorio natural, ubicado a la izquierda de los Baños, hacían circular la noticia. A su alrededor esperábamos sus instrucciones: los chicos a las almejas y caracoles grandes, los más crecidos a los locos y lapas, los mayores a los erizos y los piures... y así según sus costumbres. Cada uno con su bolsa tradicional, hecha de un saco harinero desechado, puesta adelante a la altura de la cintura, con el “chope” en la mano como era usual. Se ponía en un extremo del saco una piedra fija amarrada con un cordelillo que, pasando por la cintura, se unía al otro extremo con otra piedra atada, pero esta vez el nudo era corredizo para tirarlo, de modo que el saco cargado podría desprenderse fácilmente en caso de emergencia o para colocar los mariscos en una poza y, previo descanso, volver a la acción. Al final, lo recolectado se entregaba a los mayores y, de paso, un calentón apegado a las rocas para pasar el frío.

Para preparar el “perol”, primero se limpiaba la roca, se desconchaba y se lavaba lo recolectado, cortando los mariscos en trozos y colocándolos allí junto a mucho limón y otros “menjunjes” que los vecinos

traían junto al bolso con el pan y buen vino. Los más chicos recibían su parte en una gran concha de loco y se iban con su porción. Los más grandes permanecíamos allí rodeándolos junto a sus relatos.



Uno de los últimos “peroles” tradicionales en El Morro por el año 1987.

A: Los vecinos mayores junto a los jóvenes proveedores en torno a la roca que contiene los mariscos ya preparados. **B:** Sirviendo el perol en conchas de “locos” (Fuentes: F. Gedda).

Hubo uno que nos marcó cuando hablaron de aquel pulpo gigante que nos debía asustar, ya que solía mostrarse de vez en cuando desde el “correntón del buque varado”, situado a la izquierda de la roca del “perol”. Era un encuentro para comer y escuchar sagas que se perdían en el tiempo entre verdades y agregados, pero que habían ocurrido como la de aquel pescador que abrumado por causas desconocidas se sentó en el bar de la “Chica Nelly” junto a un paquete medio azulado, que resultó ser una carga de dinamita. Aquellos de las otras mesas lo molestaban por su silencio y sus ansias de estar solo, hasta que pagó y salió caminando con su rostro convencido. Al rato se escuchó una fuerte detonación frente al “Correntón de los Ahogados”. Los pescadores del bar alcanzaron a llegar allí corriendo y lo recogieron ya hecho pedazos. Cuando llegó el momento de enterrarlo, acordaron que más valía la pena comprar un ataúd chiquito para niños... Es que la idea de la muerte no se planteaba como algo patético, más bien como entrar al mar y no salir, algo así como que los muertos están vivos, tal como ocurrió con Ricardo Castillo (“Periquín”), un morrino de goletas, que por su parecido a Charles Bronson solía imitarlo a la perfección, con sus vestimentas y todo, a través de sus apariciones protagónicas entre copas, como ocurrió una vez en el famoso restaurante morrino el “Wagón”. Cuando murió, su cuerpo quedó en manos de sus amigos, y su ataúd siempre abierto

fue puesto en el medio de su calle Covadonga, con accesos cerrados, y se le daba de beber de su vino favorito, lo que fue una celebración colectiva e interminable.

Actualmente, las prácticas de pesca y recolección de mariscos han evolucionado con equipos más sofisticados en embarcaciones con motores fuera de borda hacia aguas más adentro, con buceos con aire comprimido en bajaríos más profundos donde no llegó el recolector de las orillas. Se sumaron los equipos de buceo a resuello para la pesca con arpones modernos. El cambio fue elocuente. Estábamos en la Bellavista cuando el precursor “hombre-rana” del Morro, Oscar Varela, probó su primer equipo, décadas atrás, saliendo de la mar caminando con máscara, cinturón de plomo, el traje de goma, “gualletas” puestas, pero lo más impactante, con su fusil acompañado de dos hermosos pejeperros. De inmediato, como una aparición se le vio rodeado de los niños que lo tocaban como si fuera Neptuno... Por esos tiempos, José Fernández, el primer Ingeniero de Pesca morrino, encariñado con el mar, navegaba un tiempo en su propio falucho, pero ahora nada y caza mar adentro, mucho mejor que cuando camina.

Con estos recuerdos modernos entre el fusil con doble elástico y luego con aire comprimido, nos llamaba la atención que en ciertos momentos habíamos advertido acciones tradicionales que venían desde atrás. El “chope” había sobrevivido a pesar de que el marisqueo a la “marizuela” o desde las playas, pasaba a ser un acto casi extinto. Hoy abundan más los recolectores de algas y mucho tememos que ya hay sectores sin esa vegetación que alberga y alimenta tanto a peces como mariscos. Sin embargo, no faltan los mariscadores tradicionales aislados a quienes, lejos de las ciudades, se les ve agachados tocando debajo de los cabezales de los huiros para detectar un buen marisco, ya que ese es el lugar donde crecen y por algo se les llama “maternidades”. Ellos representan a los últimos que antes constituían un extraño oficio estrictamente individual. Hace varias décadas era posible observar a aquellos mariscadores solitarios que cargaban un canasto paltero cilíndrico, sujetado a los hombros desde la espalda como una mochila. Portaban junto con el pan y el agua: “chope”, “pulpero” (varilla con anzuelo soldado), lienza con “chispa” lograda de una concha brillante como las prehispánicas para los lenguados,

una “parada” para los tomoyos y chasques más caseros, unas “machas” de carnadas y un saco harinero para acarrear los mariscos al canasto. Salían del Morro a las caletas cercanas del sur caminando y siempre mirando cómo viene la “baja” de mar, hasta elegir dónde detenerse y asomarse a ver qué recursos estarían disponibles. Ya en acción, con el saco a la cintura y las alpargatas para caminar bien sobre rocas y erizos, entraban en los roqueríos. Aquellos que, cuando niños, se acostumbraron a caminar a “pata pelá” lo hacían así. Es cierto, cuando chicos admiramos a algunos de nuestros pares cómo podían correr sobre las rocas sin zapatos ni alpargatas.

De nuestras conversaciones se desprendía que ellos, los expertos, junto con mirar cómo estaba la “baja”, sabían dónde se encontraban los mariscos y como ejemplo hundían las manos en la arena donde palpaban los restos de conchas de almejas, porque sus ojos estaban en sus manos para detectar las mejores. Esta capacidad sensorial la advertimos con José Fernández, cuando nos llevó a observar un caso excepcional. Había no lejos de Iquique un mariscador ciego que vivía al interior de una pirca y fue allí donde nos explicó como lo hacía: “... primero escuchar la mar”, y lo vimos cómo se tomó de un alambre que lo conducía a su playa. Allí se movía a discreción y tocaba las rocas como si tuviera un mapa mental definido. Efectivamente, volvió con el chope en mano y su bolsa con locos a la cintura, y nos dijo: “... tengo allí unos bajaríos aguachados...”

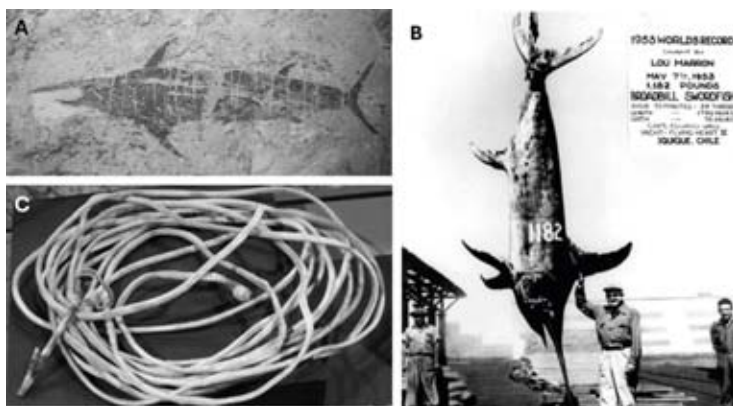
Por ese mismo tiempo observamos a un mariscador cazador de pejesapos, los que pueden apegarse a las rocas fuera del mar. Parece que aplicaba una técnica antigua, puesto que no utilizaba un gran anzuelo envarillado para atraparlo. Decía que a veces se pegaban demasiado y su presa terminaba muy dañada por los ensartes de ese instrumento. Lo que hacía era acercarse en silencio: “porque ellos oyen muy bien”, y colocaba una bolsa-red circular pequeña unida a una varilla larga (“chinguillo”) abajo del pejesapo durante la baja en calma “chicha”, y en absoluto silencio ponía este ingenio bajo el pez anfibio, dándole un golpecito a la roca, lo que motivaba su desprendimiento para quedar capturado vivo sin daño alguno y “bien presentado”. Estos mariscadores antes volvían a sus casas morrinas

con su canasto a la espalda de la misma manera como los antepasados prehispánicos lo hacían con los capachos a la espalda suspendidos con una huincha, esta vez desde la frente.

Por otra parte, siempre nos llamó la atención una pesca que también parece provenir de tiempos similares, toda vez que se aplica desde la playa con o sin apoyo de embarcaciones cuando las condiciones son favorables y los peces se alimentan de las “pulgas de mar” u otras variedades apegadas al litoral. Se trata de la técnica “chinchorro”, aplicada hasta tiempos coloniales e, incluso, actuales (Núñez 1986). Hay una gráfica colonial donde se observa que entre dos balsas de madera se sostiene paralelamente una red. Avanzan hasta la captura y de allí giran hacia la orilla donde varan la balsa con la ayuda de asistentes en la playa para proceder a recoger la pesca. Se dice, en Antofagasta, que también se lograba esta captura llevando la red a nado para el encierre, girando hacia la playa. Fue y es una pesca de amplia distribución en Arica, si es que no se le llamó así por su popularidad observada allí en la playa del mismo nombre. No hace mucho, fue común en el Colorado de Iquique, Antofagasta y tantas otras playas recordadas también por los pescadores ancianos del Morro. Era muy impresionante ver tantos pescados atrapados en la red, tirada en sus dos extremos desde la orilla, revoloteando en la arena.

Siempre había alguien que nos enseñaba algo que venía de tiempos pasados. Sucedió que cuando pasábamos por las playas y roqueríos se nos acercó un morrino de “tomo y lomo” y nos dijo que, si teníamos hambre, por qué no comíamos los locos que recién habíamos sacado... Lo miramos como enojados por lo insólito, recordando el amargo de la cubierta negra. Nos convenció y el mismo lo hizo para enseñarnos: desconchó un “pata de burro”, así llamado por ser de los grandes, y le sacó la pelotita con la tinta, y la cutícula dura de atrás, luego lo remojó en el mar y lo revolcó en sus manos llenas de arena, y nos dijo más o menos: *... ahora sigan conversando y yo seguiré sobando, pero iré una o dos veces al mar, lo remojaré y le sacaré con la arena lo negro, y lo volveré a sobar con arena limpia, y ya blanquito y blando me lo comeré.* Y así fue, y lo hicimos de inmediato seguros que antes fue común hacerlo durante las labores costeras, y nos preguntábamos cuántos relatos se estarían perdiendo desde estos conocimientos cercanos al olvido total.

Nuestras generaciones se criaron en El Morro bajo estos conocimientos que nos inquietaban y buscábamos aquellos relatos de nuestros vecinos cuando describían la épica de la caza de las albacoras. Sabíamos que venía la temporada, porque llegaba a nuestras casas un sonido particular desde el borde mar cuando se ponían unos carritos con manivelas opuestas, atadas a las “celásticas” para torcerlas hasta lograr un cordel tan bien preparado como que era para la caza del pez más grande comestible de los conocidos. Es que, tal vez, como nos costaba saber cómo se lograba esta proeza, todo lo que sucedía en su entorno era de nuestro interés. Algo así como la pesca que nunca podríamos ver ni menos hacer. Por lo mismo todos sus detalles eran relevantes desde estos cordeles hechos a mano, como antes, y todo lo que vendría ya aplicado en el momento de arponear. Las albacoras no solamente se cazaban por su precio, prestigio y como bocado, sino también por la hazaña de hacerlo, al punto que fueron ritualizadas en pinturas rupestres prehispánicas (Berenguer 2008) y privilegiadas en torneos internacionales y hoy entre los pescadores es su presa favorita, aunque ya no usan las cuerdas de cuero. Fue tal su prestigio que le ofrendaron a la virgen de La Tirana una albacorita de plata, dispuesta en su mano...



La mayor presa de todos los tiempos.

A: Pictografía prehispánica de albacora ubicada en quebrada Amarga, río Loa inferior (F. Fernández, en Berenguer 2008). **B:** Albacora pescada en Iquique por Louis Marron en el año 1953 (record mundial), acompañado de su guía, el experto morrino Gustavo Ceballos (Fuente: Revista www.bigfish.mx). **C:** Rollo de cuero de lobo usado para el arponeo prehispánico de grandes presas, con arpón de cobre (Fuente: MCHAP).

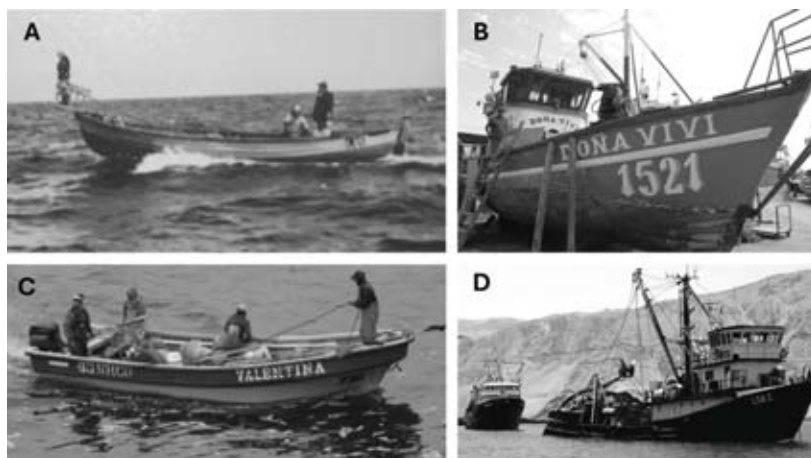
De paso, les dieron jerarquía, primero a aquellos que sabían arponearlas desde las balsas, luego haciéndolo con los cachuchos o embarcaciones pequeñas con un arponeador y el otro remador. Eran tiempos cuando varios cachuchos salían juntos y se organizaban quién era el primero en interceptarlas y así hasta volver cada uno con su presa (R. Bolados, comunicación personal). Durante la guerra del Pacífico se observó que las balsas ya no se usaban, siendo reemplazadas precisamente por estos ingenios de madera (Vidal 1880).

Luego, con más ventas de pescados se procedió a cambiar los cachuchos de doble proa por embarcaciones mayores que, manteniendo el formato, esta vez lo eran los llamados faluchos, más grandes, entre 7 a 10 m, oportunidad en que los remos dejaron de ser primordiales por la incorporación del motor. Fue una invención radical y de bajo costo, aplicada entre los años 1930-1940, cuando se adaptaron los motores bencineros desechados de los autos Ford-T, y de los petroleros Scandia, que partían con el encendido de un “puro”, haciendo girar un eje unido a la hélice. Se habían logrado maniobras excepcionales, ya que se dispuso de un timón trasero bajo una “caña” horizontal, con dos cordeles atados, cada uno en sus extremos, que les permitían virar a discreción. Continúan en uso con un espacio en la proa para los implementos de fondeo y la cordelería aplicada en los arponeos, y más atrás un espacio para los equipos de pesca, tapado con tablas. En el centro había un compartimento mayor abierto para la carga capturada, al tanto que al final estaba ubicado el motor junto al estanque del combustible, aunque después se le introdujo un espacio para recostar a sólo dos personas. Recién, por el año 1960, en algunos casos se les agregó en la proa un “tangón” para facilitar el arponeo (J. Fernández, comunicación personal).

Desde estos faluchos aún asociados a la pesca artesanal se ampliaron las labores del arponeo de albacoras, paralelo al uso de redes envolventes para los peces en manchas (“morados”), con el apoyo de una “panga” de remolque. También se mantuvo el calado de “espineles” con sus varillas y múltiples anzuelos con carnada para la captura de los congrios. No faltó también la pesca a mano con anzuelos para los atunes, sin faltar de lograr “chinguilladas” de “chícoras” para “carnadas”, perdiéndose en las memorias cuando desde los “cachu-

chos” se lanzaban “potitos de dinamita” a las “chícoras” recogidas en grandes “chinguillos”, práctica abandonada una vez que se explicó que, aunque fueran cargas mínimas, afectaban en general a la fauna marina. No faltó, además, el traslado de mariscadores a las caletas alejadas de Iquique para ampliar sus labores recolectoras.

Después de la década de los 60, las innovaciones fueron muy radicales con el incremento de goletas modernas que superaron a las embarcaciones de madera más tradicionales. Porque habían comenzado las aplicaciones semi industriales donde la pesca artesanal fue quedando atrás (O. Varela, comunicación personal). Sin embargo, ahora los pescadores y mariscadores mantienen sus roles a su escala para optimizar sus labores, esta vez con motores fuera de borda, tratando de lograr principalmente los fondos necesarios para adquirir las embarcaciones de fibra, mejores de las confeccionadas en madera, conciliando tradición con la eficiencia de estos tiempos.

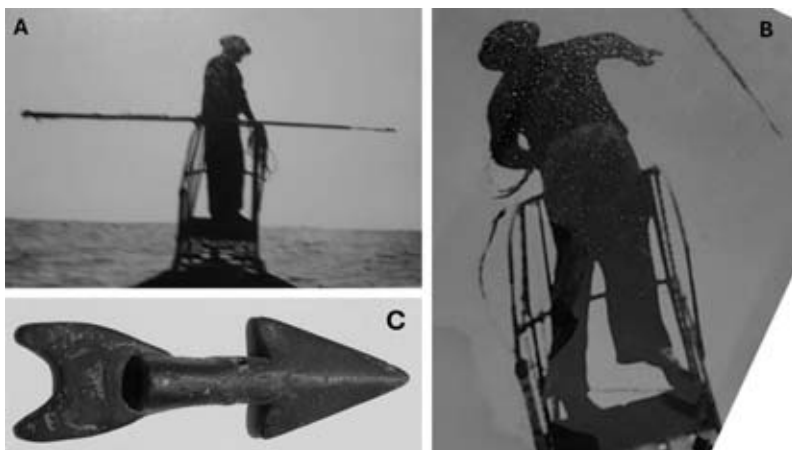


Embarcaciones más avanzadas.

A: “Falucho” pesquero artesanal con motor adaptado de los Ford-T desechados, con timón y los primeros tangones de proa para arponeo (Fuente: J. Fernández). **B:** “Falucho” posterior más ampliado con caseta (Fuente: L. Núñez). **C:** Reciente embarcación pesquera con motor fuera de borda y casco de fibra de vidrio. **D:** Goletas modernas de pesca industrial (Fuente: Anónimo).

Ciertamente, sucedió algo trascendente que perduró con los faluchos, como lo fue la caza de la albacora con procedimientos tradicionales: un porta arpón compuesto de un largo madero de sección circular

con un fierro saliente cilíndrico en su extremo donde se introduce una punta metálica o “flecha” con salientes laterales para evitar el desprendimiento de la presa, recordando soluciones similares del pasado prehispánico para un buen atrapado sin “destrabe”. De este penetrador metálico o “flecha” sale apegado un cordón metálico fino que se une al cordel que salía expedito del rollo bien arreglado, situado en la división o “cajón” de proa, mientras la albacora herida por fin es “abracada” a la embarcación. Desde lejos y con la mirada desde la proa o desde el pontón agregado como un puente sobre el mar, era posible auscultar mejor el capacho mayor elegido: ... *hacia allí se orientaba el falucho a toda máquina, luego en silencio con la virada del motor apagado hasta lanzar el arpón de modo que la “flecha” penetre atrás de la cabeza sin matarla para que no se vaya a pique, y con mucho cuidado proceder al desenrolle del cordel de celástica que llega a calentarse con la rápida oposición del pez arponeado* (R. Bolados, comunicación personal). La relación con la misma operación prehispánica se observa entre los pescadores artesanales de hoy, a base de un arpón arrojadizo que empuja a la “flecha” de cobre o bronce para que penetre en el pez, mientras que el asta o porta “flecha” permanece flotando junto a la embarcación.



Arponeando albacoras.

A: René Bolado, experto del Morro, observando desde el tangón el mejor capacho para orientar el falucho (Fuente: J. Fernández). **B:** Lanzando el porta arpón con la “flecha” en su extremo (Fuente: J. Fernández y R. Bolado). **C:** La “flecha” de cobre va unida al cordel para recoger la presa (Fuente: L. Núñez).

En el caso de la cacería prehispánica se aplica también un largo madero cilíndrico que en su extremo distal presenta esta vez un hueco donde se inserta una cabecera de arpón compuesto por un madero cilíndrico corto (*ca.* 20 cm), provisto de una punta lítica bien atada que cumple el rol de las “flechas” actuales. Presenta huesos salientes atados y apuntados para que no se desprenda la presa. Por otra parte, de esta cabecera con la punta lítica ensartada sale atado el cordel o la cuerda de cuero de lobo, que comenzará a ser recogida en la medida que la albacora pierde su resistencia. Esto significa que, al penetrar tanto la “flecha” de los artesanales de hoy como la cabecera de madera con la punta lítica de los prehispánicos, en ambos casos los porta arpones quedan flotando y tanto la “flecha” como la punta lítica en su cabecera de madera penetrarán en los cuerpos arponeados. La diferencia radica en que las cabeceras de arpones prehispánicos presentan vejigas de lobo atadas que, infladas, ayudaban a ofrecer más resistencia a la presa herida.

No es posible describir los detalles de las reacciones orgullosas cuando los albacoreros regresaban a la caleta con sus presas bien expuestas para ser advertidas de lejos, porque todos sabían sobre este enfrentamiento tradicional, tan pleno de dramatismo y elogios, primero en la caleta del Morro y después en la Riquelme. Hace ya décadas que advertimos por casualidad que se acercaba el falucho de nuestro vecino René “Guata” Bolados y que ya desde frente al Patilliguaje se notaba que entraba con tres espadas a la vista. Al atracar, un amigo morrino le gritó: “Guata, te fuiste bolado, no agarraste ni mono...” Esto es: no pescaste nada ni siquiera mono, un pescado que en esos tiempos era poco apreciado, todo esto como un modo muy del barrio de decirle todo lo contrario. Eran tiempos en que una buena pesca era motivo de orgullo que obligaba a demostrarlo con los amigos más cercanos en un lugar muy conocido y cercano a la caleta, ubicado en “el Triángulo de las Bermudas”, compuesto por tres bares casi juntos: California, Inglés y American. Pero hubo un albacorero que lo hizo de otra manera. Vivía en una casa modesta con una gran sombra de cañas y esteras y una banca mirando directamente al mar, situada en el fin de las calles O’Higgins y Zegers. Éramos niños cuando nos llamó la atención que había levantado un cerco alrededor con es-

padas de albacoras. Ya más grandes tratamos de indagar sobre este hecho tan insólito. Al respecto se nos dijo que lo había realizado en la medida que las arponeaba y las espadas las traía de a poco para ir completando el cerco (A. Flores, comunicación personal). Ahora es posible argumentar que, quizás, lo que quería visibilizar era que, al completar el cerco, su vida también habría terminado y que era necesario demostrar que fue un buen cazador.

No hace mucho, por nuestra costumbre de entrar a las caletas lo hicimos en Cavancho y nos llamó la atención una lancha moderna y foránea que descargaba una albacora grande y otra muy pequeña, para nosotros algo muy insólito. Me acerqué y advertí que seguían desembarcando varias albacoras de todos los tamaños hasta que no dudé más y les comenté a esos tripulantes algo así: “Tiene buena mano el arponeador ...” y con sus miradas casi sonrientes me dijeron: “... no... las sacamos con redes ...” Nuestro amigo Bolados ya falleció, pero de haber estado vivo los habría tratado mal, porque siempre nos decía que en esta caza tanto el arponeador como la albacora tienen iguales posibilidades, y las pequeñas no se tocan. Por nuestra parte no era sino otra evidencia de que la destrucción de la fauna marina sigue avanzando y que nos falta aún mucho para aprender a preservar los recursos marinos: ¿Qué haría un agricultor si sorprende a alguien arrancándole sus maíces con apenas 20 cm de altura?

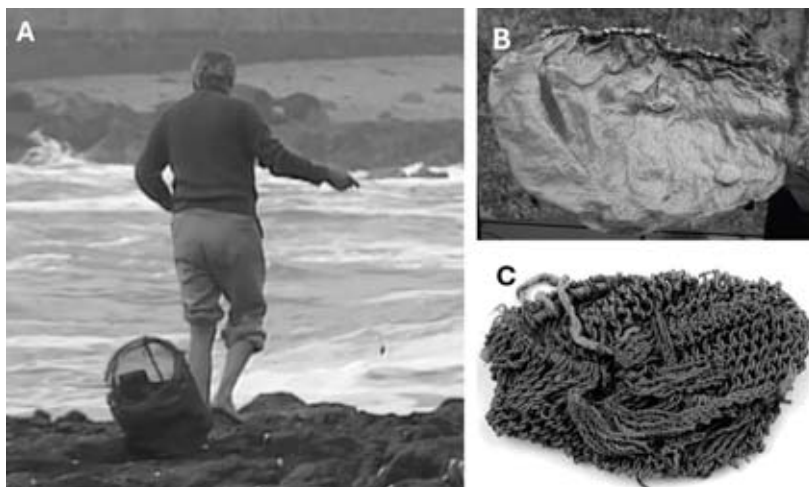
PALABRAS FINALES

En este ensayo se ha tratado de exponer cómo desde el pasado prehispánico a través de algunos milenios hasta hoy, en un espacio enfrentado al mar entre Iquique y Bajo Molle, con mayor énfasis en el barrio El Morro, tuvieron lugar diversos asentamientos que lograron relacionarse con los recursos marinos a escala humana. Desde el pasado anterior a la invasión española los aportes de la pesca, caza, recolección y extracción del guano fueron importantes y, finalmente, excedentarios. Luego, con la ocupación española durante tres siglos, las grandes transformaciones, que implicaron una refundación de la agricultura interior junto a los beneficios del mar, dieron lugar al surgimiento del puerto de Iquique con minas de plata cercanas y más tráfico de pescados y guano entre dueños españoles y la mano de obra avasallada, tanto indígena como afrotarapaqueña.

Aunque se impusieron diversos cambios vitales, la identidad costeña se mantuvo a base de la población del borde mar durante el surgimiento de las repúblicas del Perú y Chile. Esta vez con el inicio extractivo-salitrero que cambiaría definitivamente el modelo colonial impositivo. Desde mediados del siglo XIX, el puerto de Iquique ya era considerado como uno de los más importantes de la costa del Pacífico sur por su conexión salitrera de exportación, unido con capitales y tecnologías de los países europeos, principalmente de Inglaterra. Entre estos cambios a través de los tiempos el barrio del Morro, por ubicarse junto al mar, y la Isla, donde se focalizó la implantación portuaria, adquirieron un rol relevante durante el siglo XIX y en los inicios del XX. Son los momentos en que se logra una nueva fisonomía del Morro, con familias peruanas, luego extranjeras y chilenas, y sus edificaciones e identidades, cuando el auge minero, portuario y comercial ya ha madurado. Se ha consolidado en El Morro un trazado urbano-costero muy particular, sin segregaciones entre vecinos, vinculado con el borde mar, conformando así un espacio vecinal en un ambiente de mutua confianza.

Nuestro ensayo podría haber terminado aquí cuando el rol indígena ya no se visibiliza como antes, aunque puede ser que esté en la genética y en las reivindicaciones después de tantas mixturas propias de

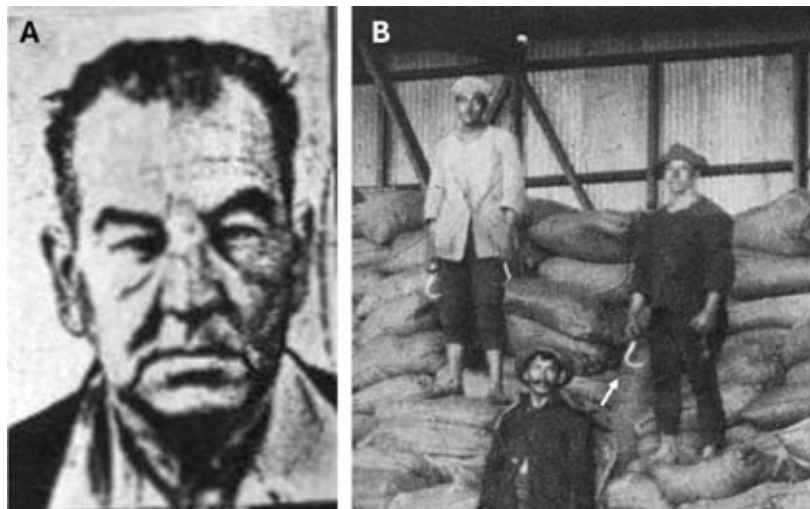
un puerto que acogió varios aportes interétnicos. Sin embargo, hemos descubierto que hay algo que no ha variado y es el acercamiento permanente del Morro hacia su mar, de modo que cuando vemos a un pescador artesanal actual o aquel morrino solitario que lo hace aún desde un roquerío junto a sus implementos, se nos vienen a la mente ciertas imágenes de este pasado sintetizado aquí.



Pervivencia en El Morro de pescadores solitarios desde roqueríos.

A: Con su bolsa para útiles, agua y carnada (Fuente: L. Núñez). **B:** Bolsa prehispánica de vejiga de lobo para el traslado de agua (Museo Regional de Iquique). **C:** Bolsa prehispánica punto red para el traslado de implementos de pesca y recolección (Fuente: Museo de Azapa).

Son señales que nos enseñan cuánto debió hacerse para llegar a la cultura marina de los faluchos y de los temores ante ciertas empresas con goletas que confunden la industria con la sobreexplotación irracional. No obstante, ya comienzan a valorarse las prácticas más racionales, orientadas a que estos recursos sean tratados como seres vivos, dignos de acompañarnos y lejos de su exterminio. Algo de estos temas surgió durante nuestras conversaciones al recordar a tantos morrinos y morrinas, que poco faltó para amanecernos en la comida de los 100 años del Club entre recuerdos inolvidables, compartidos con presentes y ausentes, y el “avísale” de nuestra mejor identidad.



El origen del saludo “Avisale”.

A: El vecino Guillermo Fernández Morris fue su autor que lo hizo trascender y que caracterizó la identidad del barrio. Fue más conocido como el “Gancho Guille” y cada vez que saludaba se tocaba la víscera del “yóquey,” exclamando: ¡Avisale, Gancho Rasputín! (Fuente: L. Núñez).

B: La palabra “gancho” proviene de un instrumento metálico curvado y afilado con manija, usado por los cargadores de sacos de salitre en las bodegas morrinas, ajustado a la faja en la cintura. Va siempre fiel junto al trabajador (ver la flecha), lo acompaña y es su amigo (Fuente: Álbum Gildemeister y Cía. 1922).

Es cierto, El Morro de hoy ha cambiado y a las nuevas generaciones les corresponderá abordar sus iniciativas e ideales. Aquí, al final del ensayo sólo nos permitimos opinar con nuestras sensibilidades lo que aprendimos de su pasado y presente, teniendo al mar como un hilo conductor desde y hacia el barrio. Posiblemente, sean estas las claves para mantener nuestras identidades y patrimonialismo en estos tiempos de tanta universalidad e individualismo neoliberal. Estamos seguros de que vendrán jóvenes escritores(as) que recogerán éstas y las próximas tradiciones como lo logró nuestro querido y ausente Patricio Riveros y, por cierto, también nuevos investigadores(as) que continuarán con los estímulos, entre otros del arquitecto, Patricio Advis, quien nunca olvidó a su familia morrina vinculada directamente con la Compañía del Alumbrado.

Qué duda cabe de los cambios más recientes como el proyecto estatal que permitió, entre los años 1968 al 1969, remodelar el borde mar

del Morro, y los esfuerzos actuales por valorar su carácter histórico y patrimonial para constituir una Zona Típica. De modo que los futuros edificios no oculten el mar, porque es bueno recordar que siempre cada calle que bajaba de este a oeste aspiraba a alcanzar directamente las playas, como aún ocurre con la calle Bulnes por la cual sus vecinos siempre acceden a su “poza”. Aunque esa nueva avenida costanera de hoy se ve bien morrina y nos acerca a ese ideal, sobre todo para nuestra generación que siempre percibe las playas como los patios naturales de nuestras casas.

Por lo anterior, es muy importante la propuesta de una nueva remodelación que aspire a crear un espacio social construido con un marcado acento patrimonial, compartido entre pasado y presente, que merece no sólo su reconocimiento de lo que es, sino la aplicación de proyectos que se sustenten en la práctica del salvamento de lo que existe y lo que vendrá. Bajo normas que surjan de una adecuada participación entre expertos y la ciudadanía morrina, corrigiendo errores y difundiendo más la importancia de un barrio integrado y no disgregado socialmente (Mancilla 2017).

Frente a este carácter fundacional antropológico e histórico, moldeado a través de diversos tiempos y culturas, además de su unidad social, el barrio El Morro amerita un tratamiento particular, muy lejos de los negocios de la plusvalía urbana caracterizada por los guetos verticales. En las palabras de Edward Rojas, Premio Nacional de Arquitectura (2016), dichas en Iquique cuando observó El Morro de cerca: *... es la elaboración de una arquitectura que se sustenta en la arquitectura del pasado. Que toma como referente la obra arquitectónica de la tradición, buscando juntar tradición y modernidad, lo nuevo con lo viejo que son las grandes problemáticas que se plantean en las ciudades. ¿Cómo juntar patrimonio con desarrollo? ¿Cómo juntar la tradición con la contemporaneidad? Perfectamente se pueden hacer intervenciones, en la medida que tengamos una declaratoria de Zona Típica que resguarde el carácter, la identidad y el patrimonio.* En estos términos pensar que aún es posible acoger esta vez una antigua observación que valoraba en El Morro precisamente esas habitaciones de madera de los humildes junto a aquellas de las familias pudientes en plena convivencia (Vidal 1880). Aún es el tiempo de salvar viviendas de tablas machihembradas (que se introducen), con sólo

una o dos ventanas con barrotes, para que sigan siendo vecinas de aquellas con balcones, balaustradas y columnas, ambas propias del habitar morrino.

En este escenario su integración social y su habitar compartido, apegado al litoral rodeado de patrimonio natural y cultural, sigue siendo la clave para valorar no sólo su itinerario temporal y social, sino como lo simbolizan los 100 años de su Club Deportivo: siempre apegado precisamente al borde mar.



El Club Deportivo Unión Morro ha celebrado recientemente sus 100 años continuos de vida social y deportiva junto al mar y sus vecinos, con acciones colectivas representativas del barrio.

A: Campeones en waterpolo y en otros deportes. **B:** Jóvenes de antes junto a nuestra querida playa Bellavista. De pie en el centro y el más alto: Freddy Taberna Gallegos, uno de los mártires morrinos de la dictadura, recientemente homenajeados en el Club con sus familiares (Fuente: Gentileza del Club).

Entonces, con El Morro en alto hablaremos por todos sus habitantes anónimos y ausentes que se han mostrado a lo largo de estas páginas para cuidarlo y protegerlo entre nosotros y las jóvenes generaciones. Es cierto, El Morro de hoy no es el de antes, pero está sustentado en este largo relato entre todos(as) que ya no están y aquellos que nos acompañamos y damos fuerza para conservarlo, para que sea nuestro Barrio Prometido. El mar nos estará observando y escuchando...

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, a los amigos morrinos desde la infancia: José Fernández, René Bolados, Oscar Varela y otros por sus valiosas observaciones. Al antropólogo y vecino morrino Héctor González por sus importantes aportes al manuscrito. Al historiador Sergio González, también morrino, por sus notables investigaciones iquiqueñas. A Drahomíra Srytrova y Marinka Núñez por sus correcciones acertadas. Un reconocimiento particular al vecindario actual por mantener y acrecentar su profundo cariño hacia el Barrio, simbolizado en el Centenario de nuestro Club Deportivo Unión Morro. Esta vez bajo la valiosa dirección de su presidente, Rodrigo Malagarriga Rodríguez, con quien y junto a sus líderes y asociados(as) les rendimos un homenaje reciente a los morrinos fusilados durante la dictadura civil y militar, entre ellos al ex presidente del Club y geógrafo de la Universidad de Chile, Freddy Taberna Gallegos, junto a la presencia de sus respectivos familiares.

Un reconocimiento muy destacado al patrocinio, aporte y sus acertadas palabras de Sandra Mercado, SEREMI de las Culturas las artes y el patrimonio de Tarapacá y la gestión oportuna de Jorge Mandiola coordinador de ciudadanía cultural.

Iquique, Octubre 2025

BIBLIOGRAFÍA

- Advis, P. (1990). El Ique-Ique de los pescadores. La Caleta Pre-Hispánica (1535). *Camanchaca*, 11: 37-44.
- Aguilar, J. y Cisternas, P. (2013). Pesquerías coloniales de Tarapacá, siglo XVII. Mercado interno y cristianización. *Allpanchis*, 81-82: 155-195.
- Alfaro, C. (1936). *Reseña histórica de Tarapacá*. Iquique: Editorial Pino Oregón.
- Alflorino, J. A. (2017). *Familias fundadoras de Pica y Matilla. 1590-2015*. Ediciones Universidad de Tarapacá.
- Arce, I. (1930). *Narraciones históricas de Antofagasta*. FNDR, Municipalidad de Antofagasta.
- Arriaza, B. (2003). *Cultura Chinchorro: las momias artificiales más antiguas del mundo*. Serie Imagen de Chile. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Barriga, V.M. (1955 [1558]). *Documentos para la historia de Arequipa*. T-III. Arequipa.
- Benzoni, G. (1989 [1572]). *Historia del nuevo mundo. Introducción, traducción y notas de Manuel Carrera Díaz*. Madrid: Editorial Alianza.
- Berenguer, J. (2008). *Arte rupestre de mar y tierra. En Pescadores de la niebla. Los Changos y sus ancestros*, pp. 53-65. Santiago de Chile: Museo Chileno de Arte Precolombino.
- Bermúdez, O. (1968). *Empleo de la balsa de cuero de lobo marino en el embarque del salitre*. Revista de la Universidad del Norte, 1: 35-40.
- Bermúdez, O. (1975). *Estudios de Antonio O'Brien sobre Tarapacá. Cartografía y labores administrativas 1763-1770*. Antofagasta: Ediciones Universitarias, Universidad del Norte.
- Bèze, F. (1920). *Tarapacá en sus aspectos físicos, social y económico*. Iquique: Sociedad Imprenta y Litografía Universo.

- Bibar, G. de (1966 [1558]). *Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reynos de Chile. Fondo Histórico y Bibliográfico J. T. Medina*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Billinghurst, G. E. (1888). *Estudio sobre la geografía de Tarapacá*. Santiago de Chile: Imprenta El Progreso.
- Bittmann, B. (1984). *Interrelaciones étnicas establecidas a lo largo de la costa del norte de Chile y sur de Perú en el contexto de la colonia: los Camanchacos*. *Estudios Atacameños, Arqueología y Antropología Surandinas*, 7: 327-334.
- Bittmann, B. (1977). *Nota sobre las poblaciones de la costa del Norte Grande Chileno. En Aproximación a la etnohistoria del norte de Chile y tierras adyacentes, editado por J.M. Casassas C.* Antofagasta: Universidad del Norte.
- Bollaert, W. (2021 [1860]). *Anticuarian, investigaciones sobre la antigüedad y etnología de Nueva Granada, Ecuador, Perú y Chile*. La edición. Iquique: Imprenta Oscar. (Versión en español de H. Ostojic).
- Briones, L., Núñez, L. y Standen, V. (2005). *Geoglifos y tráfico prehispánico de caravanas de llamas en el Desierto de Atacama (Norte de Chile)*. *Chungara, Revista de Antropología Chilena*, 37(2): 195-223.
- Bueno, C. (1951). *Geografía del Perú Virreinal: siglo XVIII*. Lima: Editorial Azángaro.
- Cabezas, A., Núñez, L. y Bugueño, V. (2020 Ms.). *Línea de base arqueológica superficial: proyecto paseo peatonal costero barrio histórico "El Morro" Iquique*. Iquique: Dirección de Obras Portuarias. (Informe).
- Calancha, A., de la (1977 [1638]). *Coronica moralizada*. Lima: Edición de Ignacio Prado.
- Capdeville, A. (1921). *Notas acerca de la arqueología de Taltal*. *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, 2(3-4): 1-23. Quito.
- Casassas, J. M. (1974). *La región Atacameña en el siglo XVII*. Antofagasta: Imprenta Universitaria, Universidad del Norte.

CELPTA (Comisión Especial de Límites de las Provincias de Tacna y Arica). (1926-1927). *Arbitraje de Tacna y Arica: documentos de la Comisión Especial de Límites*. Volumen 3. Lima: Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú, Casa Editora La Opinión Nacional.

Checura, J. (1977) Funebría incaica en el cerro Esmeralda (Iquique, I Región). *Estudios Atacameños, Arqueología y Antropología Surandinas*, 5: 127-144.

Choque, C. (2018). *Antonio Álvarez de Ximénez. La visita al Partido de Arica, 1793*. Ediciones Universidad de Tarapacá.

Choque, C. (2020). *Indios originarios y forasteros. Interacciones culturales y cambios demográficos en los Altos de Arica y Tacna (siglos XVI y XVIII)*. Estudios Atacameños, Arqueología y Antropología Surandinas, 64: 153-181.

Choque, C. y Díaz, A. (2022). “Indios de la mar” y “la tierra”. *Interacciones socioculturales y económicas de camanchacas, coles y urus en el Corregimiento de Arica (Siglos XVI-XVIII)*. Diálogo Andino, 68: 275-296. Arica.

Cobo, B. (1892 [1653]). *Historia del Nuevo Mundo*. Sevilla: Imprenta Rasco.

D'Orbigny, A. (2002 [1826]). *Viaje a la América Meridional*. La Paz: Plural Editores.

Dagnino, V. (1909). *El Corregimiento de Arica 1535-1784*. Arica: Imprenta La Época.

Daponte, J. F. (2010). *El aporte de los negros a la identidad musical de Pica, Matilla y Tarapacá*. Santiago de Chile: Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, Fondo para el Fomento de la Música Nacional, Universidad de Chile, Facultad de Artes.

Daponte, J.F. y Palmiero, T. (2020). *Los convites: tertulias musicales en los oasis de Pica y Matilla, norte de Chile*. Diálogo Andino, 63: 173-187.

Darwin, Ch. (1945). *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*. Buenos Aires: El Ateneo.

Díaz, A., Galdámez, L. y Ruz, R. (2009). *Población indígena mestiza y negra de Arica y Tarapacá. Documentos republicanos (1827-1841)*. Arica: Ediciones Universidad de Tarapacá.

- Donoso, C. (2013). *El puerto de Iquique en tiempos de la administración peruana*. Historia, 36: 123-158.
- Eliot, T.S. (1943). *Cuatro cuartetos I (1935-1942)*.
- Escobar, M. y García, M. (2017). *Camanchaca. Flujos etnonímicos y neblineros en la costa norte de Chile*. Revista de Geografía Norte Grande, 68: 11-32.
- Escudero, R. (1861). *Plano del puerto de Yquique*. Lima.
- Filgueira y Bao, D. (1888). *Historia del Cuerpo de Bomberos de Iquique*. Editorial Beni.
- Frezier, M. (1902 [1716]). *Relación del viaje por el mar del sur a las costas de Chile i el Perú. Durante los años 1712, 1713 i 1714*, traducido por Nicolás Peña. Santiago de Chile: Imprenta Mejía.
- Garcilaso de la Vega, I. (1976 [1609]). *Comentarios reales de los Incas*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- González, S. (2002). *Hombres y mujeres de la pampa. Tarapacá en el ciclo de expansión del salitre*. Santiago de Chile: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana (DIBAM), Universidad Arturo Prat, LOM Ediciones.
- González, S. (2012). *La resistencia de los tarapaqueños al monopolio salitrero peruano durante el gobierno de Manuel Pardo, desde el estanco a la expropiación (1872-1876)*. Chungara, Revista de Antropología Chilena, 44(1): 101-114.
- Guevara, T. (1929). *Historia de Chile: Chile prehispánico. Tomo I. Santiago de Chile: Universidad de Chile*. Establecimientos Gráficos Balcells.
- Herrera, J.A. (1995). Las etnias pescadoras del extremo norte: indicadores culturales para los denominados changos. Actas del XIII Congreso de Arqueología Chilena: 10 y 14 de octubre de 1994, Antofagasta: Sociedad Chilena de Arqueología. *Hombre y Desierto: una Perspectiva Cultural*, 9: 45-54. Antofagasta: Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad de Antofagasta.
- Hidalgo, J. (1982). *Cultura y etnias protohistóricas: área andina meridional*. Chungara, Revista de Antropología Chilena, 8: 209-252.

- Hidalgo, J. (2004). *Pescadores del litoral árido de valles y quebradas del norte de Chile y su relación con agricultores, siglos XVI y XVII*. En *Historia andina en Chile*, editado por J. Hidalgo, pp. 431-469. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Hidalgo, J. (2009). *La descripción del Partido de Tarapacá*. Chungara, Revista de Antropología Chilena, 41(1): 5-44.
- Hidalgo, J. y Focacci, G. (1986). *Multietnicidad en Arica, s. XVI. Evidencias etnohistóricas y arqueológicas*. Chungara, Revista de Antropología Chilena, 16-17: 137-147.
- Hidalgo, J. y González, S. (2019). *El testamento de Josef Basilio de la Fuente. Sociedad, riqueza y redes de poder en Tarapacá, Siglo XVIII*. San Pedro de Atacama: Qillqa Ediciones, Serie Monografía, Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo, Universidad Católica del Norte.
- Hidalgo, J., Cisterna, P. y Aguilar, J. (2019). *Cambios políticos, sociales y económicos en relación a la pesca y extracción del guano en la costa de Arica y Tarapacá: siglos XVI a inicios del XIX*. Estudios Atacameños, Arqueología y Antropología Surandinas, 61: 275-298.
- Klein, H. (1999). *Los esclavos africanos*. En *Historia general de América Latina, vol. 3, tomo 2, dirigido por A. Castillero y codirigido por A. Kuethe*, pp. 507-532. Madrid: Editorial Trotta.
- Larraín, H. (1975). *Descripción de la provincia de Tarapacá por William Bollaert*. Norte Grande, 1(3-4): 459-479.
- Larraín, H. y Bugueño, V. (2011). *Presencia de un ayllu de camanchacas en el puerto de Iquique en el siglo XVII*. Revista de Geografía Norte Grande, 50: 7-21.
- Lizárraga, R. (1968 [1605]). *Descripción breve de toda la tierra del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile*. Biblioteca de autores españoles (216). Madrid: Ediciones Atlas.

Lo Chávez, D. (2021-a). *El Morro en el pasado lejano: Geomorfología, arqueología e historia hasta fines del período colonial*. Museo virtual Barrio El Morro, Proyecto financiado por el Fondo Regional de Desarrollo Cultural y las Artes.

Lo Chávez, D. (2021-b). *El barrio El Morro desde la República del Perú hasta el siglo XX*. Proyecto financiado por el Fondo Regional de Desarrollo Cultural y las Artes.

Lozano Machuca, J. (1965 [1581]). *Carta del Factor de Potosí Juan Lozano Machuca (al virrey del Perú Don Martín Enríquez) en que da cuenta de cosas de aquella villa y de las minas de los Lipés (año 1581)*. Relaciones Geográficas de Indias, Tomo II. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles.

Mancilla, R. (2017). *Valores patrimoniales para el expediente técnico de la solicitud de declaración de Monumento Nacional en la categoría de Zona Típica o Pintoresca del Barrio del Morro de Iquique*. Informe Proyecto Consejo Nacional de la Cultura y las Artes (2016).

Mellet, J. (1959 [1824]). *Viajes por el interior de la América Meridional 1808-1820*. Santiago de Chile: Editorial El Pacífico S.A.

Mieres, M. (1883). *Iquique plano de la Dirección de Obras Públicas*. Iquique: Dirección de Obras Públicas.

Moragas, C. (1996). *Desarrollo de las comunidades prehispánicas del litoral de Iquique-desembocadura del río Loa*. *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*. Revista Hombre y Desierto, 9(1): 65-80.

Moragas, C. (Ms.). *Diversos informes de rescates realizados en la costa entre Iquique y Bajo Molle*.

Muecke, E.W. (1907). *En Lo Chávez 2021-b*.

Nielsen, A. (Ms.). *Colección Nielsen*. Notas manuscritas.

Niemeyer, H. y Cereceda, P. (1984). *Hidrografía*. Santiago de Chile: Instituto Geográfico Militar.

Noort, O. van (1602). *Description du penible voyage fast entour d l'universe ou globe terrestre par Sr. Olivier du Noort D'Autrecht*. Amsterdam.

- Northcote, E. (1884). *Plano citado en Lo Chávez (2021-b)*.
- Núñez, L. (1962). *Contactos culturales prehispánicos entre la costa y la subcordillera andina*. Boletín de la Universidad de Chile, 31: 42-47.
- Núñez, L. (1963). *Prospección arqueológica en la provincia de Tarapacá*. *Noticiero Mensual 85*. Santiago de Chile: Museo Nacional de Historia Natural.
- Núñez, L. (1964). *El sacrificador, un elemento co-tradicional andino*. *Noticiero Mensual 8(96): 1-7*. Santiago de Chile: Museo Nacional de Historia Natural.
- Núñez, L. (1966 Ms.). *Inventario de la colección A. Nielsen*.
- Núñez, L. (1969). *Descubrimiento del puerto español "Pisagua Viejo" (Provincia de Tarapacá)*. Ancora, 4: 52-58.
- Núñez, L. (1970 Ms.). *Excavaciones en el oasis de Pica: Los contextos de Pica-8*.
- Núñez, L. (1985). *Petroglifos y tráfico en el desierto chileno*. En *Estudios de arte rupestre, editado por C. Aldunate, J. Berenguer y V. Castro, pp. 243-264*. Santiago de Chile: Museo Chileno de Arte Precolombino.
- Núñez, L. (1986). *Balsas prehistóricas del litoral chileno: grupos, funciones y secuencia*. Boletín Museo Chileno de Arte Precolombino, 1: 10-36. Santiago de Chile.
- Núñez, L. (2020 Ms.). *Test estratigráfico en el borde del barrio El Morro*.
- Núñez, L. (2021). *Conversaciones sobre el patrimonio cultural y la voz de las regiones*. Antofagasta: Ediciones de la Universidad Católica del Norte.
- Núñez, L. (2021 [1972]). *Cambios de asentamientos humanos en la quebrada de Tarapacá, norte de Chile (Esquema interdisciplinario)*. En *Estudios Tarapaqueños, editado por P. Advis y L. Núñez, pp. 367-640*. Santiago de Chile: Ediciones Universitarias, Universidad Católica del Norte-Empresa Neptuno de Iquique.
- Núñez, L. y Briones, L. (2017). *Tráfico e interacción entre el oasis de Pica y la costa arreica en el desierto tarapaqueño (norte de Chile)*. Estudios Atacameños, Arqueología y Antropología Surandinas, 56: 133-161.

Núñez, L. y Briones, L. (2020). *Interacción entre caravaneros y costeños en el desierto de Atacama. El Puerto de tráfico del salar Soronal (Periodo intermedio Tardío)*. En: *Los desafíos del tiempo, el espacio y la memoria: ensayos en homenaje a Peter Kaulicke, editado por R. Vega-Centeno y J. Dulante*, pp. 261-308. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo editorial.

Núñez, L. y Santana-Sagredo, F. (2021). *Tráfico, movilidad y dieta entre el oasis de Pica y la costa árida del desierto de Atacama durante el periodo intermedio tardío (norte de Chile)*. *Latin American Antiquity*, pp. 1-17.

Núñez, L. y Varela, J. (1967-8). *Sobre los recursos de agua y el poblamiento prehispánico de la costa del norte Grande de Chile*. *Estudios Arqueológicos*, 3-4: 7-41. Antofagasta: Universidad de Chile.

Núñez, L., Zlatar, V. y Núñez, P. (1975). *Caleta Huelen-42, una aldea temprana en el norte de Chile (Nota preliminar)*. *Hombre y Cultura*, 2(5) :67-103. Universidad de Panamá.

Núñez, L., Briones, L y Standen, V. (2005). *Geoglifos y tráfico prehispánico de caravanas de llamas en el desierto de Atacama (Norte de Chile)*. *Chungara, Revista de Antropología Chilena*, 37(2): 195-223.

O'Brien, A. (1765 Ms.). *Descripción del Puerto de Iquique y su población indígena*. Archivo General de Indias, legajo Charcas N° 490, Sevilla.

Odone, C. (1990). *La territorialidad indígena y española en Tarapacá Colonial (siglos XVI- XVIII): una proposición*. Tesis para optar a Licenciatura en Historia, Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile.

Ossandón, O. (1962). *Estudio de los libros parroquiales de San Andrés de Pica 1700-1749*. Tesis para optar al título de Profesor de Estado en Historia, Geografía y Ciencias Sociales, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Valparaíso.

Ostojic, I. (2019). *El hallazgo del plano más antiguo de Iquique*. *Revista Iqueique*, 7.

Pérez, L. (2013). *Informe: Levantamiento de osamentas disturbadas. Hallazgo osamentas en casa particular Thompson 115*. Iquique. Informe Consejo de Monumentos Nacionales.

- Philippi, R.A. (1860). *Viaje al desierto de Atacama*. Sajonia: Librería Eduardo Anton.
- Pizarro, P. (1978 [1571]) *Relación del descubrimiento y conquista del Perú*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Prior, M. (1889-1891). *Report on Chile: sketches by Melton Prior and reports in The Illustrated London News*.
- Pulgar, R. (2023). *Barrio el Colorado: patrimonio erradicado*. Flou: Comunicación e imágenes.
- Risopatrón, F. (1890). *Diccionario geográfico de las Provincias de Tacna y Tarapacá*. Iquique: Imprenta de la Industria.
- Risopatrón, L. (1924). *Diccionario jeográfico de Chile*. Santiago de Chile: Imprenta Universitaria.
- Rostworowski, M. (1981). *Recursos naturales renovables y pesca, siglos XVI y XVII*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Russell, W.H. (2011 [1890]). *Una visita a Chile y la pampa salitrera de Tarapacá*. Ilustraciones de M. Prior, Librería Editorial Ricaventura E.I.R.L. Traducción E. Corthon Humberstone, Edición J. Vásquez Trigo.
- Salazar, D., Figueroa, V., Andrade, P., Salinas, H., Olguín, L., Power, X., Rebolledo, S., Parra, S., Orellana, H. y Urrea, J. (2015). Cronología y organización económica de las poblaciones arcaicas de la costa de Taltal. *Estudios Atacameños, Arqueología y Antropología Surandinas*, 50: 7-46.
- Sánchez, S. M. (2010 Ms.). *Depósito Museo Regional*. Iquique: Ilustre Municipalidad de Iquique.
- Sanhueza, J. (1982). Avances de las investigaciones sobre la prehistoria de la costa interfluvial de Iquique, I Región, Chile. *Actas del IX Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, pp. 43-59. La Serena.
- Sanhueza, J. (1985). Hallazgo de un cementerio prehistórico en la ex oficina salitrera “Yungay Bajo” (Provincia de Iquique, I Región). *Nuestro Norte*, 5: 28-34. Universidad Arturo Prat, Iquique.

Sanhueza, J. (1991). Evidencias culturales y etnobiológicas de cementerios históricos en Iquique. I Región, Chile: Una introducción. *Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Tomo II, pp. 89-100. Santiago de Chile: Museo Nacional de Historia Natural, Sociedad Chilena de Arqueología.

Schaedel, R., Nielsen, A. y Toro, A. (1957). Excavación de un sepulcro cerca de Bajo Molle. *En Informe General sobre la Expedición a la Zona Comprendida entre Arica y La Serena. Arqueología Chilena*, editado por R. Schaedel, pp. 71-72. Santiago de Chile: Centro de Estudios Antropológicos, Universidad de Chile.

Smith, J. (1855). *Primer plano de salitreras*. En Lo Chávez 2021-b.

Standen, V., Santoro, C. y Arriaza, B. (2004). Síntesis propuestas para el período arcaico en la costa del extremo norte de Chile. *Chungara, Revista de Antropología Chilena*, 36: 201-212. Vol. Especial.

Trelles, E. (1991). *Lucas Martínez Vegazo: funcionamiento de una encomienda peruana inicial*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Uhle, M. (1922). Fundamentos étnicos de la región de Arica y Tacna. *Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos*, 3: 1-48.

Van Kessel, J. (1986). *Diccionario de la pesca artesanal del Norte Grande de Chile*. Iquique: Facultad de Antropología Cultural de la Universidad Libre de Ámsterdam: Centro de Investigaciones de la Realidad del Norte de Iquique.

Vásquez de Espinoza, A. (1948 [1628-1629]). *Compendio y descripción de las Indias Occidentales*. Washington D.C., Smithsonian Miscellaneous Collections.

Vidal, F. (1880). *Estudio sobre el puerto de Iquique*. Santiago de Chile: Imprenta Nacional.

Vidal, F. (1883). *Geografía náutica de la República de Chile*. Santiago de Chile: Imprenta Nacional, Obras Ilustradas.

Villalobos, S. (1979). *La economía de un desierto. Tarapacá durante la colonia*. Santiago de Chile: Ediciones Nueva Universidad.

Zlatar, V. (1984) *Cementerio prehispánico Pica-8. Proyecto rescate de información del cementerio Pica-8*. Antofagasta: Universidad de Antofagasta.

Zori, C. y Tropper, P. (2013). Silver lining: evidence for Inka refining in Northern Chile. *Journal of Archaeological Science*, 40(8): 3282-3292.